



PERSIGUIENDO
LO QUE
es mío

AVA GRAY

PERSIGUIENDO LO QUE ES MÍO

AVA GRAY

Copyright © 2026 by Ava Gray

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en una reseña de libro.

✿ [Formateado con Vellum](#)

SINOPSIS

Ardiente, fuerte, escandaloso.

Esas son las tres palabras que usaría para describir al mejor amigo de mi hermano.

Dax es luchador de la UFC... solo eso ya hace que suene a problemas.

Porque eso es exactamente lo que es y lo que siempre ha sido.

He intentado mantenerme alejada de él desde que era niña.

Pero esos ojos penetrantes, cargados de problemas, no dejaban de atraerme.

No fue hasta que crecimos cuando por fin me rendí.

Dejé de intentar mantener las distancias con él.

Con su vida, que nunca llegué a comprender del todo.

Acostarme con Dax ha provocado tres cosas:

Una gran bronca con mi hermano.

Un embarazo no deseado.

Un escándalo mucho más grande que mi embarazo.

Dax podría haber hecho algo capaz de destrozarme la vida.

Mi familia le llama monstruo... asesino.

A menos que demuestren su inocencia, no pienso dejar que este bebé se acerque a él.

Y tampoco pienso entregarle jamás mi corazón.

GEMMA

—Justo por esto dije que no quería llegar tarde —dice Aiden mientras da la vuelta a la manzana por tercera vez.

Los coches están aparcados a ambos lados de la calle y en todos los demás sitios donde hemos buscado un hueco. TKO, el gimnasio de entrenamiento de MMA, está completamente iluminado, con música sonando en la noche, prometiendo una fiesta increíble dentro. Si tan solo pudiéramos llegar.

—No es mi culpa que Gemma se haya apoderado del baño durante dos horas enteras —dice Riley con una risita ligera. Luego añade—: Lo habría entendido si hubiera servido de algo, pero salió pareciendo un troll.

—iEh!

Y como no puedo llegar hasta él en el asiento trasero, Ciara le da un golpe en el brazo en mi nombre.

—iAy! —Riley se frota el brazo, mimando la zona dolorida junto con su ego magullado.

Ella es oficialmente mi favorita de todas sus novias.

—Deja de ser un cabrón con tu hermana —dice Ciara—. No la has visto en meses. Sé amable.

—Sí, Cabrón, sé amable —digo yo, mirando por encima del hombro justo a tiempo para pillarlo haciendo una mueca horrible hacia mí—. He venido hasta aquí para ver tu fea cara, lo mínimo que podrías hacer es tratarme como la graduada de Smith que soy.

—Graduada esto —dice, y me enseña el dedo mientras se ríe a carcajadas.

Me quedo boquiabierta de shock y digo—: ¡Se lo voy a decir a mamá!

—¿Podríais parar, por favor? Estoy intentando concentrarme. Si no dejáis de pelearse, yo se lo diré a mamá.

Riley se olvida de mí y le da una palmada fuerte a Aiden en la parte de atrás de la cabeza—. Cállate y conduce —dice, riendo como un niño pequeño.

Lo que desata toda una nueva discusión entre ellos dos esta vez. Ciara y yo nos miramos con complicidad y yo niego con la cabeza mientras vuelvo a mirar por la ventana del lado del pasajero. Tener hermanos gemelos nunca es aburrido. Si no se están metiendo conmigo, se están peleando entre ellos. A veces es difícil creer que sean seis años mayores que yo. Aun así, son momentos como estos los que hacen que parezca que nunca me fui. Hacen que se sienta como en casa.

—Para cuando lleguemos, la fiesta de prensa se habrá convertido en una fiesta de Nochevieja —dice Riley.

Sus manos están hundidas en los bolsillos de sus vaqueros, y Ciara está enganchada de su brazo mientras caminan perezosamente. Hacen una pareja muy mono, y tengo que evitar quedarme mirándolos. Se supone que esta es una noche de diversión, no para sentirme triste por mi vida amorosa más muerta que muerta. Así que vuelvo mi atención a la acera por la que caminamos. El aire de

la noche es húmedo y lleno de actividad, típico de Las Vegas en esta época del año. No importa adónde vayas, siempre hay este bullicio de gente con la que divertirse y hacer negocios. Un contraste total con Northampton.

—Si aceleráis el paso, quizás lleguemos para Acción de Gracias —dice Aiden.

Riley disfruta del pequeño comentario y grita, con los brazos levantados en señal de victoria—: ¡Damas y caballeros, finalmente se ha relajado!

Sus teatralidades no están fuera de lugar en la calle concurrida, y todos nos reímos bastante. Considerando la vida nocturna de la ciudad, mi hermano está en realidad en el lado normal de la escala.

—En serio, Aiden —digo, después de que mi risa haya disminuido un poco—, podrías haber intentado acercarte más.

Él me pone los ojos en blanco sin detener su paso pesado—. Estabas ahí conmigo, Gem. ¿Viste algún otro sitio para aparcar?

—Quizás no deberías haber elegido los tacones —dice Riley—. Ciara optó por la elección sensata, como puedes ver.

—Deja mis bailarinas fuera de esto —dice Ciara—. Y deja en paz la elección de moda de tu hermana. Se ve genial.

Me lanza una sonrisa de aprobación, y yo asiento en agradecimiento. Ciara se está convirtiendo rápidamente en la hermana mayor que nunca tuve, pero que necesitaba desesperadamente con Aiden y Riley alrededor.

Cuando finalmente entramos en el gimnasio, me sorprende la transformación. No he vuelto aquí en una eternidad, pero recuerdo claramente cómo suele ser. Han desaparecido las colchonetas y las toallas sudadas colgadas de cada accesorio, y en su lugar hay deliciosos buffets, fuentes de champán y algunas de las personas más hermosas que he visto en mi vida.

—Es como si hubiéramos entrado en la Mansión Playboy —dice Riley, con un silbido bajo de admiración, sus ojos prácticamente saliéndose de las órbitas.

Ciara le da un codazo en las costillas—: Te estoy vigilando, Casanova.

Pero simpatizo con mi hermano porque el lugar está lleno de modelos espectaculares con poca ropa. Están repartiendo chupitos, posando para selfies o simplemente colgándose de cualquier brazo disponible en la sala.

Me ajusto incómoda el estrecho cinturón de mi vestido de verano con tirantes—. Creo que deberíamos empezar con las copas.

—Creo que tienes razón —dice Ciara y camina conmigo hacia la fuente de champán.

Toda la zona está bañada por un resplandor dorado que emana de las copas iluminadas por debajo, mientras el espumoso cae continuamente por los niveles cuidadosamente colocados. Hay una pareja delante de nosotros que coge dos copas del fondo y se aparta hacia un lado.

—Parece bastante sencillo —dice Ciara encogiéndose de hombros—. Esperemos que no sea la idiota del Jenga que haga que esto se derrumbe.

Contengo la respiración mientras la veo retirar lentamente una copa de la torre. Todo mi sentido común me dice que está bien, que estas cosas están construidas para funcionar así. Pero no puedo evitar sentir que tal vez tenga razón y que un movimiento equivocado haga que toda la estructura se estrelle contra el suelo.

—Quizás deberíamos—

Apenas salen las palabras de mi boca cuando Ciara se vuelve hacia mí con dos copas de champán, su rostro iluminado por la victoria.

—Salud, chica.

—Salud —digo, con un suspiro de alivio.

Las burbujas me hacen cosquillas en la garganta con el primer sorbo, y de inmediato siento que la bebida me sube directamente a la cabeza. Como sabía que pasaría; nunca he sido muy de beber por esta misma razón.

—¿Siempre estás tan metida en tu cabeza? —pregunta Ciara—. ¿O es solo esta noche, porque tus hermanos te arrastraron aquí en tu primera noche de vuelta? Créeme, pasar el rato en un gimnasio tampoco es exactamente mi idea de una noche divertida. Así que no estás sola.

Recorro la habitación distraídamente y niego con la cabeza. —No me molesta. Sé lo unidos que están Aiden y Dax, así que tiene sentido que él quiera estar aquí para esto.

Y con eso, mis ojos se posan en esos dos: Aiden y Dax, profundamente enfrascados en una conversación al otro lado de la sala.

Es como si mi piel se calentara varios grados y no hubiera suficiente oxígeno en la habitación. Pero sé que lo que siento no tiene nada que ver con el alcohol y todo que ver con el chico con el que está hablando mi hermano.

Me muerdo el labio inferior.

Dax tiene algo en él que no puedo explicar, pero al que siempre sucumbo. Ha estado ahí desde que lo conocí en el taller de coches de mis padres, que ahora pertenece a Aiden, cuando solo tenía quince años. Había muchos menos tatuajes, pero esos músculos definidos ya sobresalían bajo sus camisetas en aquel entonces. Su pelo oscuro y sus cejas gruesas siempre hacían que sus ojos profundos y oscuros parecieran más intensos. No importaba de qué estuviera hablando, yo estaba embelesada.

—Ahí vas de nuevo.

Parpadeo un par de veces y miro a Ciara, que está frente a mí con una expresión divertida en su rostro.

—¿Qué?

Ella se ríe para sí. —Eso es lo que quiero saber —dice—. ¿Qué es tan interesante ahí dentro que te desapareces? —Se toca la sien y sonríe.

—Nada, lo siento. Supongo que todavía estoy un poco desfasada por el jet lag, eso es todo.

Pero me mira con sospecha, sin creerse mi excusa ni por un segundo. Así que hay algo que una carrera de cuatro años en Ciencias Políticas en Smith no te da: la habilidad de mentir y hacerlo bien.

Afortunadamente, Ciara es el tipo de persona que prefiere arrastrar a su novio por las brasas que interrogarme sobre lo que sea que cree que estoy ocultando. Se ha dado cuenta de que Riley no está cerca de donde están hablando Aiden y Dax.

—Te lo juro por Dios, Gemma, si está haciendo el idiota, voy a montar un escándalo —dice, y se va a buscarlo entre la multitud.

—Buena suerte —le grito, pero ya se ha fundido con todas las caras anónimas de alrededor.

Mi ansiedad social comienza a aparecer, como suele hacerlo cuando estoy en un espacio incómodo, y mi primer instinto es esconderme. Así que eso es lo que hago. Con cuidado, me abro camino entre charlas indistintas salpicadas de risas falsas, dirigiéndome hacia el fondo del gimnasio, donde sé que el pasillo oscuro junto a los vestuarios me mantendrá fuera de la vista.

—¿Adónde crees que te vas escurriendo?

Mi sangre se enfría y se me pone la piel de gallina. Me giro lentamente y allí está, sonriéndome, pareciendo un regalo de los dioses. Y me deja sintiendo como si no hubiera pasado el tiempo, y

siguendo siendo la adolescente de rostro fresco con un amorío que cambia la vida.

—Oh, hola —digo, odiando de inmediato cómo mi voz delata mis nervios con tanta facilidad.

Pero es lo suficientemente amable como para dejarlo pasar. Aquí es donde Dax no se parece en nada a mis hermanos, que nunca pierden la oportunidad de burlarse de mí.

—¿De verdad creías que podrías pasar la noche sin al menos saludarme?

Su sonrisa llega hasta sus ojos con un brillo travieso. Mis mejillas están ardiendo y, por desgracia, todavía no soy buena para invocar a la tierra y que me trague entera.

—No pensé que lo notarías, con toda la atención que estás recibiendo de los demás —digo, moviendo la cabeza en dirección general a la sala.

Él hace un gesto despreocupado con la mano. —Todo parte del trabajo —dice—. Aunque significa mucho que las personas que me importan estén aquí.

Trago saliva con dificultad.

—Y el hecho de que Aiden haya conseguido que vinieras, bueno, eso es simplemente una ventaja. ¿Cómo demonios has estado? ¿Cómo va la universidad? Quiero saberlo todo.

Y parece que realmente está interesado en mí. En la pequeña y vieja yo, que no tiene nada que ver con el grupo de modelos que revolotean por la sala. Me siento como si midiera tres metros.

—Bueno, la universidad ha terminado —digo—. Estás viendo a una recién graduada en Ciencias Políticas.

—Joder —dice, riendo con admiración—. Enhorabuena, Gem. Eso es genial. ¿Qué vas a hacer para celebrarlo?

—Bueno, he vuelto a casa para poner las cosas en orden, pero mis amigas y yo nos vamos a Hawái en un par de días.

—Días de no hacer nada más que holgazanear en la playa —dice—. Suena bien.

La forma en que sus ojos se deslizan sobre mí entonces, observándome de arriba abajo, es casi como si estuviera imaginándome allí. Cruzo los brazos sobre el pecho, sintiendo como si estuviera frente a él en nada más que mi bikini. Es una locura el efecto que tiene sobre mí con solo una mirada. Lo que es aún más loco es que estoy teniendo esta reacción sobre la última persona en la tierra sobre la que debería sentirme así. Dax Daytona nunca ha sido más que problemas. Lo sé. Necesito recordarlo.

—Entonces, ¿cómo te fue en la rueda de prensa? Siento habérmela perdido —digo, intentando llevar la conversación hacia un terreno más seguro.

—Estas cosas siempre son lo mismo —responde—. Fingen interés en mis estrategias y luego intentan provocarme hablando de mi oponente. Quieren meterme en la cabeza.

—Pero funcionó, ¿no?

Esboza una media sonrisa y dice: —¿Tú qué crees? Llevo entrenando para esto toda mi vida. En cuatro semanas, me llevaré ese título, sin que quepa duda.

Niego con la cabeza, riendo levemente. —La arrogancia de un luchador. Siempre pensando que lo tienes todo bajo control.

—La arrogancia de una académica —replica sin dudar—. Siempre pensando que tienes la razón.

Nuestras miradas se encuentran en ese momento, y el aire entre nosotros se carga instantáneamente. Ya no es ligero ni divertido, sino pesado por algo más. Algo que siento que ambos somos demasiado reacios a reconocer.

—Entonces, ¿quién es la chica afortunada en tu esquina? —pregunto.

Me arrepiento de inmediato de haberlo preguntado. Porque ¿en qué demonios estoy pensando? No es asunto mío, y hacer esa pregunta solo va a hacer que él piense que yo...

—¿Quién es el chico afortunado en la tuya? —responde él.

Su reflejo rápido no es algo exclusivo del ring, eso seguro.

—¿Necesitas preguntarlo? Vine aquí con mis hermanos —digo encogiéndome de hombros.

No puedo evitar sentir que estoy bajo algún tipo de escrutinio intenso.

—Quizá la próxima vez que vengas, no los traigas —su voz es baja cuando habla, y me produce escalofríos.

¿Es posible que lo esté malinterpretando? Pero justo cuando el pensamiento entra en mi mente, veo la mirada en sus ojos y lo sé. Lo he leído perfectamente claro.

—Ha pasado un tiempo —dice, acercándose más—. Deberíamos ponernos al día. Sin todo este caos alrededor.

Ponernos al día. ¿Es eso un código para algo? Mi cuerpo claramente quiere que lo sea, porque soy dolorosamente consciente del nudo que se retuerce en mi estómago. El calor que sube entre mis piernas. Es como si, a pesar de todos mis esfuerzos por escapar de la multitud, todo lo que necesitaba era quedar atrapada en la mirada de Dax, el calor de su cuerpo emanando a través del espacio infinitesimal entre nosotros, haciéndome arder. Estamos completamente solos en este gimnasio.

En el mundo.

—Eso estaría bien —digo, y vuelvo a tragar. Con fuerza.

¿Qué estoy haciendo?

Lo incorrecto, Gemma. Lo más incorrecto de todas las cosas incorrectas que podrías hacer. Puedo imaginarme la expresión en las caras de Aiden y Riley. La de mi madre. ¡Dios mío, la de mi padre! Sería suficiente para provocarle otro infarto.

—¡Ahí está! —un chillido fuerte atraviesa la burbuja que nos rodea, y un grupo de chicas se abalanza sobre Dax en un torbellino de risitas y manoseos.

—Te estábamos buscando, Daxy baby —dice la que lleva un sujetador de media copa tan cómodamente como si fuera un jersey.

La que tiene el pelo rojo fuego cayendo sobre sus hombros levanta su móvil y pregunta: —¿Podemos hacernos una foto?

Sin esperar una respuesta de Dax, todas se acurrucan más para entrar en el encuadre, sus caras son espejos en blanco de lo que está pasando dentro de sus cabezas. O no está pasando. Es mucho suponer que tengan más de una neurona para apuntar una cámara hacia sí mismas. Y aunque esto se supone que es una foto posada, sus manos están por todas partes, acariciando sus músculos, y una incluso se desliza bajo su camiseta. Él parece bastante cómodo con toda la atención, y eso probablemente sea peor que las bimbo que se la están dando.

—Voy a buscar a mis hermanos —digo, señalando con el pulgar sobre mi hombro en una dirección cualquiera excepto hacia este espectáculo.

Ni siquiera me oye, y mucho menos se da cuenta cuando me doy la vuelta y me alejo. Lo cual no es ni aquí ni allá y no debería importarme en absoluto. Porque ¿quién soy yo para Dax "La Guillotina" Daytona? La hermanita buena de su mejor amigo, eso es lo que soy.

Aun así, me importa, aunque él no sea el tipo de chico del que debería preocuparme. Lo que debería hacer es dejar los amores de la infancia en el pasado, donde pertenecen. Especialmente Dax.

Alguien como yo no tiene ningún motivo para pensar estas cosas sobre alguien como él.

—Oh, perdona —murmuro, mientras me tropiezo con alguien al pasar.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que me sorprende un momento encontrarme aún en el gimnasio abarrotado. Pero el chico con el que acabo de tropezar capta mi atención. No porque ignore mi disculpa, sino por la expresión en su rostro y la manera decidida con la que se dirige hacia Dax. El grupo de matones que lo siguen solo hace que todo sea mucho más ominoso. Están completamente fuera de lugar en esta elegante fiesta de prensa, pareciendo haber salido de la esquina de la calle que llaman hogar.

Miro a mi alrededor para ver si alguien más se ha dado cuenta de esto, pero todos están demasiado absortos en la fiesta. Es curioso cómo el hombre del momento deja de ser la preocupación de nadie una vez que salen la comida y la bebida gratis. Clavada en mi sitio a unos pocos metros de donde dejé a Dax, lo observo mientras ahuyenta a sus fans en anticipación de la conversación que está a punto de tener con este tipo.

Su rostro adopta una expresión fría y pétrea, y sus manos se aprietan en puños mientras el desconocido se detiene frente a él. Aunque hay moderación, ya que Dax los entierra profundamente en los bolsillos de sus vaqueros. Desde aquí puedo ver cómo se tensa su mandíbula y cómo se flexionan sus pectorales bajo la camiseta. Está conteniéndose, pero listo.

Los dos se enzarzan entonces, y a juzgar por la expresión en el rostro de Dax, no es nada bueno. De repente desearía no haber sido tan apresurada en mi huida. Si estuviera más cerca, podría captar algo de lo que está pasando entre ellos. No sé por qué necesito saberlo, pero ahora mismo siento que me estoy perdiendo algo importante. Tanto por no molestarme.

—¡Aquí estás! —aparece Ciara a mi lado y enlaza su brazo con el mío—. Necesito un cómplice en la barra de caviar.

Afortunadamente, está demasiado distraída por la comida como para notar mi preocupación por Dax, y puedo salir de ahí sin tener que explicar nada.

DAX

—**N**o, no, no! ¿Qué estás haciendo?

Salgo de la llave y Oggy, mi compañero de entrenamiento, retrocede a su rincón de la colchoneta, los dos nos giramos para mirar a mi entrenador. Su cabeza redonda como una pelota de baloncesto está roja, y las venas de su cuello sobresalen como suelen hacerlo cuando está a punto de echarme la bronca por algo.

—Te lo he dicho cien veces, Dax —dice—, gira a la izquierda cuando él entre con el jab.

—Lo siento, Miles, giraré a la izquierda la próxima vez —digo, levantando las manos en señal de disculpa.

—No puedo hacer nada con un "lo siento", y desde luego no puedo entrenar a un campeón con eso. Otra vez. —Aplaude las manos, indicándonos que lo intentemos de nuevo.

Sé que tengo que concentrarme, que este combate por el título podría ser el más importante de mi carrera, y la rutina que Miles ha diseñado para mí podría decidir el resultado. Ya lo hemos hecho siete veces esta mañana, así que mi cuerpo prácticamente se mueve

solo, salvo algún que otro error. Como girar a la derecha cuando debería ir a la izquierda.

Pero no puedo dejar de pensar en anoche. Sé lo que debería estar haciendo y que mi mente debería estar centrada únicamente en eso. Pero en su lugar, mi cabeza está llena de un montón de cosas que no tienen cabida dentro de la jaula. Como los periodistas interrogándome, dejando claro que no tienen fe en mi victoria. No es exactamente la forma en que quería entrar en este combate. Luego está Stash, que apareció de la nada, amenazándome con una tontería. Siempre es duro cuando mi pasado no tan glorioso choca con mi nueva vida.

Y luego, por supuesto, está Gemma.

De todas las sorpresas que han llegado a mi vida, ella es la más impactante. Y si soy honesto, la más intrigante. Es increíble lo que unos años de distancia pueden hacer con una adolescente de cara fresca. Para empezar, no había nada de adolescente en ese vestido anoche. Y si fuera un poco más honesto, estoy bastante seguro de que estaba coqueteando conmigo.

De repente, parpadeo miles de pequeñas estrellas en mis ojos, tirado boca arriba con Oggy sonriendo con suficiencia mirándome. Mi cabeza se siente espesa y demasiado pesada para mi cuello, así que simplemente me quedo tumbado en la colchoneta.

Oggy se quita el protector bucal y me tiende una mano. —Deberías haberlo visto venir.

Miles se acerca y aparta su mano justo cuando voy a tomarla. —Lárgate de aquí —le dice.

Oggy se escabulle como un perro al que acaban de patear, y mi cabeza cae de nuevo sobre la colchoneta. Sé que Miles me va a echar la bronca, y no lo culpo. Tiene un trabajo que hacer, y no le estoy poniendo las cosas fáciles.

—¿Tienes algo que decir? —pregunta, frunciendo el ceño con las manos en las caderas, si es que tuviera alguna, ya que es completamente esférico. Es difícil creer que este hombre fuera uno de los mejores luchadores de MMA de su época. Se me ocurre que podría ser él en unos años, antes que tarde si no me pongo las pilas.

Me da un empujón con el pie en las costillas que me sacude. — ¿Estás sordo?

Escupo el protector bucal. —¿Podemos tomar un descanso de cinco minutos?

—¿Cinco minutos? —A juzgar por el intenso rojo que ilumina su rostro, esa fue la pregunta equivocada. —¿Le vas a pedir cinco minutos a Menéndez cuando te derribe? ¿Crees que te va a dar cinco minutos cuando esté ocupado dándote una paliza?

No digo nada y simplemente lo miro con lo que espero sea una expresión neutra. No ayudaría que Miles supiera que lo estoy mandando a freír espárragos mentalmente en este momento. Es el mejor, y por eso es mi entrenador. Pero a veces puede ser un poco cerrado, como si no entendiera que hay vida fuera del ring.

Toma mi silencio por terquedad y levanta las manos al aire con un suspiro exasperado. —Tómate cinco minutos. Tómate el día, me da igual. —Se aleja, siguiendo con su sermón para quien quiera escuchar. —Tómate todo el maldito año. ¿Qué más da?

La puerta de su oficina se cierra de golpe, resonando por todo el gimnasio. Puedo sentir las miradas de todos sobre mí mientras estoy tumbado en la colchoneta, pero estoy demasiado aliviado por el momento de paz como para importarme.

Cierro los ojos y dejo que los sonidos del gimnasio me relajen, como siempre lo hacen. El chirrido de las zapatillas dentro de la jaula de entrenamiento, el golpe sordo de los puños contra el saco vertical, los gemidos de dolor de las personas en medio de la tortura que solo una rutina rigurosa en el suelo puede infligir. A lo lejos, una ducha se

pone en marcha. Lo absorbo todo y dejo que se filtre a través de la tensión en mis cansados músculos. Esta es mi versión de esas máquinas de sonido ambiente que algunas personas usan para dormir. El combate, y todo lo relacionado con él, siempre ha sido mi salvavidas. Mi santuario.

—¿Es este tu movimiento secreto que te hará ganar el título? ¿O simplemente vas a quedarte ahí tumbado haciéndote el muerto?

Cuando abro los ojos, me encuentro mirando a las profundas piscinas azules de Gemma. Lleva una sonrisa irónica mientras me mira desde arriba, su corto cabello rubio cayendo libremente alrededor de su rostro perfecto.

La caída que me dio Oggy no es nada comparado con la que me da Gemma.

—Supongo que si funciona para la zarigüeya, también podría funcionar para mí —me levanto del suelo y paso el antebrazo por la frente para intentar eliminar el sudor acumulado, pero nada salvo una ducha va a evitar que parezca alguien que ha pasado las últimas horas entrenando como si su vida dependiera de ello. Y no debería importarme cómo luzco ante Gemma, después de todo. Es la hermana de mi mejor amigo, y por tanto, territorio prohibido.

Desafortunadamente, eso solo la hace más tentadora. Especialmente con la forma en que su ajustada camiseta se estira sobre su generoso pecho y sus diminutos shorts que destacan sus piernas espectaculares. Supongo que he encontrado algo que es un tormento peor que una rutina de entrenamiento intensa: tener a alguien como Gemma justo delante y no poder hacer nada al respecto.

—No estaré interrumpiendo, ¿verdad? —pregunta, sus ojos recorriéndome hasta encontrarse con los míos.

—¿Sabe tu hermano que estás aquí?

Ella niega lentamente, casi imperceptiblemente. No sé qué está pasando aquí, pero estoy seguro de que no solo viene de mi parte.

—Iba de camino a encontrarme con una amiga y pensé en pasar a preguntar si quizás apareció un pendiente en vuestro Objetos Perdidos.

—¿Un pendiente? —Me desconcierta la aleatoriedad de esa declaración.

Ella baja la mirada y asiente, acomodando con timidez un mechón de pelo detrás de la oreja. —Es una hoja de roble dorada. Creo que se me cayó por aquí.

Y la forma en que escruta el suelo es como si esperara encontrar esa maldita cosa. Después de que el servicio de limpieza pasó por aquí, tendría suerte de encontrar algún rastro de lo que ocurrió anoche. El lugar ha vuelto a ser un simple gimnasio de entrenamiento, como el carruaje de Cenicienta a las doce de la noche.

—Eh, el Objetos Perdidos oficial es una caja mugrienta junto a los casilleros, y está llena de toallas sudadas, calzoncillos sucios y algún tanga ocasional.

Observo cómo sus cejas se elevan, tal como esperaba. Una pequeña risa brota de mí entonces. Es tan condenadamente adorable.

—Bueno, um, si encuentras algo...

—Una hoja de roble dorada; entendido. ¿Significa algo especial?

Un leve ceño frunce su frente. —¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé —hago un gesto hacia el tatuaje en mi pecho—. Si pienso en mí, todo lo que llevo está ahí por una razón, sabes. Cada tatuaje...

—¿Este collar? —Sus dedos rozan mi pecho desnudo mientras inspecciona la medalla de plata que cuelga allí. Chispas puras de electricidad me atraviesan, encendiendo mis terminaciones

nerviosas. —Siempre lo noté, pero nunca tuve la oportunidad de preguntarte por él.

—Sí —digo, y aclaro la garganta. Mi voz de repente se ha vuelto gruesa y muy reveladora de lo que está ocurriendo dentro de mi cuerpo. —Mi consejero me lo dio cuando salí. Es el símbolo sánscrito de la esperanza.

—Saliste —dice ella, repitiendo suavemente mis palabras. Su mano baja y se muerde los labios.

Sé que hay algo que quiere preguntar y se está reprimiendo. Pero mi vida antes de convertirme en un luchador profesional nunca ha sido un secreto. Es más, siempre lo he usado como inspiración y motivación para asegurarme de no volver a ese lugar oscuro.

—¿Qué pasa? —pregunto, y ella parece tomarse un momento para considerar las palabras adecuadas.

Pero de la nada, ya no estamos solos en el mundo.

—¿Te importaría ayudarme con mis estiramientos? —Una de nuestras clientas habituales aparece de repente a mi lado, y ya me está llevando hacia su colchoneta antes de que pueda decir algo.

Le hago un encogimiento de hombros de disculpa a Gemma mientras me guían a arrodillarme sobre mi ansiosa aprendiz. Ella se tumba de espaldas y levanta una pierna sobre mi hombro. Mi trabajo es inclinarme sobre ella, poniendo mi peso sobre esa pierna para empujarla hacia atrás lo más que pueda. Es un estiramiento común, pero con los ojos de Gemma sobre mí, se siente como un acto íntimo que debería ocurrir a puerta cerrada. Los gemidos de placer de la mujer debajo de mí no ayudan. Vaya momento más inoportuno.

—Dios, eso se siente tan bien —dice, con una voz entrecortada y profunda.

Miro hacia atrás, y Gemma sigue ahí donde la dejé, fingiendo estar mirando algo al otro lado del gimnasio.

—Voy a dejar que Chuck se encargue de esto —digo.

Ella gime y saca el labio inferior como un bebé. —Pero yo te quiero a ti.

La ignoro y me levanto, haciendo un gesto para que Chuck, uno de mis asistentes, se acerque. —Te ayudaré cuando vayas al saco —le digo, y luego me doy la vuelta antes de que pueda seguir protestando.

—Sabes que solo es una fan, ¿verdad? —dice Gemma cuando me junto con ella.

—Te hago saber que Electra quiere ser una amateur de peso pluma.

—Electra —dice, conteniendo una risa.

—Sí, está aquí entrenando todo el tiempo. Muy dedicada.

—Estoy segura de que es muy dedicada, pero no al entrenamiento. Va completamente maquillada y con las uñas perfectas —dice Gemma, cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué? ¿Estás celosa?

—¿Quieres que lo esté? —pregunta sin perder el ritmo, dándole la vuelta a la situación de inmediato.

Pero Gemma tiene algunas cosas que aprender, y estoy en la mejor posición para enseñarle. Doy un paso más cerca de ella, y sus brazos caen a los lados. El aire entre nosotros está cargado. Mis dedos rozan los suyos apenas, pero es suficiente para enviar un rayo directamente a través de mí. El vello de mi nuca se eriza.

—No llevabas pendientes anoche —digo, con la voz baja.

Sus ojos se clavan en los míos. —Qué perspicaz por tu parte.

Juro que la agarraría aquí y ahora si no tuviéramos a todo el gimnasio como público. Y si no estuviera el pequeño detalle de su familia.

—¿Qué crees que diría Aiden sobre esto?

Siento cómo sus dedos se retuercen contra los míos, como si intentara evitar agarrar mi mano. Está claro que está luchando contra esto tanto como yo.

—Aiden no está aquí —dice.

Su respiración se ha hecho más profunda, haciendo que su pecho roce ligeramente contra mí con cada subida y bajada. Inclina la barbilla y yo me paso la lengua por los labios mientras ella abre los suyos lentamente. No sé qué está pasando, qué estamos haciendo o qué quiere ella, pero todo eso es secundario ante la necesidad urgente que tengo de besarla en este momento.

—Siento interrumpir, Don Juan, pero tenemos que hablar.

Gemma se aparta de mí como si la hubieran quemado, y no sé qué me molesta más: esa reacción, o el hecho de que Stash esté delante de mí con una sonrisa de suficiencia en la cara. De todas las cosas turbias en mi pasado, él es la única que desearía que se quedara ahí, en lugar de aparecer en los peores momentos posibles.

—Hola, tío —digo, intentando mantener la calma. Soy muy consciente de que Gemma nos está observando a ambos con mucha atención.

—¿Ah, hola, tío? —se burla y da un paso hacia mí. Parece un desafío. También lo siento como tal. —¿Hola, tío? ¿Eso es todo? ¿Eso es lo único que tienes?

—Eh, creo que me voy —dice Gemma.

—Sí, ¿por qué no te vas y dejas a los grandes hablar?

Eso es lo último que quiero. Alargo la mano y toco su brazo. —Está bien, esto no llevará mucho tiempo.

Sus ojos van de mí a la mirada amenazante de Stash, y puedo decir que realmente no quiere estar aquí.

—Está bien —dice—. Llego tarde para encontrarme con mi amiga. — Y con eso, da media vuelta y sale corriendo del gimnasio.

Los músculos de mi mandíbula se tensan mientras dirijo mi atención a Stash. He pasado de estar abrumado por el deseo a ser superado por la ira hacia este idiota que tengo delante. Lo único que me impide perder los estribos y darle un puñetazo es, una vez más, el hecho de que no estamos solos aquí.

—¿Era realmente necesario? —digo entre dientes.

—¿Todo bien, jefe? —pregunta Chuck desde su posición en la colchoneta con Electra.

Noto por primera vez que la entrada de Stash ha hecho que toda la actividad en el gimnasio se detenga, con todos los ojos puestos en nosotros. No puedo culparlos. No es exactamente el tipo de persona que se ve en estos lugares, con tatuajes de prisión subiéndole por el cuello y cubriendo la mitad de su cara. Aunque tiene el inconfundible físico de un luchador, parece el tipo de problema que no querías en tu vida. Stash es el tipo de tío que esperas encontrarte en el lugar donde suele pasearse: la calle.

Hago un gesto displicente hacia Chuck y le indico a Stash que me siga hasta la barra de batidos, donde hay menos tráfico y, por tanto, menos oídos para escucharnos.

—No puedes seguir viniendo por aquí así —digo, una vez que estamos a solas.

—No vendría si simplemente hicieras lo que te dije —responde, clavando su dedo en mi pecho para dejar clara su postura. —Adivina a quién vi juntos esta mañana. Desayunando en Sal's.

Ay, tío, está poniendo todo de su parte para echarme en cara. Mis puños se aprietan sin que yo ni siquiera lo piense, pero los meto en los bolsillos de mis pantalones de entrenamiento en lugar de clavárselos en la cara, como realmente quiero hacer. Ahora no es el momento.

—Como te dije anoche, no puedo decirle al hermano de mi mejor amigo que rompa con su novia porque un matón tiene un problema con eso.

Su risa es como ácido amargo saliendo de su boca. —¿Matón, eh? Vaya, vaya, Daytona, pelear de forma elegante te ha dado unos huevos al fin.

—Déjalo ya, ¿vale? Tú y Ciara rompisteis hace un año. Supéralo y deja que ella siga adelante.

Entonces se acerca a mí, con su aliento fétido golpeando mi cara. —No voy a superar nada —dice—. Y la única persona con la que va a seguir adelante es conmigo. Así que o los separas, o desataré el infierno sobre vosotros.

Uso ambas manos para empujarle el pecho y hacer que se aleje. Puede que no esté cayendo en sus provocaciones, pero desde luego no voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que me trate así en mi propio maldito gimnasio.

—Lárgate de aquí —digo—. Y no quiero verte por aquí de nuevo, ¿me oyes? Lo digo en serio.

Stash se ríe con una carcajada que me corta hasta los huesos. —¡Ay, qué miedo! —dice, y hace un número fingiendo temblar de miedo.

Es un cabrón.

—Te diré algo —dice entonces—, si quieres el privilegio de darme órdenes, tienes que ganártelo.

Sé a dónde quiere llegar. Es el mismo lugar al que ha intentado llevarme desde que dejé las peleas callejeras y me pasé al

profesionalismo.

—No va a pasar, Stash.

—Tú, yo y las reglas de la calle. Que lo arreglen los hombres de verdad.

Me encantaría ponerle las manos encima sin ninguna regla que me detenga, pero no solo podría terminar de nuevo en la cárcel si nos pillan, sino que seguro que arruinaría mi carrera. Y eso es algo que no estoy dispuesto a comprometer por nadie, ni por ninguna cantidad de orgullo.

—Vete a la mierda y lárgate de mi gimnasio.

—Gallina —dice, riéndose de nuevo. Esta vez añade efectos de sonido de gallina. Y mientras se marcha, se toma la molestia de tirar todo lo que hay en la barra, haciendo que los vasos se rompan por todas partes.

Como dije, un cabrón.

GEMMA

Mi estómago todavía parece lleno de mariposas cuando llego a La Perla, el lugar elegido por Kate para comer. Parece que un viaje de diez minutos no fue suficiente para sacudirme el encuentro casi íntimo con Dax, y no me sorprende. Es, sin duda, la persona más intensa que he conocido, y mi reacción hacia él siempre es igual de intensa. La forma en que sus ojos se clavan en los míos y hacen que mi cuerpo sienta cosas que ni sabía que era capaz es simplemente electrizante. Pero una parte de mí está contenta de que solo haya sido un casi algo y nada más. Ni siquiera puedo pensar en las consecuencias de que hubiera besado a Dax y, peor aún, de que se supiera que lo había besado. Aiden y Riley se morirían de gusto.

Y como si todo eso no fuera suficiente, otra cosa que no puedo quitarme de la cabeza es la idea de haber dejado a Dax con ese tipo. Anoche parecía que las cosas estaban tensas entre ellos, y cuando apareció en el gimnasio hoy, tenía la sensación de que estaba de humor para continuar lo que fuera que pasara. Dax nunca ha ocultado su pasado, por perturbador que sea, y mentiría si dijera que no me inquietó ver un pedazo de ese pasado en su cara.

Mi teléfono suena, interrumpiendo mi sesión de respiración en el aparcamiento; era mi plan recuperar la compostura antes de tener que entrar y enfrentarme a mi amiga. Es un mensaje de Kate, hablando del rey de Roma...

¿Voy a tener que enviar un equipo de búsqueda?

Respiré profundamente una última vez y salgo del coche. Espero haberlo hecho lo suficientemente bien como para que no pueda leer todo lo que pasó entre Dax y yo en mi rostro.

—Si llegas más tarde, habríamos tenido que cancelar el brunch y pedir un almuerzo completo —dice Kate mientras me siento frente a ella.

Afortunadamente, ha elegido una mesa alejada de las ventanas, pero cerca de las puertas francesas que dan al área exterior. Así tenemos la brisa del verano sin el sol deslumbrante de Las Vegas. Es perfecto.

—Espero que ya hayas pedido por mí —digo, apartando el menú. Hay demasiadas decisiones difíciles que puedo tomar en una mañana.

—Croissants de mantequilla y té de Ceilán. De nada —responde, luciendo bastante satisfecha consigo misma, pero estoy más que feliz de concedérselo.

—¿Qué haría sin ti?

Sonríe y me hace ojitos, deleitándose en la gloria de su victoria como la mejor mejor amiga del mundo.

Tener a Kate en mi vida me ha salvado más veces de las que puedo contar, por eso realmente quiero hablar con ella sobre todo este asunto de Dax. Confío en su criterio, y sé que me dirá qué hacer. Pero hay una gran parte de mí que todavía guarda la información, como si fuera un sucio secreto. No sé por qué. Ella sabe de mi enamoramiento infantil hacia él, e incluso sabe de la vez que intenté

besarlo jugando al juego de la botella. Fácilmente una de las experiencias más humillantes de mi adolescencia, y Kate nunca me dio nunca un día de lamentos por ello. Ni por el hecho de que me rebajara a engañar para obtener un beso de un chico, ni porque salió mal y la botella cayó en Gladys Knight, nuestra labradora negra que se había colado en el círculo.

—Así que, Dax —dice, y mis ojos se clavan en los suyos. Mi reacción le da la pista, y esboza una sonrisa aprobatoria—. Mis poderes de observación siguen siendo tan agudos como siempre.

—Pero... ¿cómo?

Se encoge de hombros. —Sé que lo viste en la fiesta de prensa anoche, y luego vi tu cara cuando entraste aquí... Te conozco mejor de lo que te conoces a ti misma, Gem.

Una sensación de alivio me invade. Al menos ahora no tengo que andar a tientas tratando de encontrar la manera de sacar el tema con ella.

—Algo pasó, ¿verdad? —pregunta, insistiendo—. Cuéntame, chica, o voy a estallar de curiosidad.

—No, no ha pasado nada —digo, bajando la mirada para examinar el tenedor brillante que tengo en la mano—. Pero casi.

Salto cuando ella golpea la mesa con las palmas de las manos, haciendo que el contenido entre nosotras tiemble y que los demás clientes nos miren como si fuéramos extraterrestres de otro planeta. —¡Lo sabía! ¡Eres más transparente que la tanga que llevaba en el último año del instituto!

—Qué asco —digo, arrugando la cara. Sé a qué tanga se refiere y por lo que la hizo pasar.

—No, tú das asco. ¿Dax Daytona? Gem, no necesito decirte que esquivaste una bala, ¿verdad?

—No le conoces —digo, saliendo inmediatamente en su defensa.

Sus cejas se alzan sorprendidas. Ha captado mi reacción instintiva, y ahora desearía no ser tan maldita mente transparente.

—Creo que sé lo suficiente —dice—. Hemos estado evitando el tema de Dax durante años, y todas las razones por las que era una mala idea antes de que te marcharas a la universidad siguen siendo válidas ahora.

—Sí, bueno, para mí no es tan simple. No puedo simplemente mirar una lista de razones y luego cambiar de opinión —me siento ridícula por argumentarlo, pero es verdad y ella necesita saberlo—. No puedo evitar lo que siento por él.

—Por eso me tienes a mí —dice, y se inclina para tomar mi mano a través de la mesa—. Te ayudaré a mantenerte alejada de él, y me lo agradecerás dentro de cinco años cuando tengas una carrera estable y él esté en rehabilitación por el alcohol y las chicas.

Pongo los ojos en blanco. Lo está pintando como si fuera una especie de imán de porquería, y sé que no lo es. Ese estilo de vida de estrella de rock me molesta, claro, pero sé que es solo una parte de su trabajo como luchador profesional. Hay más en él que eso.

—¿Qué vas a hacer, ¿ponerme una correa hasta que me marche?

—Pfft, ni siquiera voy a sudar —dice—. Todo lo que tengo que hacer es asegurarme de que te mantengas alejada de Dax hasta que abordemos ese avión a Hawai dentro de cinco días. Entonces tendrás unas vacaciones increíbles en las que centrarte, y después de eso... el resto de tu vida.

Parece que lo tiene todo planeado, pero yo lo dudo. Especialmente porque incluso ahora, mientras estoy sentada aquí, estoy pensando en lo mucho que lo deseo.

—Entonces, ¿cómo propones que evite a alguien que siempre está cerca? Él y Aiden salen mucho, lo sabes.

—Una distracción —dice, sin dudar—. Esta noche saldremos a bailar y encontraremos la distracción más caliente y musculosa para ti.

—¿Un ligue? ¿Esa es tu solución?

—Un ligue y bailar —dice, moviendo las cejas de manera sugerente.

Según Kate, no se debe poner un pie en una discoteca antes de la medianoche. Así tendrás más energía en el tanque de bebida mientras todos los demás están bien encaminados hacia la Avenida del Descontrol. Además, lucirás mejor que el cien por cien de las mujeres que hay allí. Como siempre, no se equivoca. Cuando entramos en la discoteca, todo lo que siento es felicidad, cortesía de la barra de efectivo iluminada, y ambiente gracias a la música techno que nos golpea desde todos los ángulos.

—Esto va a ser como quitarle un caramelo a un bebé —dice, inclinándose para gritar directamente en mi oído.

Simplemente asiento y dejo que Kate nos lleve hacia la barra. Después de todo, no hemos venido aquí para conversar, y cuanto antes empecemos con la fiesta, antes olvidaré a Dax.

Nos pide dos chupitos de tequila para acompañar las cervezas, que se convierten en dos más antes de que finalmente esté lista para pisar la pista. El bajo intenso resuena en mí, haciendo que mi cuerpo se sienta más vivo de lo que se ha sentido en mucho tiempo. Intento no pensar demasiado mientras me abro paso entre la multitud giratoria detrás de Kate. El espectáculo de luces es de otro mundo, como si el DJ estuviera decidido a transportarnos a otra dimensión. Y por la forma en que me siento ahora, está funcionando. Sudorosa, emocionada y protegida por esta burbuja de baile en la que no hay consecuencias para ninguna acción. El mundo exterior no existe.

—¡Dios mío, estás genial! —El mundo exterior irrumpe en mi burbuja en forma de Ciara.

Me abraza con fuerza, y cuando finalmente me suelta, veo a Riley agarrándola, moviéndose al ritmo de la música. Aiden no está lejos, bailando lentamente y cerca de su novia a pesar de la lista de éxitos animada. Verlos emparejados y divirtiéndose me hace estar aún más decidida a encontrar mi distracción. Estoy segura de que Kate estará contenta con eso.

—No sabía que ustedes vendrían —digo, por falta de algo mejor que decir.

Ciara se encoge de hombros, encantada de verme, Riley no tanto.

—¿Te olvidaste del resto del vestido en el coche? —pregunta.

Ciara le da un codazo en las costillas. —Cállate, está espectacular.

Riley comienza a protestar, pero por suerte Ciara lo agarra y lo lleva más adentro de la pista de baile. Se vuelve sobre su hombro y me dice que me divierta. Le devuelvo una sonrisa, pero después de ese encuentro, ya no estoy tan segura.

¿Cómo se supone que voy a relajarme con mis dos hermanos vigilándome como halcones? En el momento mismo en que pienso eso, veo a Riley mirándome por encima del hombro de Ciara. Dios, esta noche no iba a ser así.

Y entonces, como si las cosas no pudieran empeorar, mis ojos se posan en la persona que vine aquí para olvidar. Dax. Está cerca de donde Aiden está bailando lentamente, y aunque sigue mejor el ritmo de la música que mi hermano, apuesto a que está mucho más íntimo con el grupo de mujeres que se han pegado a él. Es como una escena de *Dirty Dancing*, la forma en que todas se rozan contra él, y él parece estar viviendo el mejor momento de su vida.

En ese momento, Dax mira hacia mi dirección. No sé qué podría haberlo hecho hacer eso cuando obviamente está ocupado. Pero lo hace. Y nuestras miradas se encuentran, enviando la música y todas las personas que bailan a algún lugar lejano.

Si esto fuera realmente una película, este sería el momento en que se acerca a mí y me pide bailar. Lo deseo tanto que puedo sentir cada célula de mi cuerpo suplicarlo. Pero entonces recuerdo a Aiden y Riley, y cómo ese tipo de drama no es lo que me apetece ahora mismo. Dax me lanza una media sonrisa cómplice, y me cuesta mucho esfuerzo apartar la mirada de él.

Tiro del brazo de Kate, y me siento un poco mal por interrumpirla. Ya se ha enganchado a un compañero de baile bastante atractivo, y lo último que quiero es ser la amiga que le arruina un buen momento. Pero mi situación se ha vuelto urgente.

—¿Otra ronda? —pregunta, agitando su cerveza hacia mí.

Niego con la cabeza. Apenas he tomado unos sorbos de mi cerveza, y la suya ya está vacía. Claramente, estoy fallando en esto de la fiesta.

—Voy a ir para allá —digo, señalando en una dirección aleatoria.

Ella sigue mi dedo, luego me mira y se encoge de hombros. —Quédate cerca —dice, y vuelve a su proyecto de la noche.

Adiós a mi compañera de equipo.

Me doy la vuelta y escaneo la pista. No puedo distinguir entre los cuerpos y caras oscuros que se mueven al ritmo de la música, los haces de luz rítmicos que hacen parecer que todos pulsan al compás del latido en mi cabeza. Después de un momento, mis pies comienzan a llevarme al otro lado de la pista de baile. Soy dolorosamente consciente de cada músculo mientras intento moverme al ritmo para no parecer demasiado fuera de lugar con los demás. Pero al ser tan cerebral al respecto, sé que debo parecer un absoluto patán.

Sin embargo, no dejo que eso me detenga. Por alguna razón, alejarme de Dax se ha convertido en mi prioridad número uno. Mi instinto es simplemente irme del club, pero sé que eso generará demasiadas preguntas y será demasiado obvio. Así que sigo

moviéndome, y gracias a varios extraños que me chocan y rozan, pronto tengo un chorro helado de cerveza deslizándose entre mis pechos. Genial.

Miro hacia atrás para intentar medir mi progreso mientras me detengo a limpiar el desastre en mi pecho. No hay rastro de Kate, mis hermanos o Dax. Un suspiro de alivio escapa de mí. Los he perdido. Ahora solo tengo que...

—¿Necesitas ayuda con eso?

La voz de Dax en mi oído es profunda y cargada de sugerencias que me provocan escalofríos. Mi cuerpo entero se llena de piel de gallina a pesar de que la pista de baile parece estar a unos metros del núcleo de la tierra.

Me giro lentamente, y la mirada en sus ojos casi me derriba. —Dax. Hola.

Es lo más patético que podría haber dicho en ese momento, así que, por supuesto, eso es lo que digo. Siento cómo mis mejillas se ponen al rojo vivo mientras sus ojos pasan de los míos a la humedad en mi pecho. Desearía poder leerlos, pero la iluminación aquí es pésima.

Lo entiendo ahora: todos rozándose y frotándose. Es porque se enfocan en tocar y sentir para compensar el hecho de que no pueden ver realmente. La forma en que Dax me mira ahora, de pie tan cerca, me invade el impulso de tocarlo y sentirlo también.

—No pensé que vinieras a este tipo de lugares —dice, sonriendo.

Estoy casi segura de que sabe el efecto que tiene sobre mí. Además, definitivamente lo está disfrutando. Y si fuera completamente honesta, tendría que admitir que tampoco lo estoy odiando precisamente. Se siente bien saber que, de todas las mujeres a las que podría elegir, se ha tomado la molestia de buscarme a mí.

—Me gusta bailar —digo, y tomo un sorbo de mi cerveza. Me lamo los labios lentamente y observo cómo sus ojos se fijan en ellos.

Parece que también estoy teniendo un efecto en él.

—Bueno, entonces —dice, y se acerca aún más, envolviendo su brazo alrededor de mi cintura.

Como si lo hubieran planeado, comienza una canción de dubstep más lenta, y no estoy segura de si es el bajo o mi corazón el que está a punto de salirse del pecho. De lo que sí estoy segura es del calor de sus dedos en mi espalda que lentamente se desliza a través de mí para asentarse en un pozo de calor ardiente entre mis piernas.

Nuestros cuerpos comienzan a moverse juntos, encontrando su propio ritmo simbiótico, alejado del que invade el club y a todos los demás. El baile que estamos haciendo no tiene nada que ver con la música y todo que ver con el deseo que ambos sentimos el uno por el otro.

Mi mano libre recorre sus brazos musculosos, sintiéndolos contraerse y relajarse mientras se frota contra mí, hasta que la dejo descansar sobre los símbolos chinos en su nuca. Sus tatuajes siempre me han parecido sexys, y ahora que estoy cerca de su tinta, siento todo tipo de chispas explotando en mi cuerpo. Mis labios están a solo unas pulgadas de los suyos, y hormiguean bajo su aliento caliente. Siento que me deshago en sus brazos, un profundo anhelo creciendo en mi interior.

Pero sé que no soy la única. Las manos de Dax están por todas partes, y eso no ayuda a mi determinación de mantenerme firme. Y cuando me agarra el culo, empujándome con sus caderas, agradezco la oscuridad y la multitud que nos esconde de mis hermanos. También me alivia el ruido, porque eso significa que Dax no escucha el leve jadeo que ese toque específico me arranca.

Antes de que pueda recuperarme por completo, me guía con propósito, colocando su muslo entre los míos. Todo mi cuerpo se derrite contra él mientras sus fuertes manos me mueven para rozarme contra él. De repente, ya no estoy tan decidida a mantenerme firme. ¿Por qué debería hacerlo? Estamos perdidos en

un mar de música y movimiento, sin nadie a quien rendir cuentas excepto a nosotros mismos.

Por eso, cuando Dax aplasta sus labios contra los míos, abro la boca y lo dejo besarme. En un instante, las paredes de la presa que contenían mi atracción reprimida se derrumban y me inundan en ola tras ola de dulce deseo finalmente cumplido. La fuerza de eso me hace tambalear, mis pulmones anhelando aire cuando ninguna otra parte de mí quiere separarse de él. Así que ignoro el grito de supervivencia de mi cuerpo y, en su lugar, presto atención a su respuesta primitiva a la forma en que su lengua explora mi boca con hambre. Sabe a whisky, y su aroma llena mis fosas nasales mientras enredo mis dedos en su pelo. Si pudiera beberlo, lo haría.

Pero cualquier idea que tenga sobre a dónde podría llevar este beso se desvanece de repente cuando Dax es arrancado de mis brazos. No necesito mucha luz para reconocer el rostro tatuado del tipo que lo sostiene, y mi corazón se hunde hasta los pies. No puedo empezar a imaginar cuál podría ser su problema y por qué está tan decidido a provocar a Dax.

Observo cómo Dax lucha para liberarse del agarre del tipo, y los dos intercambian palabras acaloradas. No puedo oírlas, pero las expresiones en sus rostros me dicen todo lo que necesito saber. Esto es obviamente lo suficientemente serio como para que este matón esté en la cara de Dax cada vez que puede, y necesito saber de qué se trata.

—¿Quieres que vaya allí? —ruge el matón, su grito flotando sobre una pausa en la música.

Empieza a alejarse, pero Dax lo vuelve a atraer y, sin soltarle el brazo, comienza a decirle algo muy cerca de su cara. Hago una nota mental para mejorar mis habilidades de lectura de labios, porque la curiosidad me está matando. Si la visión de ese tipo no me diera escalofríos, habría ido directamente allí para descubrir de qué se trata. Pero lo hace, así que no lo hago.

El tipo se libera del agarre de Dax y lo empuja, haciendo que tropiece y caiga sobre mí.

—Dax, ¿qué está pasando? —pregunto, aprovechando la oportunidad que surge.

—Vete de aquí ahora, y llévate a tus hermanos contigo —dice, prácticamente ladrándome mientras me empuja de vuelta a la multitud.

Me esfuerzo por no tomarlo como algo personal, porque sí, entiendo que está alterado y quiere que me vaya, pero ¿empujarme? ¿En serio?

—Lo siento —digo, murmurando a la chica a cuyo pie accidentalmente pisé en medio del alboroto.

Pero ella no parece importarle y está mirando fijamente por encima de mi hombro. Cuando miro hacia atrás, noto que no es solo ella. Todos a nuestro alrededor no solo han notado la confrontación, sino que también han reconocido a Dax. Pronto, una serie de luces de teléfonos móviles comienzan a aparecer a nuestro alrededor, como cientos de luciérnagas alimentadas por baterías, con cámaras apuntando directamente a la pareja. Su emoción por filmar esta jugosa instantánea detrás de cámaras es palpable, y sé que estará trending en cuestión de minutos. Aunque mi conocimiento sobre el mundo de las peleas profesionales es limitado, no hace falta ser un genio para darse cuenta de que las malas noticias antes de un combate por el título pueden dañar mucho a Dax.

¿Y qué quiso decir cuando me dijo que me llevara a mis hermanos? ¿Esto tiene algo que ver con ellos? No hay nada que pueda hacer respecto a Dax y el matón, que todavía están dando vueltas alrededor de una pelea completa, así que empiezo a abrirme paso entre la multitud para intentar llegar a Kate y los demás. Quizás Aiden pueda decirme qué demonios está pasando.

—¡Gem! —Kate me agarra y me sacude—. ¿Dónde diablos estabas? Te dije que te quedaras cerca.

Miro por encima de mi hombro, pero Dax ya está bien oculto detrás de un muro de personas. Es como si hubiera pasado por un agujero de gusano, y la fiesta de este lado sigue intacta y feliz.

—¿Está todo bien? ¿Qué pasó?

No me sorprende que, incluso en medio de un espectáculo de luces láser y humo, Kate todavía pueda darse cuenta al instante cuando algo anda mal conmigo.

—¿Has visto a Aiden? —pregunto.

Ella frunce ligeramente el ceño, pero luego mueve la cabeza en dirección al bar. —¿Qué está pasando?

Sacudo la cabeza lentamente y digo: —Todavía no estoy segura —mientras empiezo a abrirme camino hacia Aiden y, con suerte, hacia las respuestas.

DAX

Me siento un poco decepcionado al ver a Aiden trabajando duro en el camino de entrada cuando llego a su taller de automóviles. En mi mente, tenía tiempo para prepararme mentalmente mientras avanzaba por el camino y atravesaba el taller. Pero no importa cómo lo enfrente, sé que será una conversación difícil.

Mis pies pesan como bloques de plomo mientras camino hacia él. —
Hola.

Una llave inglesa cae al suelo con un ruido metálico y Aiden emerge de debajo del capó del Mustang del 77 en el que estaba trabajando.

—Dax, ¿qué pasa? —Se limpia una mano engrasada en la parte trasera de sus viejos vaqueros manchados antes de extendérmela.

Nos saludamos y le alboroto el pelo como siempre hago. Está húmedo de sudor, gracias al sol implacable.

—¿Mal momento? —pregunto, echándole un vistazo.

Está todo rojo en la cara y definitivamente parece que ha tenido mejores días. Además, estoy procrastinando.

Aiden niega con la cabeza. —Todo bien, tío. Me alegra verte por aquí sin esposas.

Sé que se refiere a lo que pasó en el club anoche. Ya estaba por todo internet cuando me desperté para mi entrenamiento de las 5 de la mañana. Dax Daytona volviendo a los viejos tiempos. Como si la prensa necesitara más munición para dispararme en la antesala de mi pelea por el título.

—Por eso estoy aquí —digo—. Tengo que hablar contigo de algo, y necesito que me escuches antes de que digas nada.

Su expresión cambia, y la preocupación es evidente en sus ojos.

—Vamos —dice, indicándome que le siga al taller—. Necesito beber algo.

El taller no es lo que uno esperaría de un mecánico. Impecable, con todo en su sitio; es como una extensión de la personalidad de Aiden. Siempre caminando por la senda correcta y haciendo las cosas como debe ser.

Saca dos botellas de agua de la nevera pequeña en la esquina y me lanza una. —¿Esto es por lo de anoche?

Abro la botella y me bebo la mitad de un trago. El alivio fresco es bienvenido, al igual que la pausa. No sé por dónde empezar, pero también sé que no tengo elección. Stash no es el tipo de persona que hace amenazas vacías.

—¿Y bien? —pregunta, presionándome para que diga algo.

Respiro hondo y me lanzo. Como arrancarse una tirita. —El tipo del club, es alguien que conocía cuando...

Me doy cuenta de cómo cambia al instante la expresión de Aiden. Sabe muy bien a qué me refiero con "cuando".

—No sé si lo sabes —continúo—, pero él y Ciara salían juntos.

—¿Ciara? —Aiden mueve una toalla llena de herramientas a un lado y se sube al banco de trabajo, con los pies colgando en el aire—. No parece su tipo.

—Me lo dices a mí —respondo con ironía—. Probablemente por eso rompieron hace un año.

Termina el resto de su agua y aprieta la botella hasta que cede. —Vale, ¿y qué me estás diciendo? ¿Tiene esto algo que ver con ella?

—Tiene todo que ver con ella —digo, pasándome las manos por el pelo.

Sus cejas se fruncen en señal de confusión, como esperaba. —No lo entiendo.

—Stash —el tipo del club—, quiere recuperarla.

Aiden se ríe levemente. —Que lo intente, tío, pero ella y Riley están muy unidos. De hecho, no lo he visto tan enganchado desde Juliette Soles en séptimo curso.

Suelto un suspiro profundo. Esto es lo que temía. —No está jugando, Aiden. Lo de anoche no fue la primera vez que se me ha enfrentado por esto.

Aiden salta del banco de trabajo y se acerca a mí. —¿Qué? ¿Por qué no dijiste nada antes?

—Porque... Supongo que pensé que se iría si simplemente le plantaba cara.

Aiden asiente con comprensión. —Pero no se fue.

Sacudo la cabeza lentamente. —Solo lo empeoré, al parecer. Está amenazando a toda tu familia.

—¿Qué?

—Me dijo que si no rompen, va a hacer daño a alguien. Y sé lo suficiente sobre este tipo como para saber que va a cumplir su

amenaza.

Sus hombros se encorvan, y puedo ver sus pensamientos corriendo tras sus ojos a mil por hora. —Eso es una locura —dice, con una voz que apenas es un susurro.

—¿Qué es una locura?

Los dos nos sobresaltamos cuando Riley entra en el taller con aire despreocupado. Debe notar las miradas alarmadas en nuestras caras, porque se detiene de golpe en la puerta.

—¿Qué está pasando?

Antes de que pueda formular una explicación, Aiden comienza a soltarla, sus nervios expulsando las palabras de su boca como un tren de carga.

—Ese tipo asqueroso del club quiere que tú y Ciara rompáis, o él y sus matones vendrán tras nosotros.

Riley mira de Aiden a mí, y de nuevo a él. Luego comienza a reírse. Es raro, y ambos compartimos una mirada que dice que estamos pensando lo mismo: Riley se ha vuelto loco. Va hacia la nevera, todavía riéndose, y coge una botella de agua.

—Deberíais ver vuestras caras —dice, y toma un gran trago de agua.

—Riley, esto es serio —dice Aiden. —Dax conoce a este tipo, y dice que es un problema.

—Claro —dice Riley. De repente parece enfadado. —Dax lo conoce. Es por Dax que este tipo de mala gente está en nuestras vidas.

—¿Disculpa? —No puedo creer lo que acabo de oír.

Quiero decir, Riley y yo no somos exactamente los mejores amigos, pero nunca antes había expresado tal desdén hacia mí.

—Me has oído —dice, mirándome fijamente, sus ojos como acero azul.

—Mira, tío, estoy intentando ayudarte. Stash te habría encontrado de todos modos porque todavía está obsesionado con Ciara.

—¿Stash? —Riley estalla en una risa cáustica. —¿Qué clase de nombre es ese? ¿Algún código de matones callejeros que la gente decente no conoce?

—Riley, basta —dice Aiden, interviniendo finalmente.

—No, Aiden. Tengo razón, y lo sabes. Durante años me he quedado callado y he visto cómo este tipo te arrastraba a su estilo de vida decadente.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —digo.

Pero Riley no ha terminado aún. —Bueno, ya he esperado demasiado. Porque ahora se trata de mí y de la mujer que amo, y no voy a permitir que nadie se interponga en eso.

—Riley, realmente creo que deberías al menos...

Las palabras de Aiden se pierden cuando Riley lanza su botella de agua directamente a la cabeza de su hermano. Este se agacha justo a tiempo, y ambos vemos cómo se estrella contra la pared detrás de nosotros.

—¿Estás loco? ¿Por qué estás tan enfadado?

—¿Necesitas preguntarlo? —Riley se acerca a Aiden, furioso. —Lo que siento por Ciara, no lo he sentido por nadie más.

—Lo sé —dice Aiden, levantando las manos para intentar calmar a su hermano.

—¿Esperas que me retire porque Dax, su alteza real, lo dice?

—¿Cuál es tu problema? —Le doy un pequeño empujón que resulta no ser tan pequeño, y Riley dirige toda esa frustración y rabia hacia mí.

—Acabo de decirte cuál es mi problema —dice, empujándome de vuelta.

—Eh, vamos —Aiden se interpone entre nosotros, usando su cuerpo como una especie de bandera blanca. —Esto no va a terminar bien para nadie.

Doy un paso atrás, respirando para recuperar la calma. Es puramente por respeto a Aiden, porque ahora mismo no deseo más que darle un puñetazo a su hermano imbécil.

—No eres más que mala noticia, Dax —dice Riley. —No me importa cuánto digas que has cambiado las cosas. ¿Y ahora, ahora tengo que pagar el precio? ¿Cómo es eso justo?

El nudo de culpa en el fondo de mi estómago se retuerce. El tipo puede ser un cobarde, pero no está equivocado. Mi oscuro pasado me ha seguido toda la vida, y es la única mancha en la vida de esta familia que es tan sana como *The Brady Bunch*.

—Intenté hablar con él, ¿vale? —digo. —Pensé que podría hacer que se echara atrás, pero...

—Pero claro que no funcionó, o no estarías aquí. ¿Qué es peor? ¿Qué intentabas que Aiden me lo dijera? ¿No tuviste las agallas para hacerlo tú mismo?

—Simplemente pensé que sería mejor venir de él, eso es todo —digo, comenzando a calmarme. Mi ira no tiene lugar aquí, lo entiendo ahora. Después de todo, todo esto es culpa mía.

—Aiden, el Niño Jesús... No me importa quién lo diga. No voy a dejarla. Puedes darle ese mensaje a tu buen amigo Stash.

Riley sale del taller dando un portazo.

—Eso ha ido mejor de lo que pensaba —dice Aiden con un suspiro.

—¿Sabes que anoche fui a mi primera reunión de Alcohólicos Anónimos en doce años?

Por la expresión de Miles, estoy seguro de que es una pregunta retórica. Así que me aparto del saco de boxeo y le doy tiempo para seguir hablando.

—No había querido un trago tanto como desde que mi tercera mujer me dejó plantado.

—Es que tengo muchas cosas en la cabeza —digo. Me arrepiento en el instante en que las palabras salen de mi boca, porque su cabeza calva se pone aún más roja.

—Tienes la pelea más importante de tu carrera en unas semanas —dice, temblando del esfuerzo que le supone no gritarme y arrancarme la cabeza. Sé que es lo que realmente quiere hacer—. No tienes el lujo de tener otras cosas en la cabeza. ¡Apenas tienes el lujo de dormir! Es casi medianoche, y yo debería estar en casa, pero estoy aquí, haciendo esto contigo porque es lo necesario. No porque no tenga algo mejor que hacer.

Miles arroja su toalla al suelo y la pisotea para dejar clara su postura. Creo que preferiría que perdiera los estribos y me gritara antes que presenciar esta rabieta de viejo.

—Eh, tranquilo, ¿vale? Me concentraré, te lo juro —me acerco a él y le pongo las manos en los hombros.

Eso hace que deje de pisotear la toalla, pero sigue furioso.

—Me calmaré cuando te vea entrar en el juego —dice—. El maldito juego de verdad, no un concierto de discoteca o lo que sea en lo que os metáis los jóvenes.

—Vale, Miles, te lo prometo.

—He pasado mi vida trabajando para llevarte hasta aquí, Dax. No puedes estropearlo ahora.

Esto hace que esa manta de culpa me apriete aún más. Aiden, Riley y ahora la única persona que ha estado en mi rincón durante todo

este tiempo. Miles es más que un entrenador para mí, y sé que se merece algo mejor.

—Hay algunas cosas pasando —digo—. Cosas serias, y realmente me están afectando.

—Entonces deberías haberme venido desde el principio —dice.

Pero niego con la cabeza y retrocedo. Ojalá esto fuera algo que pudiera arreglarse con una buena charla, de corazón a corazón. —No es así.

—¿Cómo es entonces?

El timbre sobre la puerta del gimnasio suena y ambos nos giramos para ver a Riley entrando.

—Estamos cerrados —dice Miles, prácticamente ladrándole.

Le toco el brazo suavemente, evitando cualquier otra protesta. —Eh, está bien. ¿Podemos tener un minuto?

Miles alza las manos. —¿Qué diablos importa? —pregunta y se marcha hacia la oficina.

—Mierda, tío, no quería...

—No te preocupes —digo, acercándome a él—. Ese es su buen humor. Deberías verlo cuando se enfada.

Ambos nos reímos un poco, aunque se nota la tensión por el elefante en la habitación.

—Mira, siento haberme puesto así contigo antes —dice Riley.

Me encojo de hombros, pero no digo nada. No sé qué hay que decir, en realidad. No eran exactamente buenas noticias las que estaba dando, y si me pusiera en su lugar, no sé si habría reaccionado de otra forma.

—Igual no voy a hacer lo que me dijiste —dice.

—Riley, no creo que entiendas...

—Entiendo perfectamente —dice, alzando una mano para callarme—. Pero Ciara no es un trozo de carne que se pueda pasar de uno a otro. Es una persona que decide por sí misma lo que quiere, y ha decidido estar con mí.

—Así es como lo vería alguien sensato, pero Stash no es sensato. Es peligroso —no sé cómo hacerle entender que no quiere meterse en esto.

Riley asiente. —Lo sé —dice—. Por eso quiero que me ayudes a entrenar. Sé que estás ocupado, pero aceptaré lo que pueda conseguir.

Esto no es lo que me esperaba. —¿Quieres que haga qué?

—Si tienes razón y él va a causar problemas, entonces supongo que necesito poder defenderme cuando lo haga.

—Debes quererla mucho o ser muy estúpido —digo.

—Creo que soy ambas cosas.

No puedo evitar sentir un gran respeto por el tipo flacucho que tengo delante, que parece no haber levantado un peso en su vida.

—Es una chica con suerte —digo, haciéndole un gesto para que me siga al gimnasio.

GEMMA

—**E**s raro. ¿No te parece raro?

Aiden se encoge de hombros y sigue concentrado en el set de herramientas que lleva lustrando los últimos veinte minutos. Lo cual, coincidentemente, es el tiempo que llevo intentando que hable conmigo sobre Dax.

Pero ha sido bastante hábil esquivando todas mis preguntas, incluso teniéndome sentada en el banco de trabajo justo a su lado. En cualquier otro taller de automóviles ni siquiera entraría, y mucho menos me sentaría. Pero este es el taller de Aiden y él es muy obsesivo con la limpieza. Yo estaría encantada de comer del suelo si fuera necesario.

—Entonces, ¿Riley decidió de repente empezar a entrenar? —pregunto, probando otra táctica.

—Síp —responde, sin levantar la vista.

He tratado con todo tipo de personas en mis años en Smith, y nunca había tenido tantas dificultades para llevar una conversación hacia donde yo quiero. Es más terco que yo. Mi plan era venir aquí y averiguar cómo se tomarían mis hermanos un posible ligue entre

Dax y Gemma. Hasta ahora, no ha soltado prenda. Pero estoy lejos de rendirme y tengo toda la tarde libre.

—¿Y no sabes nada del tipo que se metió con Dax en el club la otra noche?

Esta vez obtengo menos que una palabra—no obtengo nada.

—Aiden—

—Gem, por favor —dice, suspirando profundamente—. Estoy intentando trabajar aquí.

—¿En lustrar tus herramientas?

—¿No tienes otro lugar donde estar? —pregunta—. Es tu vacaciones, ¿y estás aquí pasando el rato?

Se aparta del banco de trabajo, lleva la toalla y sus herramientas brillantes al capó del Dodge Charger que está en el medio de su taller.

—No entiendo por qué las limpias si luego las vas a llenar de grasa otra vez —digo, bajándome del banco para seguirle.

No parece muy impresionado por esto y niega con la cabeza en señal de derrota mientras se tumba en una de esas camillas rodantes que usan los mecánicos para meterse debajo de los coches. En un segundo, solo veo sus piernas.

—Haz algo útil y pásame el número trece —dice desde debajo del Dodge.

Me acerco a mirar el conjunto de herramientas que ha dejado allí. Tardo menos de un segundo en darme cuenta de que no tengo ni idea de lo que me acaba de pedir. Hay una razón por la que nunca seguí a él y a Riley en el negocio familiar.

—¿Ha dicho trece?

Riley, que apareció de la nada, se inclina sobre mí y coge algo parecido a una llave larga. Le da una patada ligera en el pie a Aiden y mi hermano emerge un poco de debajo del Dodge y coge lo que pidió. Él y Riley intercambian una mirada antes de que desaparezca de nuevo.

—Vale, ¿qué ha sido eso? —pregunto, mirando a Riley, ya que él es el único que puedo ver.

—¿Qué ha sido el qué? —Le da otra patada en el pie a Aiden y pregunta—: ¿Obermeyer te ha respondido sobre el servicio de su Wagon?

—Riley—

—No, está fuera de la ciudad este fin de semana, así que probablemente no recibiremos la llamada hasta el martes.

Riley asiente y va a coger una cerveza de la nevera.

—¿Por fin se ha cumplido mi deseo de invisibilidad? ¿Qué está pasando aquí?

Como siempre, Aiden guarda silencio, pero noto que Riley está a punto de hablar por la forma en que sostiene ese trago de cerveza. Finalmente, traga y me mira.

—No es algo de lo que tengas que preocuparte —dice—. Lo tenemos controlado.

Ah, vaya, eso aclara mucho las cosas.

—¿Ha pasado algo? ¿Tiene que ver con ese tipo del club?

Una profunda arruga aparece en su frente. —¿Viste eso?

Asiento con rigidez. Tengo que tener cuidado con lo que revelo aquí. Ambos parecen tan tensos; no sería el mejor momento para contar lo que pasó entre Dax y yo.

—Gracias a Dios por el código entre hermanos —dice Aiden, todavía ocupado haciendo ruido debajo del Dodge.

Riley se ríe secamente. —Me lo dices a mí.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, con la esperanza de que finalmente me incluyan en su intercambio privado.

Riley da otro trago a su cerveza, eructa y luego dice: —Digamos que estamos aliviados de que Dax y todas sus—elecciones de vida, digamos—no puedan afectarte.

Mi corazón se hunde hasta los pies y trago saliva con dificultad. Ahora me toca a mí guardar silencio deliberadamente.

—Ese tipo tiene problemas siguiéndole como un perro tras un hueso jugoso.

—Y gracias al código entre hermanos —dice Aiden—, hay un límite hasta dónde puede llegar esa mierda.

—Exacto —dice Riley, brindando con lo que queda de su bebida hacia la parte de Aiden que puede ver antes de terminársela—. Al menos tenemos eso. Estás a salvo.

—¿Segura? ¿Como si alguna especie de credo místico estuviera en juego y no tuviera nada que ver con el hecho de que soy una adulta que puede cuidar de sí misma?

—Confía en nosotros —dice Aiden.

—Sí, solo confía en nosotros —añade Riley al unísono—. Tienes toda tu vida y carrera por delante. Él solo lo arruinará todo; eso es lo que hace.

A lo cual no puedo hacer más que poner los ojos en blanco. No puedo decir que este desarrollo no haya mermado mi ánimo, pero no podría haber esperado algo diferente. Siempre han sido sobreprotectores conmigo, y Dax es el tipo de chico que hace saltar sus alarmas de forma natural.

Tengo que admitir que las palabras de Riley hacen que mi propio sentido de precaución se active. No está del todo equivocado cuando se trata del tipo de impacto negativo que Dax puede tener. Y, sin embargo, todavía lo quiero. Desesperadamente. La batalla de emociones dentro de mí es casi demasiado para soportar, y una escapada rápida parece ser mi única opción.

—Voy a pasar por casa de Kate para prepararme para la pelea —digo, saliendo del taller.

Un fuerte chirrido detiene mi movimiento cuando Aiden se desliza desde debajo del Dodge. —¿Vas a la pelea previa al título?

—¿Desde cuándo? —pregunta Riley.

Me siento como si estuviera esposada a una mesa en medio de una sala de interrogatorios, y el dúo de detectives que me está interrogando ha decidido ambos hacer el papel del policía malo.

Me encojo de hombros, intentando restarle importancia tanto como sea posible. —Kate nos consiguió entradas. Espero que no noten que estoy mintiendo.

—Nunca te ha interesado el UFC —dice Aiden.

No me gusta lo atentamente que me está estudiando en este momento, como si estuviera esperando captar alguna señal que lo lleve a descubrir lo que realmente está pasando. Cruzo los brazos sobre el pecho e intento adoptar una expresión severa.

—Solo voy a estar en la ciudad unos días —digo—. Esta pelea es una de las cosas que están pasando por aquí, y Kate pensó que sería divertido.

—¿Kate pensó? —Riley no parece convencido.

—¿Por qué estáis tan tensos? —Cubro la temblorosa fragilidad de mi voz con una risita ligera. Necesito que crean que ellos son los que tienen el problema, no yo.

—Preferiría que no estuvieras cerca de Dax en este momento —dice Aiden.

—¿Por qué no? —pregunto, aprovechando la oportunidad para finalmente descubrir algo que vale la pena saber.

Pero mi reacción fue demasiado rápida, demasiado deliberada, y Aiden se cierra de golpe.

—Solo hay drama, como siempre —dice Riley, tomando el relevo—. Ya sabes cómo eso tiende a desbordarse y afectar a otras personas.

—Bueno, vosotros podéis relajaros —digo, continuando mi salida—. Estoy de vacaciones, ¿recordáis? Eso significa diversión, no drama.

Escucho a Riley murmurando algo a Aiden, pero prácticamente estoy libre, así que no me doy la vuelta. Lo que tengan que decir puede quedarse entre ellos por ahora. Ya estoy pisando terreno peligroso, y preferiría no tener que lidiar con ellos. No esta noche.

El T-Mobile Arena está abarrotado cuando Kate y yo entramos. La gente se mueve de un lado a otro, entregada a charlas emocionadas y alcohol. Incluso para alguien no demasiado interesado en nada relacionado con el UFC, el ambiente es absolutamente electrizante, y el efecto es casi mareante. Bueno, ahora que tengo una inversión personal en una de las personas que estarán dentro de esa jaula más tarde, no puedo evitar dejarme llevar por ello.

—No puedo creer que lo besaras —dice Kate.

No ha podido dejar atrás mi confesión, cuando estábamos preparándonos en su habitación. Es como si estuviera en shock. No dijo mucho entonces, ni durante el viaje en Uber hasta aquí. De vez en cuando, sin embargo, suelta esas palabras.

—No puedo creerlo.

—Sí, Kate, ya te he escuchado las primeras quinientas veces.

—¿Después de que acordamos que es una mala idea? ¿Después de que me esforcé en conseguirte un plan de contingencia?

Estamos abriéndonos paso entre la gente, y gracias al ruido general a nuestro alrededor, no siento la necesidad de hablar en voz baja. Se siente bien hablar de ello como si fuera algo normal y no un pequeño y sucio secreto.

—No sé qué decirte que no te haya dicho ya.

—Puedes decirme que es mentira y que nunca sucedió.

Le lanzo una mirada que le dice exactamente lo que pienso de su sugerencia, y su expresión se desmorona.

—Fue un momento, y simplemente lo seguimos. No veo cuál es el problema —digo—. Somos dos adultos que consienten.

—Uno de los cuales es el tipo de adulto que no llevarías a casa para conocer a tus padres.

Pongo los ojos en blanco. Ella puede tener razón, pero todavía tengo la libertad de hacer caso omiso de sus comentarios. No me arrepiento del beso, sea lo que sea cierto sobre Dax. De hecho, no he podido dejar de pensar en ese beso desde que sucedió y en lo mucho que quiero que vuelva a suceder.

—Estamos por allí —dice, señalando nuestros asientos en el bloque D—. Un golpe de suerte en la primera fila. Aunque ahora que sé por qué los conseguiste, casi no quiero estar aquí.

—¿Puedes relajarte? Esto no es un gran problema. Me voy de la ciudad en unos días, y todo esto será solo un recuerdo.

Ella suspira, pero puedo ver que está a punto de ceder y dejar de insistir en el tema.

—Siéntate —digo—. Voy a ir al baño rápidamente.

Los ojos de Kate se estrechan con sospecha. —Iré contigo.

Suelto una risa ligera y sincera. Es totalmente falsa. —¿Quieres verme orinar?

—Quiero asegurarme de que no estás escapándote para ver a ya-sabes-quién.

—¿Voldemort? Bueno, ahora que lo mencionas, ese look calvo y sin nariz sí que me hacía algo.

—Gem...

Vuelvo a reír. Suena plástico a mis oídos, pero afortunadamente la música alta y las voces ayudan a ocultar ese hecho. Mientras ella pueda ver en mi rostro que estoy totalmente relajada, esto funcionará.

—Siéntate, disfruta de la música, ya vuelvo.

No espero su respuesta antes de escabullirme. Afortunadamente, le resultará difícil seguirme si eso es lo que decide hacer, porque cientos de personas ya están entrando para ocupar sus asientos. Y, de todos modos, irá a buscarme al baño, y para cuando se dé cuenta de que no estoy allí, ya estaré de vuelta. Sin daño, sin falta.

—¿De qué te ríes? —pregunta Dax al entrar yo en su vestuario, conteniendo una risa.

—Tu guardaespaldas que está fuera de la puerta tiene la mitad de tu tamaño. ¿Cómo va a protegerte?

De momento es el único aquí, luciendo como un dios griego tatuado con sus pantalones cortos de seda blanca. Me siento frente a él en el banco de madera en el que está montado, envolviéndose las manos. Nuestras rodillas apenas se rozan, pero la chispa que salta se siente como una tormenta eléctrica en mi cuerpo. Mi intención era venir aquí y preguntarle sobre el tipo raro que sigue apareciendo y sobre Riley, que de repente ha mostrado interés en entrenar. Pero todo eso se me va de la cabeza bajo su mirada soñadora.

—No dejes que su tamaño te engañe —dice él con una ligera sonrisa —. Brian no es alguien con quien jugar.

—¿Ah, sí? Pues yo acabo de entrar sin problemas.

—Eso es porque le dije que te dejara entrar —dice él, acercándose para reducir la distancia entre nosotros.

—Así que estamos haciendo esto —digo yo, con voz suave aunque sé que no hay nadie cerca para escucharme.

Sus ojos se oscurecen y se lame los labios tentadoramente. —No puedo dejar de pensar en ti.

Su aliento es caliente en mi boca, y separo mis labios con dulce anticipación. Pero en lugar de besarme, siento sus manos fuertes agarrándome por detrás de las rodillas. Un pequeño chillido de alarma deleitada escapa de mí cuando me tira bruscamente hacia él hasta que prácticamente estoy en su regazo.

Y es entonces cuando me besa, con una mano en mi pelo y la otra en la parte baja de mi espalda. Me sostiene, manteniéndome cerca, como si nunca fuera a estar lo suficientemente cerca. Dios, este hombre es insaciable. Mi boca arde mientras su lengua baila deliciosamente con la mía, su sabor impregnándome y haciéndome desear más. Toma mi labio inferior entre sus dientes y lo tira suavemente, provocando un gemido profundo en mi garganta y una excitación de otro tipo en mi interior.

Mis bragas se humedecen, y cuando me froto contra él, puedo sentir la evidencia de su deseo presionando a través de la fina tela de seda de sus pantalones cortos. La sensación de él así, mezclada con la idea de él dentro de mí, enciende cada uno de mis terminaciones nerviosas. Es como si tuviera la mejor clase de fiebre y el único antídoto fuera más de Dax.

Sus manos bajan a mis caderas y actúan como una guía deliberada para mi torpe balanceo. Seré la primera en admitir que no tengo mucha experiencia en temas de intimidad, y definitivamente cero

experiencia cuando se trata de encuentros en vestuarios. Pero él es un gran maestro, y pronto hay un ritmo, y estoy sin aliento y empapada sobre él. Estoy segura de que sus pantalones están completamente arruinados ahora y trato de no pensar en cuál será su excusa si su entrenador nos encuentra así. No quiero pensar en nada que no sea Dax besándome como si su vida dependiera de ello. Nunca me han besado así antes, nunca me han devorado como si fuera la última comida de un hombre hambriento. La sensación me hace sentir mareada y mi cabeza da vueltas cada vez que abro los ojos.

Así que los mantengo cerrados, contenta de ver las pequeñas luces estallando contra mis párpados.

—Te deseo tanto, maldita sea —dice él, y sus palabras entrecortadas hacen que mis labios húmedos hormiguen.

Respondo con un gemido y vuelvo a presionar mi boca contra la suya. —Tengo que irme.

Él responde con un gruñido de decepción y separa sus labios de los míos para mirarme. —¿Estás bromeando, verdad? La pelea no es hasta dentro de media hora.

Le acaricio la cara suavemente, odiándome por querer ser tan responsable cuando sería fácil hacer lo incorrecto. Pero sería lo incorrecto, y no quiero que sea así.

No con Dax.

—Mi amigo me está esperando —digo, y me aparto de él.

Trato de no mirar la erección dentro de sus pantalones que es imposible de esconder, y me levanto, arreglando mi vestido.

—Esto es peor que perder cualquier pelea —dice él, levantándose lentamente del banco.

Me doy cuenta por primera vez de que solo una de sus manos ha sido envuelta. Las cosas entre nosotros escalaron tan rápido que

casi olvidé que tiene cosas más importantes de qué preocuparse que besuquearse como un adolescente.

—No debería haber venido aquí. No debería estar distrayéndote antes de que tengas que salir ahí.

¿Lamento haber venido a buscarlo? Para nada. Pero sí me siento mal, porque el momento no fue el mejor, y no quiero que piense que no me importa lo que hace.

—Te prefiero a ti antes que cualquier cosa que esté pasando ahí fuera —dice él, acercándose para rodear mi cintura con sus brazos y atraerme hacia él—. No sé qué es esto, ni de dónde viene, pero me alegro de que esté pasando. ¿Y tú?

Mis mejillas se calientan, y estoy un poco avergonzada de que mi cuerpo elija ahora ponerse tímido y estúpido. Asiento con la cabeza, dándole una suave sonrisa. Entonces él me toma la cara con ambas manos, y justo cuando se inclina para besarme, la puerta del vestuario se abre de golpe con un estruendo, obligándonos a separarnos.

Me giro, intentando no parecer una niña que acaba de ser pillada jugando con cerillas en la habitación de su madre. Supongo que no lo hice muy bien, porque el entrenador de Dax no parece demasiado impresionado al encontrarme allí. Su gran cabeza redonda está prácticamente brillando, está tan roja.

—Miles, hola. —Dax no suena nervioso en absoluto, lo cual es justo lo contrario de lo que yo siento.

Se inclina para recoger la tira de cinta blanca olvidada en el banco y comienza a envolverse la otra mano, como si todo lo que ha estado haciendo fuera prepararse para la pelea. Pero su entrenador—Miles—no se lo está creyendo en absoluto.

—¿Puedes darnos un minuto? —pregunta él, con una voz que se asemeja más a un gruñido ronco que a algo humano.

—Claro. Lo siento —digo, mientras me apresuro a salir de ahí lo más rápido posible.

Puedo oír a Miles comenzar a regañar a Dax antes de que la puerta se cierre por completo detrás de mí, y aumento el ritmo por si el viejo decide salir y echarme la bronca también a mí.

DAX

Cada vez que camino por el túnel, el mundo se reduce al tamaño de una jaula. No hay nada ni nadie más que yo y el tipo al que voy a derribar. Espero a que suenen las primeras notas de «All I Do is Win» de DJ Khaled para entrar, y el espectáculo comienza. Esta noche no debería ser diferente. Pero por primera vez, no estoy solo en este túnel. Sí, mi equipo está conmigo, y Miles está a mi lado como siempre. Pero eso no es lo que me inquieta.

Siento que mi cabeza se ha encogido en lugar del resto del mundo, haciéndola demasiado pequeña para todo lo que está ocurriendo dentro. Gemma, Riley, Stash—todos están dando vueltas allí dentro, exigiendo mi atención completa. Mientras nos detenemos en la boca del túnel, con el brazo de Miles sobre mis hombros, me siento como si estuviera siendo tirado en todas direcciones.

—Lo tienes —susurra. Es como si pudiera percibir lo que me está pasando, y a pesar de haberme reprendido en el vestuario hace unos minutos, sigue siendo el número uno en mi rincón.

Respiro hondo y sacudo la cabeza para intentar vaciarla de todo lo innecesario. Tengo que recuperar el control, si no por otra cosa, por Miles y todo el trabajo que ha invertido. Se lo debo al viejo.

Chuck se acerca y empieza a masajearme los hombros, murmurándome los puntos clave de la estrategia de pelea. Asiento con la cabeza para demostrar que entiendo, pero olvido sus palabras tan pronto como mi música de entrada retumba por el sistema. Como si fuera un reflejo, mis pies me llevan fuera del túnel hacia los ensordecedores vítores y aplausos.

Dentro de la jaula, suelo tomarme un tiempo para animar al público y conseguir su apoyo o hacer que se enfaden. Esta noche, preferiría quedarme quieto y tratar de concentrarme. Me coloco el protector bucal y reviso mi copa. Las correas están seguras. Hombros relajados. Miro a Oggy, mi oponente esta noche, y está haciendo un trabajo mucho mejor para entretener al público. Lo están amando.

Luego, sin previo aviso, mis ojos comienzan a escanear el estadio, lo único que no quería hacer. Y es entonces cuando la veo—Gemma. Está sentada en la primera fila a mi izquierda, junto a una morena bastante guapa que supongo que es la amiga de la que me habló antes. Tantas veces he mirado a una multitud y he visto a la chica que era mía en ese momento, pero nunca me había sentido así. Como si midiera tres metros y fuera el rey del mundo.

Sin embargo, esa sensación se desvanece rápidamente, porque justo al lado de Gemma están sus hermanos. Con sus novias. Les doy la espalda e intento sacudirme la tensión instantánea que ha agarrotado mi cuerpo. Aiden no me importa tanto, pero Riley y Ciara son los que inmediatamente hacen que mi ansiedad se dispare.

No es exactamente la mejor manera de entrar a una pelea. Y es cuando me doy la vuelta e intento recuperar la concentración cuando mis ojos encuentran a Stash sentado con todos sus amigos.

Vaya, esto es simplemente genial.

El árbitro nos llama a Oggy y a mí al centro de la jaula para llevar a cabo su rutina previa a la pelea. Lo dejo hablar, pero no escucho nada porque todo el tiempo que está haciéndolo, puedo sentir la mirada desagradable de Stash clavada en mí, con esa estúpida

sonrisa en su rostro. Así sé que ha visto a Riley con Ciara. Ojalá fuera él el que estuviera aquí conmigo, en lugar de mi compañero de entrenamiento. Al menos entonces tendría una motivación decente para dar lo mejor de mí y dar una paliza.

Comienza el primer asalto y estoy inmediatamente a la defensiva. Oggy viene hacia mí con un rápido doble golpe, luego gira a la derecha y me golpea directamente en la mandíbula.

El fuerte gemido del público enfatiza el dolor que atraviesa mi cabeza. Parpadeo para despejar las estrellas de mis ojos e intento concentrarme. Esta pelea estaba diseñada para darle al mundo una probadita de lo que verán cuando me enfrente a Menéndez. Hasta ahora, tienen todas las razones para apostar en mi contra.

Oggy lleva una media sonrisa mientras me provoca para que lo ataque. Todas esas horas de entrenamiento; él sabe mejor que nadie que no estoy en mi mejor momento. También conoce todos los trucos que tengo en mi repertorio. Esta fue la razón por la que Miles decidió que fuera él quien estuviera en la jaula conmigo. Siempre dice que soy mi mayor competencia, y debido a nuestro cercano programa de entrenamiento, Oggy es lo más cercano que tengo a luchar contra mí mismo. La única diferencia es que él tiene todo por ganar con esta alineación, mientras que yo tengo mucho más que perder. Y lo veo en la manera en que se mueve—jugando para el público y disfrutando de sus quince minutos de fama.

Viene hacia mí con un golpe, pero me agacho y me lanzo sobre él. Si puedo llevarlo al suelo, estoy seguro de que recuperaré la ventaja. Aunque sus pies pueden ser rápidos como un rayo, sé de hecho que Oggy carece en el área de lucha cuerpo a cuerpo. Pero él también lo sabe, y por supuesto ha sido preparado para detectar mis intenciones a una milla de distancia para poder evitarlo.

Oggy se mueve más rápido de lo que lo he visto hacer en el gimnasio, escapando de mi agarre en menos de dos segundos, y logra darme una rodillazo en el pecho en el proceso. Es un golpe aplastante que me hace tambalear, y aunque el dolor no es tan

malo, los sorprendidos gemidos y gruñidos del público son un insulto a la herida que no necesito ahora mismo.

Miro a Gemma, quien, a diferencia de todos los demás, está sentada en silencio mordiéndose las uñas, con una expresión de nerviosismo absoluto.

—¿Adónde vas, tío? —dice Oggy, llamando mi atención de nuevo hacia él.

En una noche en la que se supone que es mi oponente, sigue intentando que vuelva a hacer lo que vine a hacer aquí. Lo respeto por eso. Giro el cuello, relajo mi cuerpo y le hago un gesto de cabeza a Miles. Está junto al ring y ha estado gritándome cosas que antes no surtían efecto, pero ahora las escucho claramente.

—No pienses que no voy a rendirme contigo —dice—. ¡Juro por Dios que me voy a ir ahora mismo y nunca más me verás!

Casi al instante, reduzco el volumen de la voz de Miles en mi cabeza. Aquí estaba yo, pensando que me estaba dando instrucciones, pero lo único que está haciendo es montar un numerito junto a la jaula.

Y justo cuando estoy recuperando la compostura, Oggy se inclina hacia adelante y aprovecha que mi guardia está floja. Tensao los abdominales para soportar la paliza que me está dando, sus puños como bloques de hormigón envueltos. Pero hay una razón por la que lo eligieron para trabajar conmigo por encima de todos los demás en mi equipo de sparring, y acabo cayendo al suelo.

El público enloquece, Miles sigue gritando, y todo lo que puedo hacer es intentar ejecutar movimientos de cobertura mientras Oggy cae encima de mí, tratando de someterme. Afortunadamente, la ronda termina y lo apartan de mí para que vuelva a su esquina.

Mi equipo está dentro de la jaula y me levanta antes de que pueda incluso recuperar el aliento. Hay demasiadas voces dirigiéndose a mí, gente dándome palmadas en los brazos y la cara, y todo el tiempo lo único en lo que puedo pensar es en que Stash me está

viendo así. Probablemente se está divirtiendo mucho, también. Ni siquiera quiero mirar hacia allí, o hacia la dirección de Gemma. ¿Cómo diablos voy a convencer a la gente de que soy digno de ese título si no puedo defenderme en un combate amistoso?

El único consuelo de mi humillación pública es que aguante cinco rondas. Pero una derrota es una derrota, y a la prensa no le va a interesar nada más. La noche fue un completo desastre, mostrando mi falta de forma y técnica en lugar de mi dominio en la jaula, como estaba planeado.

Así que me salto la fiesta posterior. Sé que es una gran noche para Oggy, pero simplemente no tengo ganas de celebrarlo. Sería como celebrar el hecho de que no pude concentrarme ni siquiera unos minutos para hacer lo que tenía que hacer.

Miles se fue sin decirme una palabra. Me escurrí al vestuario, me cambié y me escapé por la parte de atrás. Para cuando llego a mi suite del Bellagio, cada parte de mí me duele y me siento más cansado que nunca en mi vida. Sé que tiene más que ver con mi cabeza que con cualquier cosa física. Podría pelear veinte rondas y seguir estando bien. Pero cuando me enfrenté a ese bloqueo mental en la jaula esta noche, fue como si me hubieran lanzado de vuelta a mis años de adolescente, peleando en las calles de Chicago.

Mis dedos suben hasta el medallón que llevo al cuello y lo acaricio, sintiendo el símbolo profundamente tallado. Mi consejero siempre me decía que era bueno recordar el pasado, pero no obsesionarse con él. Usarlo como fuego para seguir avanzando, no como un ancla que te hunda. Nunca puedo volver atrás. No puedo perder lo que literalmente he luchado por conseguir.

Un timbre estridente resuena en la suite vacía, y me quito la chaqueta antes de contestar. De pie frente al enorme espejo de mi dormitorio, veo por primera vez los daños que me hizo Oggy. Cortes abiertos en los pómulos y el ojo, y los moretones en las costillas ya comienzan a aparecer.

—Hola, mamá —digo, contestando la llamada. Sabía que era ella sin siquiera mirar el teléfono porque llama después de cada pelea. Y después de cada pelea, siempre es lo mismo.

—¿Estás bien?

Se refiere físicamente, así que al menos no tengo que mentirle. Siempre odié mentirle.

—Sí, mamá, estoy bien.

—Dile que recibió una paliza esta noche —dice mi padre, probablemente hablando por encima del hombro de mi madre como suele hacer.

Simplemente sacudo la cabeza y suspiro. Habla como si no hubiera estado allí para todo.

—Tu padre dice que te diga...

—Lo oí, mamá.

—Ah. Dice que lo escuchó, Jacob. Bueno, ¿no era August el que estaba contigo en el ring? —pregunta.

Me desplomo en la cama y me muevo lentamente hasta quedar apoyado contra las almohadas. Hago una mueca por el dolor en mi hombro izquierdo y trato de no hacer ningún sonido que vuelva a despertar la preocupación de mi madre.

—Sí.

—Estoy muy decepcionada —dice—. Lo invitamos a nuestro Thanksgiving el año pasado y todo.

Me río suavemente para mis adentros. —Nada es personal ahí dentro, mamá. Sigue siendo el mismo Oggy.

—Dile que mi hijo estaba yendo fácil con él.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. No creo que haya recibido una llamada directa de mi padre, y sin embargo nunca se queda sin cosas que decir cuando mi madre está al teléfono.

—Ya basta, Jacob. Si tienes algo que decir, díselo tú mismo. ¿Has estado durmiendo? —me pregunta—. Parece que no has estado durmiendo.

—He estado durmiendo, mamá.

Dios, ojalá esta llamada ya termine. Ahora hemos entrado en la parte de dormir, comer y vitaminas de la conversación.

—Parece que no has estado durmiendo —dice, como si no hubiera escuchado que acababa de decirle que sí lo había hecho.

Ella es así. Se hace una idea sobre algo, y nada de lo que yo diga la cambia. Como ahora, ha decidido que no he estado durmiendo lo suficiente. A menos que me grabe durmiendo toda la noche y le muestre la prueba, estoy librando una batalla perdida.

Y ya he tenido bastante de perder por esta noche.

—De hecho, estaba a punto de acostarme ahora, mamá —digo, sin odiar demasiado esa pequeña mentira.

—No puedes irte a dormir sin comer —dice—. ¿Has comido?

—Dile que una buena dieta es la mitad de la batalla ganada.

Aprieto la mandíbula con fuerza para evitar que se me escape la frustración. Lo último que necesito es herir sus sentimientos descargándome con ella.

Siempre hemos sido un equipo, mi madre y yo, y cuando todos tiraban la toalla, ella era la única que nunca se rendía. Nunca dejó de presionarme para cambiar las cosas, para salir de las calles y mejorar. Y nunca faltó a una visita cuando estaba encerrado. Mi padre, por otro lado, no fue nada de eso para mí. Era más cómodo

ejercer de padre desde detrás de mi madre. Lo cual, supongo, es parte del problema entre nosotros.

Estoy a punto de decir algo que mi madre pueda transmitir a mi padre, pero por suerte el sonido amortiguado del ascensor que se abre en mi planta me detiene en seco. Es mejor no agitar más las aguas, y aprovecho la oportunidad para terminar la llamada antes de que llegue tan lejos.

—Oye, mamá, tengo que irme —digo, levantándome y dirigiéndome al salón.

—De acuerdo, pero asegúrate de comer algo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Me meto el móvil en el bolsillo del pantalón de chándal y me preparo mentalmente para la charla que me va a dar Miles. Parecía furioso cuando salió del estadio sin siquiera mirarme. No es que pueda culparle. Toda la semana ha estado encima de mí para que me pusiera las pilas, y el hecho de que no lo haya hecho me ha costado caro. Como él dijo que pasaría.

—Hola.

Me quedo paralizado en el sitio, parpadeando tontamente hacia Gemma, que está de pie en mi salón. Definitivamente no es Miles, y mi cerebro tiene dificultades para cambiar de marcha.

—¿Qué haces aquí?

Sus cejas se fruncen ligeramente, y solo entonces me doy cuenta de lo brusco que he sonado. Esto me hace sentir aún peor, cuando hace un momento no creía que fuera posible.

—Perdona, es que... no esperaba verte —digo, acercándome a ella.

Al menos no se aparta de mí. Eso ya es algo.

—Sé que probablemente no debería haber venido —dice, con voz suave—. Pero estaba preocupada por ti. —Alarga una mano para

rozar mi cara con delicadeza, una preocupación profundamente arraigada en sus ojos mientras evalúa los daños—. Dios mío. —Su voz es un susurro tembloroso.

—Deberías ver al otro tipo —digo, bromeando.

La sensación de su piel contra la mía es como un bálsamo de los propios dioses, y me siento reconfortado por ello, la angustia de las últimas horas se desvanece. Odio que tenga que verme así, en mi peor momento, y si fuera otra persona, me sentiría demasiado avergonzado para enfrentarme a ella tan pronto después de esa catástrofe. Pero tenerla aquí conmigo es justo lo que necesito.

Y cuando miro a sus ojos y veo cómo me mira, sé que tampoco hay ningún otro lugar donde ella preferiría estar. Que de todas las formas en las que podría haber terminado la noche, estar aquí era su única opción. La energía entre nosotros es avasalladora.

—¿Dónde está el baño? —pregunta.

—¿Qué?

—Deberías limpiarte.

No espera una respuesta y empieza a recorrer el pasillo, asomándose a la cocina y luego al armario de la ropa de cama.

—En el dormitorio —digo.

Se gira para mirarme, su rostro es un torbellino de emociones, antes de continuar hacia mi dormitorio. Para cuando llego, ya está en el baño sacando el kit básico que viene con la suite.

—Siéntate —dice, sin levantar la vista de donde está colocando las almohadillas de algodón, las toallitas con alcohol y otras cosas más sobre una de las esponjosas toallas blancas.

Es una orden que obedezco fácilmente, y me siento al borde de la bañera esperando pacientemente a que me trate.

Normalmente esto sería trabajo de mi médico, pero no tuvo la oportunidad esta noche después de que me escabullera del estadio. Tuve algunas llamadas perdidas tuyas de camino a casa, pero se rindió después del cuarto intento.

—¿Es tan malo como parece? —pregunto, mientras Gemma se sienta en el váter y empieza a limpiar los cortes de mi cara.

Arde, pero es un dolor al que estoy acostumbrado y ya casi no lo siento.

—Aún no lo sé.

Noto que mi falta de reacción la sorprende. Me observa con atención, estremeciéndose por mí cada vez que toca una toallita en mi cara.

—Se te da bien esto —digo, sonriéndole.

La preocupación en sus ojos se disuelve y es reemplazada por algo que no logro identificar. Algo más suave.

—Bueno, ya sabes —dice, cambiando la toallita usada por una limpia—. Mi madre nunca fue del tipo que arreglaba cosas, y de niña me caía mucho de la bici. De los árboles. —Esboza una sonrisa traviesa que ilumina su rostro—. Y mis hermanos son completamente ajenos a este tipo de cosas. Normalmente yo era la que les arreglaba a ellos también.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —No pretendo hacerla sentir incómoda, pero veo que es exactamente lo que he logrado. Coloco mi mano sobre la suya para que deje de curarme por un momento—. No quería...

—Está bien —dice, negando con la cabeza—. No es lo que has dicho, es que... la gente piensa que soy una persona muy organizada.

—¿Y no lo eres?

—Sí, pero... supongo que lo que intento decir es... —Baja la mirada y se retuerce las manos en su regazo, olvidándose de mi tratamiento—. El caso es que, una vez que la gente empieza a verte así, como si no pudieras hacer nada mal, se vuelve tabú meter la pata. Impensable. Y no equivocarse es agotador.

Cuando levanta la mirada hacia mí, sus ojos se han empañado. Se suena la nariz y se inclina hacia delante para terminar de limpiarme la cara.

—Siento que tengas que vivir con esa presión —digo—. Sé un par de cosas sobre eso.

Sonríe. —Supongo que sí.

—Sí, solo que en mi caso es al revés. Mientras que la gente no espera que te equivoques, yo tengo al mundo entero esperando a que meta la pata. Saben que va a ocurrir, es solo cuestión de cuándo.

—Bueno, no todo el mundo piensa así —dice, tocando el medallón que llevo al cuello—. Hay gente que no siempre cree lo peor de ti.

Estoy agradecido por ella en este momento y por el hecho de que entró en mi vida cuando lo hizo. Lo que comenzó como una atracción física irresistible está convirtiéndose rápidamente en algo mucho más profundo. Lo siento fluir por mis venas.

—¿De dónde has salido? —pregunto, y casi lo digo literalmente.

Se encoge de hombros y baja la mirada tímidamente. —Siempre he estado aquí —dice.

Y tiene razón. Solo que ahora no es la niña que se quedaba en las sombras cada vez que iba a visitar a su hermano. Ni la adolescente angustiada que no podía mirarme a los ojos cuando le decía hola. Ahora es una mujer adulta, y Dios, qué bien lo ha hecho. Con todas las curvas en su sitio y un rostro que podría detener el mundo.

Abrumado por una necesidad urgente de besarla, me inclino hacia ella y espero a que se aparte. A que me diga que tiene que irse. Que su amiga la está esperando. Pero no hace nada de eso. En lugar de eso, agarra mi camiseta y me acerca más hacia ella, presionando sus labios contra los míos. El beso comienza lento, volviéndose más profundo y crucial con cada momento que pasa hasta que ardo de deseo por ella. Por más de ella.

Olvidando los dolores y molestias, tomo su mano y la llevo de vuelta a mi habitación, donde me siento al borde de la cama mientras ella se queda de pie frente a mí. La acerco y ella me envuelve con sus brazos, hundiendo sus dedos en mi pelo mientras yo entierro mi rostro en su vientre. Huele a dulces flores de jazmín en plena primavera.

Mis manos se deslizan bajo su vestido, rozando sus suaves muslos mientras suben más y más. Al pasar mi pulgar sobre su sexo, me sorprende sentir que la tela aún está húmeda por lo ocurrido antes. Cuando miro hacia arriba, sus ojos están cerrados y parece estar en su propio mundo de éxtasis. La acaricio a través de la humedad, moviendo mi pulgar hasta su entrada y regresando. Sus dedos se aferran a mi pelo mientras gime de placer, y pronto hay nuevos jugos filtrándose por las finas bragas y cubriendo mi dedo.

Me encanta estar haciendo esto con ella, ser la razón por la que su cuerpo reacciona así.

Para entonces, mi erección está presionando dentro de mis pantalones, anhelando algún tipo de liberación. Deslizo mis dedos dentro de sus bragas y las bajo. La observo mientras levanta su vestido por encima de la cabeza, dejando sus pechos lechosos libres y pidiéndome atención.

Gemma se acerca de nuevo y, tomando mi cabeza entre sus manos, guía mi boca abierta hacia su pezón erecto. En el momento en que me prendo, ella se arquea contra mí, un gemido primal vibrando desde lo más profundo de su ser. Me contengo de succionar para rozar su sensible punta con mi lengua y ver cómo arroja su cabeza

hacia atrás de placer mientras repito el movimiento una y otra vez. Luego vuelvo a succionarla, y esta vez el sonido que sale de su garganta es suficiente para volverme loco.

El dolor en mi polla está empezando a hacerse insoportable con la espera. Pero quiero tomarme mi tiempo con ella. Quiero que esta primera vez sea algo que la deje sin aliento. Y después de cuidar de ella, tomaré lo que es mío.

Dejo que mis manos se deslicen por su cuerpo desnudo, intentando memorizar su tacto. Le agarro el culo, separando sus mejillas para poder deslizar mi dedo hasta su entrada húmeda y pulsante. Ella gime al sentir el contacto, apretando sus músculos alrededor de mí mientras empujo más profundamente dentro de ella, moviéndome dentro y fuera de su empapado sexo con facilidad. Puedo imaginarme cómo se sentirá envuelta alrededor de mi dura polla.

—Dios, Dax —dice, pronunciando las palabras en un susurro grueso y ronco.

El sonido de su voz enciende mi piel. Dirijo mi atención a su otro pecho, succionándolo mientras sigo penetrándola con los dedos de la manera que claramente tanto le gusta. Su cuerpo comienza a temblar y sacudirse entre mis brazos. Siento que sus rodillas ceden, pero se endereza apoyando las manos sobre mis hombros. Luego me empuja hacia atrás. La miro interrogante, pero reconozco al instante la expresión en sus ojos.

Me muevo en la cama y me recuesto mientras ella me sigue para montarme. Miro hacia abajo, viendo cómo su sexo brilla mientras se cierne sobre mi polla palpitante. Deseo saborearla con desesperación, pero también quiero enterrarme dentro de ella. Lo quiero mucho más.

Y parece que ella también lo quiere, porque no pierde tiempo en bajarme los pantalones de chándal hasta justo debajo de mi culo. Supongo que es la parte importante lo que busca, así que ¿para qué molestarse en quitármelos del todo?

Estoy tan jodidamente duro que mi polla está prácticamente pegada a mi estómago y Gemma tiene que colocarla recta. Sus ojos se encuentran con los míos mientras humedece la punta deslizándola arriba y abajo entre sus húmedos pliegues. Me esfuerzo por mantenerme controlado, pero siento cada músculo tensarse en anticipación. Su agarre es firme alrededor de mi palpitante miembro mientras finalmente lo guía hasta su entrada y lo suelta.

Sin dejar de mirarme, abre aún más sus rodillas a ambos lados míos y luego se hunde hacia abajo. Es dolorosamente lento, cómo toma mi longitud media pulgada a la vez. Levanta las manos y comienza a acariciarse los pechos, tirando de sus pezones. Es demasiado. He esperado demasiado.

Entierro mis dedos en la suave carne de su cadera y la empujo hacia abajo. Al mismo tiempo, arqueó mis caderas y me entierro en ella tan profundamente como puedo. Ambos gritamos de la dulce satisfacción, y después de tomar un momento para ajustar su posición, Gemma comienza a mecerse y frotarse contra mí.

Sus movimientos comienzan torpes, pero pronto se suavizan y logra un ritmo constante. Su inexperiencia me excita aún más, y sé que no voy a durar mucho. Comienzo a rozar su clítoris, acariciándolo firmemente para llevarla al borde. Entonces acelera el ritmo, montándose como si su vida dependiera de ello.

Siento un calor creciente en el fondo de mi estómago que se desliza hacia mis muslos mientras mis testículos se tensan. Estoy tan jodidamente cerca. Un gemido ahogado escapa de sus labios, y ella apoya las palmas de sus manos sobre mi pecho mientras el movimiento de sus caderas se vuelve más urgente.

—¡Joder, me voy! —sus palabras son una mezcla ronca de excitación ahogada.

Ignorando mis cansados músculos, la volteo para que quede boca arriba y luego sujeto ambas sus manos sobre su cabeza con las mías. Se retuerce deliciosamente bajo mí, acogiendo el peso de mi

cuerpo sobre el suyo, y se lanza hacia adelante para besarme. Aplasto sus labios al mismo tiempo que empujo mi polla más profundamente dentro de ella, fuerte y rápido. El sonido de sus gemidos en mi boca, la sensación de su cuerpo temblando debajo de mí mientras comienza a deshacerse, es demasiado para mí.

Acelero mis embestidas, sintiendo cómo su interior se aprieta y palpita alrededor de mí mientras avanzo. Ella grita, el sonido más hermoso que sale de ella —crudo y animal— y esa pulsación se contrae en ondas ondulantes alrededor de mi miembro. Su orgasmo continúa y continúa, y yo tampoco me detengo.

—Estás tan jodidamente apretada, no puedo soportarlo —digo, enterrando mi rostro en su cuello.

Mi clímax llega como una ola rodante, y muerdo la suave carne de su cuello para evitar gritar mientras me atraviesa, destrozándome mientras tiemblo y me sacudo sobre ella. Sin aliento y temblando, me quedo dentro de ella hasta que la última gota de mí es expulsada. Cuando me muevo para salir, siento sus manos en mi espalda, reteniéndome en su lugar.

—Todavía no —dice, con un gemido desesperado en su voz.

Y siento sus músculos apretarse alrededor de mí de nuevo mientras mueve sus caderas para frotarse contra mí. Está lista para venir de nuevo. Y lo que mi mujer quiere, lo tiene.

Rápidamente me retiro de ella, sin prestar atención a su suspiro de decepción porque tan pronto mi boca hace contacto con su clítoris, está en el séptimo cielo de nuevo.

GEMMA

Elimino el vaho del espejo del baño y examino la marca que Dax dejó en mi cuello. Todavía está roja y sensible donde clavó sus dientes anoche. Paso los dedos por allí suavemente, y el contacto me hace estremecer. No tanto por mi toque, sino por el recuerdo del suyo. De todo él. No puedo creer que realmente haya sucedido.

Una década de atracción y deseo finalmente culminó en lo que solo puedo describir como el sexo más apasionado y absorbente que he tenido. Claro, mi experiencia en ese ámbito no es muy amplia, y estoy segura de que él lo notó, pero aun así. Ningún hombre me ha hecho sentir como Dax anoche. Mi yo adolescente podría haber tenido fantasías sobre pétalos de rosa esparcidos y velas, pero anoche fue mucho mejor que cualquier cosa que mi mente infantil pudiera haber imaginado. Porque no fue un sueño, fue real. Tengo los moretones para demostrarlo, y todavía puedo sentir su semen goteando de mí.

Escucho que mi teléfono suena desde donde lo dejé al borde de mi cama. Dormí como un tronco después de volver de su casa y le envié un mensaje de texto en cuanto me desperté. Después de esperar un rato sin recibir respuesta, decidí darme una ducha.

Cuando salgo corriendo del baño para contestar, con una mano sujetando la toalla alrededor de mi cuerpo, estoy segura de que es Dax quien llama. Un nudo de decepción se hunde en mi estómago cuando veo el nombre de Kate en la pantalla. Probablemente esto sea sobre cómo la dejé plantada antes y después de la pelea anoche, y no estoy de humor para que me bajoneen. Rechazo la llamada y tiro el teléfono de nuevo en la cama.

Pero apenas doy dos pasos hacia el baño cuando empieza a sonar de nuevo, y cuando miro, es ella. Otra vez. Conozco a Kate desde que tenía cuatro años, así que sé que esto va a continuar hasta que conteste. A menos que tire el teléfono por el inodoro, no tengo mucha opción en esto.

—¿Qué pasa? —digo, consciente de mi tono abrupto, pero sin importarme.

—¿Has estado en Twitter esta mañana? —Suenan hiperanimada, como se pone cuando ocurren noticias importantes.

Inmediatamente despierta mi interés, porque lo que sea que la tiene tan emocionada fue suficiente para que olvidara darme un sermón sobre lo de anoche.

—Me quedé dormida —digo—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, cuando veas lo que está siendo tendencia, estarás contenta de haberme escuchado y haberte mantenido alejada de Dax Daytona.

Ah. Esto es sobre él perdiendo la pelea. Bueno, no es una sorpresa que la gente esté disfrutando con su fracaso. Es de lo que hablamos anoche, cómo todos están esperando que la cague.

—No me lo tomaría en serio —digo—. Fue solo un combate amistoso para calentar a los fanáticos para la pelea por el título. Ni siquiera cuenta como una derrota en su historial.

Hay un silencio al otro lado de la línea, y luego Kate dice: —Gem, no estoy hablando de la pelea en el arena. Estoy hablando de la pelea ilegal que la policía tuvo que interrumpir.

Trago saliva con fuerza. ¿Qué pelea ilegal? ¿Y cuándo consiguió hacer eso si estuve con él hasta las primeras horas de esta mañana? Mis piernas flaquean y me dejo caer sentada al borde de la cama. Abro la boca para decir algo, pero la lengua se me ha secado y mi voz parece haberse ido de vacaciones.

—¿Estás ahí? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Gemma, ¿me escuchas?

Finalizo la llamada y abro mi feed de Twitter. Justo como dijo Kate, la historia está en el top cinco de tendencias. Hago clic en el hashtag, y las publicaciones principales están encabezadas con un vídeo grabado con un teléfono en algún lugar de la ciudad. Me tiembla el dedo cuando presiono play.

Está oscuro, así que no puedo distinguir muchos detalles, pero el sonido de carne golpeando carne se escucha con claridad cristalina por encima de los abucheos y aplausos de los espectadores. Dax y ese tipo que lo ha estado complicando están en medio de todo, golpeándose con los puños desnudos. El vídeo dura menos de un minuto, y termina con las sirenas de la policía sonando de fondo.

Siento que mi corazón va a salirse del pecho. Esto debió pasar justo antes del amanecer. Justo después de que lo besé en su ascensor para despedirme. Desplazo algunos otros tuits y todos dicen básicamente lo mismo. Que Dax Daytona es escoria callejera de vuelta a donde pertenece, o que no puede manejar la presión de ser profesional y está arruinando su carrera. Dax Daytona es un has-been que nunca fue. Cierro la aplicación después de leer eso y tiro el teléfono a un lado.

¿En qué diablos estaba pensando al bajar allí y meterse en una pelea con ese tipo? ¿Cómo pudo dejarse provocar para hacer algo que podría poner en peligro la carrera por la que ha trabajado tanto?

Me levanto de la cama y me pongo rápidamente la ropa limpia que había preparado antes de la ducha. Iba a pasar el día vegetando en casa, así que no es nada más que unos pantalones cortos de algodón y una camiseta sin mangas. Pero me preocupa menos vestirme bien que llegar al fondo de esto. Hacerme todas estas preguntas no va a ayudar en nada. Necesito ver a Dax y hablar con él cara a cara.

Tal como sospechaba, encuentro a Dax en medio de su rutina de pesas en el gimnasio. El lugar está vacío, excepto por el ayudante que vi la última vez. Afortunadamente, lleva los auriculares puestos en la cinta de correr, así que no será mucha molestia para nosotros. Cuando me acerco al banco de pesas, puedo ver a Dax claramente en el espejo, y la imagen de él me hace detenerme en seco.

Se ve cien veces peor que cuando salió de la jaula anoche. Tiene el ojo derecho hinchado y moretones frescos apareciendo en su mandíbula. También noto que cada uno de sus nudillos está desgarrado. La ira que sentí en mi habitación antes regresa y comienza a subir lentamente en mí. Eso es lo que me hace recuperar el equilibrio, y me acerco a él.

Me ve cuando me acerco al banco y deja las pesas. —No deberías estar aquí —dice.

—¿Eso es con lo que vas a empezar? —pregunto.

Puedo ver que mi tono lo sorprende, pero estoy furiosa y no tengo interés en ser amable.

—Gem, por favor. No quiero meterme en esto ahora, ¿vale? —Se aparta de mí y va a coger una botella de agua de la nevera en el bar de batidos.

Me tomo un segundo para procesar el hecho de que prácticamente me ha despedido sin escucharme y lo sigo.

—Mala suerte —digo—, porque vamos a meternos en esto. Dax pone los ojos en blanco. Bueno, solo puedo ver uno, pero supongo que el otro hizo lo mismo bajo ese párpado hinchado. —No me voy de aquí hasta que me digas qué diablos pasó.

Golpea la botella de agua en la barra, haciendo que algo salpique por la fuerza, y me mira con furia. —Bueno, si estás aquí es porque obviamente lo viste en internet. Sabes lo que pasó. Puedes irte ahora.

Se dirige al saco vertical, y aunque no tiene las manos vendadas, comienza a golpearlo. La fuerza de cada golpe se transmite a través de sus músculos, su cara se contorsiona con dolor cada vez que su piel abierta entra en contacto con el saco. Pero no se detiene.

—Dax...

—Dije que puedes irte —dice entre dientes.

La fría indiferencia en su voz me atraviesa, y me cuesta pensar que este es el mismo hombre sensible y apasionado con el que compartí la cama hace apenas unas horas. Es como si estuviera frente a una persona completamente diferente. Él es la persona que salió después de que yo me fuera anoche y que casi fue detenido por la policía por peleas callejeras ilegales.

—Vale, sé lo que pasó —digo, esforzándome por mantener la calma esta vez. Ya está al límite, y no llegaré a ninguna parte con él si lo empeoro. —Dime por qué.

Sus golpes se vuelven más fuertes, más rápidos, y puedo ver que realmente se está lastimando. Extiendo la mano y la coloco en su espalda. Es el toque más leve, pero funciona, y de inmediato todo se detiene. Se vuelve para mirarme, sin aliento y sudando.

—Déjame ver —digo, moviéndome para tomar sus manos y evaluar el daño, pero él se aparta de mí.

—Estoy bien —dice.

—Eres muchas cosas, pero "bien" no es una de ellas.

—Sí, bueno, ese no es tu problema, ¿verdad? —Me fulmina con la mirada.

No sé por qué está siendo así, tratándome como si yo fuera el problema aquí cuando todo lo que intento hacer es ayudar. Me enfurece.

—Tienes razón —digo—. Es tu problema, pero me importas y quiero ayudar.

Él se ríe, y es un sonido amargo y cortante. —¿La señorita Arreglalotodo quiere intentarlo con el desastre que es mi vida? —Niega con la cabeza, mirándome como si fuera solo una niña ingenua. Mi sangre comienza a hervir. —Vete a casa, Gemma. Este no es un lugar para alguien como tú.

—Vete al diablo —digo. Veo cómo se le levantan las cejas sorprendido. Bien. Porque no tiene ni idea de lo que alguien como yo puede soportar. —Dime qué pasa contigo y ese tipo. Primero aparece en la fiesta de prensa, luego en el club... y esas son solo las veces que yo lo he visto. Ha habido más, ¿verdad? Su silencio es suficiente respuesta para mí. —¿Qué tiene sobre ti?

—Mira, lo digo en serio, Gemma. Estás mejor sin saberlo. Es por tu propio bien.

—No eres tú quien decide lo que es bueno para mí y lo que no lo es.

Se pasa las manos por el pelo con frustración. —Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Ahora déjalo y vete a casa.

—Si crees que voy a salir de aquí y dejarte destruir todo lo que has conseguido, por lo que has trabajado tan...

—¿Qué? ¿Eres demasiado clase alta para rebajarte conmigo si mi carrera se va al traste? ¿Eso es?

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, ¿y tú?

—¿De verdad crees que eso es lo que importa? ¿Que me importa tu dinero y tu estilo de vida?

Ahora también estoy gritando, pero me importa un bledo. El del auricular no puede oírnos de todos modos, y estoy tan furiosa con Dax por pensar semejante mierda, que siento ganas de darle yo misma al saco de boxeo.

—¿No es por eso que todas vienen? —pregunta, con una sonrisa engreída y asquerosa—. ¿Para probar cómo es?

—¿Todas? ¿Te refieres a todas las otras putas que constantemente se te lanzan? —Veo algo brillar en sus ojos, y aprieta la mandíbula. Oh, pero no me importa mucho su arrepentimiento en este momento—. Dime que eso es lo que quisiste decir. Dime que me incluiste con el resto de ellas. Adelante.

Él cambia su peso incómodamente de un pie al otro, y justo cuando abre la boca para hablar, el timbre sobre la puerta principal suena. Me giro para ver a su equipo entrando en el gimnasio, liderado por Miles.

—Tú —dice, señalando a Dax—, entra ahí con Nate. Ahora. Quiero que estés listo y en el suelo en diez minutos. Y tú —señala con un dedo nudoso y viejo hacia mí—, vete. También ahora. —Se dirige hacia su oficina y cierra la puerta tan fuerte que hace temblar todo el gimnasio.

Nate se acerca a Dax y le examina la cara más de cerca. —Joder, Dax, ¿en qué estabas pensando?

—No estabas pensando, ¿verdad, Dax?

Todos nos giramos para ver quién del equipo de Dax sería tan gilipollas, excepto que es todo el equipo quien se da la vuelta. Porque no fue uno de ellos, sino un reportero solitario que se coló en el gimnasio detrás de ellos.

El musculoso que custodiaba la puerta de Dax en el vestuario avanza y levanta las manos para detener al reportero. —Eh, tío, no puedes estar aquí.

El reportero lo aparta sin pensarlo, sosteniendo su teléfono móvil en alto. —Hace unos años escribí un artículo sobre ti titulado 'De vuelta del abismo', pero ¿no es cierto que nunca volviste? No de verdad, en cualquier caso. —Habla muy rápido, sus palabras saliendo de su boca como si estuvieran en una carrera.

—Lárgate de aquí —dice Dax, su furia brotando.

—Dax... —Es una advertencia para que se mantenga calmado, y apoyo mi mano en su brazo para reforzar el mensaje.

Puedo sentir lo duros y tensos que están sus músculos. Es como un animal salvaje, perfectamente preparado para saltar y matar a su presa. Tras lo que ha pasado, eso es lo último que debería estar haciendo. Mi intervención parece ayudar porque Dax se contiene. Por ahora.

—¿Qué tienes que decir a tus fans que se han alejado, diciendo que no tienes lo necesario?

El guardaespaldas se acerca y agarra al reportero por el cogote. —Te has pasado de bienvenido —dice.

—Digo que se jodan esos fans.

—¡Dax! —Me giro, mis ojos abiertos de alarma. Está cayendo directamente en las manos de ese pequeño rata.

Y como si sus palabras hubieran encendido un fuego en él, el reportero empieza a forcejear para liberarse del agarre del

guardaespaldas. —Dicen que deberías retirarte de la pelea. Que eres malo para el deporte.

Mis ojos van de él a Dax, como si estuviera viendo el partido de tenis más intenso. Puedo notar que Dax está a punto de perder los estribos, y solo deseo que el musculoso agarre al reportero y se lo lleve ya de una vez.

—Yo *soy* este jodido deporte —le grita mientras están casi en la puerta y la cámara de su teléfono sigue apuntando a Dax. —¡Y estaré en esa jaula aunque mi esquina esté vacía!

Hay un revuelo de actividad cuando Riley entra y choca de lleno con el reportero, haciendo que su teléfono caiga al suelo con estrépito.

—Cuidado, gilipollas.

—Eh, levántate, cabrón. —Esta vez el guardaespaldas sí que levanta al reportero, justo cuando sus dedos cierran sobre su teléfono.

—¿Qué coño haces aquí?

Miro a Dax con la boca abierta. No acaba de hablarle así a mi hermano. Y no soy la única que está perturbada por ello. Incluso el guardaespaldas se detiene para considerar lo que acaba de pasar. Estas son las personas más cercanas a él, y si piensan que está actuando fuera de lugar, entonces debe haber algo en ello.

Riley mira a Dax, sus cejas fruncidas en confusión. —¿Yo? —pregunta, señalándose el pecho.

Ciara está escondida detrás de él, sin estar segura de si debería entrar o volver a salir a un lugar seguro.

—¿De quién más estaría hablando? —le dice Dax. —Te estoy mirando, ¿no?

La expresión de Riley se endurece, y comienza a caminar hacia Dax con Ciara siguiéndolo de cerca. Mi mano sigue en su brazo, y la

siento en el instante en que se prepara para una pelea. Aprieto con fuerza. El reportero sigue allí, todavía grabando todo esto.

—¿Cuál es tu problema, tío? —pregunta Riley.

—¡Eh, Saul! —grita Dax a su guardaespaldas. —Llévatelos a ellos también.

—No lo entiendo. Solo venía a entrenar.

—No quiero que ni siquiera mires mi gimnasio desde el otro lado de la calle. ¿Lo pillas?

—Vamos, Riley. Mejor nos vamos —dice Ciara, tirando de su manga.

Riley me mira, sus ojos deteniéndose un poco demasiado en la mano que tengo en el brazo de Dax, y veo cómo su mandíbula se tensa, sus fosas nasales se dilatan. Mierda. Agrega eso a la montaña creciente de caos absoluto con el que estoy lidiando. Pero, afortunadamente, Riley no dice nada y solo sacude la cabeza mientras él y Ciara salen. Saul sostiene la puerta para ellos después de asegurarse de que el reportero salga primero.

Terminado el espectáculo, me giro hacia Dax, empujándolo con toda la fuerza que puedo. Por supuesto, apenas se mueve, pero al menos he dejado clara mi opinión.

—¿Qué diablos te pasa? —No dice nada. —¿Con qué derecho tratas así a mi hermano?

—Este es mi gimnasio, y yo digo quién puede entrar aquí.

—Bueno, si él no es bienvenido aquí, entonces yo tampoco —digo, mi voz quebrada casi al final.

Pero las lágrimas no vienen hasta después de haber salido furiosa y haber vuelto a la privacidad de mi coche. Es ira, decepción, frustración, incluso un poco de miedo, todo saliendo de mí, sacudiendo mi cuerpo con sollozos mientras intento respirar para recuperar la compostura suficiente para conducir.

DAX

Sé que la gente piensa que lo que pasó fue malo, pero no había estado tan concentrado en semanas. Sacarme a Gemma y a Stash del sistema resultó ser justo lo que necesitaba para volver a ser el luchador de élite que siempre he sido. Han pasado dos días desde que me enfrenté a él, desde que ella me dejó, y he estado dando en el clavo con mi entrenamiento.

Claro, lo de Gemma apesta y quiero llamarla casi todo el tiempo, pero con la pelea por el título a la vuelta de la esquina, este dolor vale la pena. Además, no hay manera de que pueda explicar por qué fui a enfrentarme a Stash esa noche. O decirle qué podría ser tan importante como para arriesgar tanto por ello. Eso solo la arrastraría más profundo en este lío cuando se supone que debería estar protegiéndola.

Pero cuando recibí ese mensaje suyo, diciéndome que o me enfrentaba a él al estilo callejero o iba tras Riley, no había otra opción para mí. Los había visto juntos en el estadio y sabía que había fallado en conseguir que rompieran como él me había pedido. Lo único que no entiendo es cómo pudo olvidarse de Ciara tan fácilmente. Después de todas esas amenazas que hizo, una pelea

conmigo y se acabó. O eso parece, de todas formas. Aún así, no quiero que Gemma se meta en nada de esto.

Miles entra en su oficina y se sienta detrás de su escritorio. —PR está al tanto del video del reportero. Es duro, pero ninguna noticia es mala noticia cuando te estás preparando para una pelea.

Apoya los pies sobre el escritorio, luciendo feliz como una perdiz. ¿Y por qué no lo estaría? Está consiguiendo todo lo que quiere de mí y le importa un bledo el daño colateral.

Me reclino en la silla frente a él, tamborileando los dedos sobre mis rodillas. —¿Qué quieres que diga ahí fuera?

Ha organizado una conferencia de prensa para que pueda hacer una declaración sobre lo que pasó con Stash, y también abordar todo el fiasco con el reportero en el gimnasio. También hay rumores en Twitter sobre Gemma y yo, pero no lo ha mencionado, así que no voy a sacar el tema.

—Habla sobre lo bien que va tu entrenamiento, sobre cómo nunca te has sentido más en forma en tu vida. Machaca a Menéndez todo lo que quieras, y termina anunciando tu próximo desafío. Pan comido.

Mi próximo desafío. Fue idea de PR que hiciera otra pelea para redimirme ante los ojos de los fans y la prensa. No me entusiasma la idea, pero tampoco estoy en posición de molestar a la dirección.

—¿Tiene que ser Oggy otra vez? —pregunto.

—¿Qué quieres decir con otra vez? —Arruga la cara. —Nunca te enfrentaste a él la primera vez. Esta vez vas a darle a la gente lo que pagaron por ver y no obtuvieron. Por eso será gratis. ¿Entendido?

Asiento.

—Bien —dice, levantándose. —Ahora salgamos y hagamos esto.

Me levanto lentamente de mi asiento para seguirlo, pero antes de que Miles abra la puerta de su oficina, se da la vuelta y me abraza el hombro.

—Vamos a convertir esto en el punto de inflexión. Exagéralo, ¿vale?

—Lo que tú digas, jefe.

Me da una palmada en la espalda, y luego se detiene de nuevo. —Oye, ¿dónde está tu, eh... —Hace un gesto hacia su pecho, y sé inmediatamente a qué se refiere.

Hace días que no veo mi collar. He dado vuelta mi piso en busca de él, he preguntado a todos en el gimnasio si lo habían visto por ahí. Nada. La última vez que recuerdo haber pensado en él fue la noche en que Gemma y yo estábamos hablando en mi baño después de la última pelea con Oggy. Pero no puedo pensar demasiado en esa noche, y tampoco puedo llamarla para preguntarle si lo tiene.

—Ah, está en casa —frunce el ceño, obviamente sabiendo que es lo único que nunca me quito a menos que esté en la jaula—. Se rompió —añado, esperando que eso sea suficiente para sacarnos de aquí y evitar más preguntas incómodas.

Funciona, y Miles abre bruscamente su puerta, llevándome a sentarme frente a una docena de periodistas que se han reunido en el gimnasio.

De inmediato, las preguntas sobre mi pasado comienzan a lloverme. Quieren repasar la razón por la que fui encarcelado, cómo me metí en peleas callejeras ilegales de niño—todo lo que ya compartí con la prensa cuando me volví profesional. Miles sigue intentando redirigir la entrevista hacia temas como la nutrición y mi entrenamiento, pero no lo consiguen.

Me muerdo el interior de la mejilla para contener mi ira y responder a sus preguntas de manera educada. Pero cuando empiezan a hablar de Gemma y de mí, las cosas se complican. Lo último que quiero es que comiencen a hostigarla, invadiendo su vida como lo hacen con

la mía. Ella no merece eso. Así que hago lo posible para desmentir cualquier rumor que haya, y después de algunas respuestas tajantes, finalmente desisten.

—Entonces, ¿crees que estás listo para Menéndez? —pregunta un periodista de aspecto desgarrado.

Por fin, estamos en el camino que queríamos.

—Estaba listo para él hace tres meses, cuando lancé el desafío —respondo.

Un murmullo de voces susurrantes comienza, y varios flashes estallan frente a mí. Sé que ahora los tengo en la palma de mi mano.

—¿Y qué opinas de su estilo de lucha mixta? —pregunta otro.

Me encojo de hombros. —¿Qué hay de eso?

Una risa recorre al pequeño grupo, y el tipo lo intenta de nuevo. —¿Tienes algo que decir en defensa de tu estilo personal?

—No necesita defensa. La forma en que lucho hablará por sí misma cuando esté en la jaula con él.

Miro a Miles y él me da una señal de aprobación. Esta noche estoy ganando todas las estrellas doradas. Pero esa ira de antes sigue bullendo bajo la superficie. Es como si Stash hubiera despertado algo en mí la noche en que me retó. Como si supiera exactamente lo que hacía cuando me provocó para pelear con él en la calle, como en los viejos tiempos.

Es esa bestia indomable que solía acompañarme cada segundo de cada día cuando era niño. Un hambre de herir, de enfurecerme. Sin reglas y sin nadie que me detuviera. Al principio, ese sentimiento me asustó. No porque estuviera allí, sino porque se sentía tan familiar. Como un amigo perdido que vuelve a casa. Lo que me asusta es cómo, después de todo este tiempo, todavía lo amo.

—¿Nos darás una muestra de este nuevo estilo mixto en tu combate de reparación? —pregunta la única periodista mujer en la sala.

Su pregunta me saca de mis pensamientos, y parpadeo tontamente frente a ella por un segundo antes de asentir. —Claro, ¿por qué no? Pero no revelaré demasiado, como comprenderás.

Se ríen de nuevo, y la mujer pregunta: —¿Y tu movimiento característico? No lo hemos visto desde tu pelea con Chéjov el año pasado.

—Si la dama quiere El Guillo tiene, eso es lo que obtendrá —le dedico una sonrisa que sé que tiene un cierto efecto en su tipo, y observo cómo rápidamente evade mi mirada y se ajusta un mechón de cabello detrás de la oreja con timidez.

Uno de los chicos suelta un silbido sugerente que hace reír a todos de nuevo. La mujer se ruboriza intensamente. Casi me siento mal por ponerla en esa posición. Pero, como Miles siempre me recuerda, esto es un espectáculo, un juego, y esta es la forma de jugarlo.

—Entonces, ¿a quién desafiarás en este combate de reparación? —pregunta un periodista, alzando la voz por encima del bullicio general.

August Randall. Oggy. Ese es contra quien pelearé. Porque no lo di todo la primera vez. Porque así lo planeó Miles.

Respiro hondo, lo exhalo lentamente y digo: —Desafío a Stash Lombardi.

GEMMA

Aiden asoma la cabeza por la puerta de mi habitación y dice—
¿No estás haciendo la maleta?

Me quito los auriculares y detengo la lista de reproducción en la que me había sumergido, dejando el móvil en la mesita de noche. Los últimos días han sido dolorosamente silenciosos, solo Kate se ha puesto en contacto conmigo.

Aiden viene a sentarse a mi lado en la cama. —¿Qué pasa? —pregunta, genuinamente preocupado.

—Recibí un correo esta mañana.

—Vale —dice, alargando la palabra.

—De la oficina de la campaña del alcalde.

Sus ojos se abren de par en par al mirarme. —¿Sobre qué era?

Suspiro profundamente, eligiendo mis palabras. —Bueno, el alcalde se presenta a la reelección este año y quieren que me una a la campaña.

Observo cómo se le cae la boca abierta. —¿Estás de broma? ¿Te ofrecieron un trabajo? ¡Gem, esto es una gran noticia! —Salta arriba y abajo en la cama, pero luego se detiene. —Espera, ¿por qué pareces como si alguien hubiera muerto?

—Porque no lo he aceptado y no sé si debería.

—Cállate, vas a aceptar el trabajo —dice. —No es cualquier persona la que entra en algo así recién salida de la universidad.

Sé que tiene razón. Ser parte de la campaña del alcalde sería un gran impulso para mi carrera. Pero esa no es la razón por la que estoy indecisa sobre aceptar el trabajo. Si no cojo ese avión mañana, ¿qué significará para Dax y para mí? Después de lo que pasó en el gimnasio el otro día, no veo cómo podemos salvar algo. Aunque sé que si tenemos suficiente tiempo en la misma órbita, encontraremos la manera. Es algo que siento profundamente en mis huesos. Lo cual me deja con el problema de mis hermanos y cómo se sentirán sobre nuestra relación. Uf. Todo es demasiado.

—Gem, escúchame —dice Aiden. —Como tu hermano mayor, seguro que sé más que tú.

Se ríe y yo le doy una palmada en el brazo. Déjalo en él para usar cualquier momento que pueda para ponerse en plan hermano mayor conmigo.

—Pero en serio —dice, —Hawaii puede esperar. Una oportunidad como esta podría no volver a presentarse.

—Vaya, gracias, hermano. Me alegra saber que tienes tanta fe en mí.

—Venga, Gem, sabes cómo funciona esto. Si cierras esta puerta, arriesgas a alienar a las mismas personas que podrían abrirte otra en el futuro.

Le pongo los ojos en blanco, pero principalmente porque sé que tiene razón. No hay forma de que pueda rechazar este trabajo. Pero

no le he dicho a Aiden ni a Riley que tenían razón desde que tenía siete años y no sabía mejor; seguro que no voy a empezar ahora.

—No tienes que decirlo —dice, con una sonrisa de complicidad. —Lo veo en tus ojos.

Le doy una patada juguetona en la pierna y ambos nos reímos. Es la primera vez que lo hago en días.

—Oye, vale —digo, mientras mi risa se desvanece. —Ya que eres mi hermano omnisciente y todo eso —mueve las cejas hacia mí— ¿qué puedes contarme sobre ese tipo raro que siempre está rondando a Dax? ¿Con el que estaba peleando la otra noche?

El rostro de Aiden se ensombrece al instante y sus ojos se llenan de preocupación. ¿O es miedo? Se levanta de mi cama y empieza a pasear frente a ella, murmurando para sí mismo.

—¿De qué va todo este secreto? No me dice nada, y ahora tú también te pones en plan *Rain Man* conmigo. No lo soporto.

Y tal vez sea yo alzar la voz lo que lo provoca, pero Aiden deja de pasear y me mira. Durante un rato no dice nada, y yo tampoco lo presiono. No quiero arriesgarme a que se cierre de nuevo. Así que espero.

—Esto no es una buena idea —dice, con una mueca. —No es algo en lo que deberías meterte.

Ya estoy más que harta de que la gente decida qué es lo mejor para mí. —Aiden, te lo estoy pidiendo y me lo vas a contar.

Suspira, niega con la cabeza, pero finalmente cede. Y no es un momento demasiado pronto, porque estoy más que lista para perder lo que sea necesario para obtener algunas respuestas.

—Se llama Stash —dice Aiden, sentándose de nuevo. Esta vez, aunque, se mantiene en el borde de mi cama y no se acerca a mí.

—¿Quién es? —pregunto.

Creo que ya sé la respuesta a esto, pero pregunto de todos modos.

—Solo un cabrón del pasado de Dax. Crecieron juntos en las calles —dice, jugueteando con los bordes deshilachados de mi manta. — Pero mientras Dax aprendió la lección y se enderezó, Stash... —Su voz se desvanece.

—Stash no lo hizo —digo, terminando la frase por él.

Aiden asiente lentamente. —Simplemente terminó empeorando. Entrando y saliendo de la cárcel, metido en todo tipo de asuntos turbios.

—¿Y la pelea?

Respira hondo, mordiendo el interior de su labio como hace cuando está nervioso por algo. Así sé que estoy cerca de algo importante.

—Aiden, habla. ¿De qué fue la pelea?

—Escucha, Gem, este tipo no es solo un matón, ¿vale? Es peligroso. O puede serlo. Y no creo que sea buena idea para ti...

Me levanto y rodeo la cama hasta estar justo frente a él. —¿Vas a dejar de divagar y me lo vas a decir ya? Estoy harta de que todos me traten como si fuera un bebé frágil que no puede cuidar de sí misma. ¡Dímelo ya!

Aiden también se levanta. —¡Vale! ¡Maldita sea, vale! —Está sin aliento y claramente agitado. —Te lo diré. Solo... solo cálmate.

Respiro hondo y retrocedo para darle espacio. Es mi muestra de buena fe. —Estoy calmada —digo.

Me mira con sospecha por un momento, como si esperara que le arrancara la cabeza de nuevo, estoy segura. Pero cuando ve que eso no va a pasar, comienza a hablar.

—No sé si sabes sobre Stash y Ciara —dice.

—¿Qué? ¿Qué pasa con ellos?

Aiden coge el globo de nieve de París de mi tocador y comienza a jugar con él. Funciona mejor cuando está manipulando algo, lo que lo hace tan bueno en su trabajo.

—Stash y Ciara solían salir —dice, lanzando el globo y volviéndolo a atrapar. —Resulta que él nunca la superó, y hace unas semanas intentó reclutar a Dax para que hicieran que rompieran y así poder recuperarla.

Si la noticia sobre el pasado coqueteo de Ciara con el lado oscuro me desconcertó, la implicación de Dax en meterse con la relación de mi hermano me deja completamente atónita.

—¿Dax hizo qué?

—No, no —dice Aiden, levantando las manos. —Intentó que Dax lo ayudara, pero él no quiso.

Suelto un aliento tembloroso. —Oh.

—Bueno, él sí vino aquí a pedirme que hablara con Riley.

—¿Él qué?

—Sí, dijo que Riley estaría mejor si simplemente hacía lo que Stash quería —dice. —Pero Riley se negó, obviamente.

—La ama. Nunca haría eso.

—Y más o menos así fue como terminó esa conversación. —Comienza a caminar de nuevo, haciendo girar el globo y viendo cómo los copos reflejan la luz del sol. —Y entonces salió a la luz que Stash amenazó a nuestra familia.

—¿Y sigue la racha, eh? —Me está resultando difícil seguir la conversación, igual que a mi hiperactivo hermano, que no puede quedarse quieto. —¿Qué demonios, Aiden? ¿Cómo pasa todo esto sin que ninguno de ustedes me lo cuente?

Se encoge de hombros y mueve la cabeza. —Supongo que es una de esas situaciones de "cuanto menos sepas, mejor".

—Bueno, esa es una excusa de mierda —digo, y le arrebato el globo de nieve. Parece un cachorro que acaba de perder su hueso favorito. —¿Fue eso de lo que trató la pelea? ¿Dax intentaba ponerle fin?

Aiden recupera el globo y sigue lanzándolo. —¿Quién sabe por qué pasó? Pero si tuviera que adivinar, diría que esa fue la razón.

Finalmente tengo las respuestas que he estado buscando todo este tiempo, y el peso de ellas me aplasta tanto que me cuesta respirar. Me desplomo en la cama y observo cómo Aiden recorre la longitud de mi habitación frente a mí. El hecho de que Dax no me haya mencionado nada de esto desde el principio es inquietante. Sentía que realmente teníamos una conexión, especialmente cuando pasé la noche con él. Que él se fuera a pelear con este tipo y no me dijera nada...

—Entonces, ¿crees que ha terminado? —pregunto. —¿Crees que Dax logró que este tipo se echara atrás?

Aiden se burla. —Obviamente no has escuchado las noticias. —Niego con la cabeza. ¿Cómo puede haber más? Después de todo eso, ¿cómo puede haber aún más para añadir a esta gloriosa tormenta de mierda? —Dax lo desafió a una pelea formal. En la arena.

Mi corazón se hunde hasta los pies. —No lo hizo —susurro las palabras, demasiado impactada para intentar algo más.

Aiden no dice nada, pero asiente.

—Eso es una locura —digo.

Se sienta a mi lado, haciéndolo girar el globo una y otra vez en sus manos. —Sí, bueno, eso va en la línea de todo lo que es Dax Daytona.

Mi mente corre buscando una manera de evitar esto. De evitar la pelea y sacar a este cabrón de Stash de la escena de una vez por todas.

—¿Y si lo intento yo?

—¿Quieres pelear contra Stash Lombardi en la arena?

Le doy una palmada en la parte trasera de la cabeza. —No, idiota.
Bueno, sí, pero no de la manera que crees.

DAX

—**H**ey, Dax, ¿quieres ir a levantar pesas después de esto? — pregunta Chuck acercándose a mí mientras estoy en el saco vertical.

No respondo, esperando que capte el mensaje y se vaya. Pero en lugar de eso, se queda detrás del saco y lo sostiene. Me muerdo la lengua y sigo golpeando.

Las cosas no han ido bien en el gimnasio con toda la mala prensa que he estado recibiendo. Muchos de los clientes habituales han cancelado sus suscripciones, y la mayoría de los nuevos inscritos solo vienen para enterarse de las últimas novedades en UFC. Esto deja el gimnasio vacío la mayoría de los días, lo que significa que mi equipo se aburre. Y un equipo aburrido tiende a molestarme más de lo habitual.

—Puedo ser tu compañero de entrenamiento —dice—. He entrenado algunas horas con Oggy, así que estoy listo para—

Aterrizo un golpe extra fuerte en el saco que lo hace tambalearse hacia atrás. —Escucha, Chuck, sé que tienes buenas intenciones, pero hoy estoy bien solo.

Asiente. —Claro. Por supuesto que sí. Estaré en la zona de pesas si me necesitas.

Lo observo alejarse y luego me siento mal de inmediato. Lo cual no tiene sentido, porque estaría loco si añadiera más culpa a la montaña con la que ya estoy cargando. Gemma es lo peor, pero también está Miles. No ha dicho ni una palabra desde la jugada que hice en la rueda de prensa, y verlo merodeando por el gimnasio todos los días no es precisamente divertido.

—¡Dax! ¡Mi hombre! —grita Saul llegando a tiempo para recibir mi chócala. Saul nunca me había chocado la mano antes. Pero eso es otra cosa que ha surgido. Todos en mi equipo saben que hay tensión entre Miles y yo, así que están actuando de manera extraña.

—¿Cómo va el entrenamiento? —pregunta Saul.

—Hago esto desde hace tiempo, así que sé cómo manejarlo.

Él cree que no me doy cuenta de que echa una mirada furtiva hacia la oficina de Miles, que está claramente vacía.

—Bueno, eh, las cosas están bastante tranquilas aquí, así que ¿te importa si me voy?

—Totalmente. Prefiero que se vaya a que esté rondándome como un padre sobreprotector. Lidar con mi madre ya es suficiente gestión parental para mí.

—Voy a reunirme con el equipo de seguridad en el estadio —dice—. Vamos a repasar la estrategia para el viernes por la noche.

En realidad, no me importa nada de eso, porque Stash no podrá causar problemas mientras esté en la jaula conmigo. Y después de que lo derrote, dejará de ser un problema para cualquiera. Pero no digo nada de eso.

—Genial —digo con una sonrisa forzada—. Aprecio tu arduo trabajo, Saul.

Me da una palmada fuerte en el hombro. —Sigue así, tío. Lo vas a demoler.

Saul se marcha, y justo cuando está a punto de abrir la puerta, alguien entra. Riley. Veo que Saul se detiene y luego me mira con las cejas levantadas, preguntándome silenciosamente qué debería hacer.

Dejé claro que no quería que Riley volviera al gimnasio, pero la expresión de su cara es tan lastimosa y mis sentimientos de culpa me están haciendo pasar un mal rato. Así que simplemente asiento a Saul para que lo deje pasar.

—Hola, Dax —dice Riley acercándose a mí mientras paso a las colchonetas para hacer algunas abdominales.

Es mejor que me mantenga ocupado mientras hablo con él, porque mi temperamento corto ha empeorado últimamente y no confío en mí mismo.

—¿Qué quieres? —pregunto entre series y respiraciones controladas.

—Sé que me dijiste que me alejara, pero necesito tu ayuda.

Hago una pausa en mi entrenamiento el tiempo suficiente para mirarlo, y el tipo parece verdaderamente asustado mientras está allí de pie. Por un instante, un destello de lástima se retuerce en mi pecho. Pero es solo por un instante.

—Lo siento —digo, reanudando mis abdominales con determinación—. No tengo tiempo.

—No tienes que hacer nada —dice, agachándose a mi lado—. Trabajaré con uno de tus chicos si es necesario.

Gruño mientras hago mi quinta serie. —No están disponibles.

—Mira, tío, no estaría aquí si—

Me incorporo de golpe entonces, abandonando cualquier estrategia que mantuviera mi temperamento bajo control. —No estarías aquí si

me hubieras escuchado desde el principio. Veo cómo mis palabras lo atraviesan. Sabe que tengo razón. —De hecho, ninguno de nosotros estaría en este lío.

—¿Qué harías tú? —pregunta—. Si alguien te dijera que abandones a la mujer que amas, ¿lo harías?

No respondo. De ninguna manera dejaría que alguien me manejara así.

—Ella lo odia. Era miserable todo el tiempo que estuvieron juntos. Ella debería poder elegir con quién estar.

—No tienes que decirme lo que ya sé —digo—. Pero esto no va sobre ella. Lo que ella quiera no importa.

Aprieta la mandíbula y mira alrededor del gimnasio. —Me lo crucé anoche.

Esto llama mi atención. —¿Qué?

Riley asiente solemnemente. —Ciara y yo salimos a cenar, y él apareció en el restaurante.

Habla como si no se le hubiera ocurrido que los estaban siguiendo. No tengo el corazón para decírselo. Pero ese es el estilo de Stash, claro. Va a aterrorizarlos hasta que salga con la suya, y si no lo hace, va a explotar.

—¿Qué hizo? —pregunto.

Niega con la cabeza. —Solo hablé mierda —dice—. Pero tuve la sensación de que la próxima vez que lo vea no estará de humor para hablar.

—Y por eso viniste aquí.

Asiente. —No creo que pueda contra él, pero al menos quiero poder defenderme.

Ahora sí que siento pena por el chico. Todo lo que quiere es luchar por su chica, y puedo respetar eso. Porque es exactamente lo que haría yo.

—Por favor —dice, suplicándome en el momento en que mi resolución está más débil.

Suspiró profundamente y luego digo, —De acuerdo.

Riley da un puñetazo de júbilo y me da una palmada en la espalda agradecido. —Gracias, Dax. Te prometo que no interferiré en tu entrenamiento.

Me levanto de la colchoneta y le tiendo la mano. —Esto es solo para que te sientas mejor al salir con ella —digo—. No para que vayas buscando pelea con él.

Riley asiente enfáticamente y toma mi mano, estrechándola. —Totalmente, claro, lo tengo.

—¿De verdad? —Necesito que entienda que esto no es un juego. —Conozco a Stash desde que éramos niños, y créeme cuando te digo que es peligroso, lo digo en serio. No es alguien con quien quieras meterte.

—¡Por una vez estoy de acuerdo contigo!

Riley y yo nos giramos al mismo tiempo para encontrar a Stash acercándose a nosotros, con los brazos extendidos como si viniera a dar un abrazo. Joder. Por supuesto, esto pasaría el día que Saul no está cerca.

—Deberías escucharlo —dice Stash, poniendo su brazo alrededor de los hombros de Riley. Definitivamente es más una amenaza que un gesto de cariño. Riley intenta quitárselo, pero eso solo hace que Stash lo agarre con más fuerza. Empieza a parecer más un estrangulamiento que otra cosa.

—Déjalo en paz —digo.

Stash se ríe a carcajadas. —¿Por qué haría eso? —Aprieta la mandíbula de Riley y gira su cabeza violentamente para que esté obligado a mirar a Stash directamente a los ojos. —¿Por qué te dejaría en paz?

La respiración de Riley se acelera hasta el punto del pánico, y ese mismo pánico se refleja en su rostro. Solo hay un lugar al que puede ir esta confrontación, y no va a ser bonito.

—He dicho que lo dejes en paz, joder. —Me acerco y empujo a Stash con fuerza en el hombro.

Se tambalea un paso hacia atrás, y es suficiente para aflojar su agarre sobre Riley, que rápidamente se libera y se escapa fuera de su alcance.

Al principio Stash parece sorprendido, pero luego vuelve a reírse. Una risa enfermiza acompañada por un brillo letal en sus ojos. Mis manos se cierran en puños a los lados y planto mis pies firmemente. Es un bastardo peleón, al que le gusta atacar rápido antes de que lo veas venir, pero estaré listo para él. He tenido más que suficiente tiempo para aprender sus señales y saber cuándo está a punto de atacar.

Stash señala a Riley, que tiembla de miedo a un metro de donde estoy. —Oh, está pidiendo a gritos que le partan la cara, Dax. Míralo.

Mierda. Pensé que Stash se estaba preparando para venir a por mí, pero ahora estoy seguro de que Riley es su objetivo. Eso explicaría por qué siguió al chico hasta aquí, aunque Ciara no estuviera con él. Porque anoche fue solo una advertencia para Riley, y ahora Stash quiere pelea.

Hago cálculos rápidos: puedo intentar moverme hacia Stash y arriesgarme a fallar si él va a por Riley. Hay una razón por la que le pusieron el apodo de Gecko en las calles—es un bastardo resbaladizo y exasperantemente rápido. O puedo optar por la Puerta

número 2 y proteger a Riley. Está más cerca, así que llegaré a él más rápido que a Stash.

—Dax—Ayuda.

Las palabras de Riley apenas salen de su boca cuando Stash va a por él. Yo también me muevo, lanzándome para colocarme entre ellos. Pero llego demasiado tarde. Stash lo ataca, y ambos caen al suelo en un estallido de puñetazos y maldiciones. Los puños de Stash golpean la cara de Riley una, dos veces, una y otra vez, impactando en su carne con un ruido sordo cada vez.

Riley ni siquiera intenta protegerse, con los brazos inertes e inútiles a los lados.

Trato de agarrar bien los hombros de Stash para separarlo del pobre chico, pero con la forma en que se retuerce, retira los puños y vuelve a golpear a Riley, mis manos siguen resbalando. Escucho a Chuck gritar en algún lugar del fondo y sé que vendrá corriendo para ayudar, pero no puedo esperar a que eso suceda. En unos días, me enfrentaré cara a cara con este imbécil. Necesitar que alguien más me ayude a retenerlo es algo que él usará en mi contra dentro de la jaula.

Me enderezo, retrocedo un paso y luego lanzo una patada plana al costado de la cabeza de Stash. Su rostro gira hacia la izquierda, como en esas escenas de peleas en cámara lenta de las películas de acción, y se desliza unos tres metros por el suelo.

—¿Estás bien? —le pregunto a Riley.

Tose y escupe sangre por el rostro, pero logra asentir con un gesto torpe.

Es todo lo que necesito saber antes de ir tras Stash. Pero él ya está de pie, sin hacer ningún movimiento para venir hacia mí. En cambio, se queda allí, con la mano en la cara, probando el movimiento de su mandíbula. Y, aun después de todo eso, hay una sonrisa burlona en su rostro.

—Eso fue solo un aperitivo —dice Stash, girando la cabeza para escupir un poco de sangre al suelo.

—¿Tan cobarde eres como para no pelear contra un luchador? —le pregunto.

Él se ríe. —Oh, estoy reservando todo mi cariño para ti, cariño. Por cierto, nunca tuve la oportunidad de agradecerte el desafío. Será una dulce, dulce justicia partirte el culo en tu territorio después de derribarte en el mío.

—Esa pelea iba a mi favor antes de que llegara la policía —digo yo—. No derribaste nada esa noche.

Stash hace un gesto de desprecio con la mano en mi dirección. —Sigue diciéndote eso a ti mismo. Siempre has pensado que eras mejor que yo, por todo esto. —Señala el área general del gimnasio—. No puedo esperar a meterme en esa jaula y cerrarte la boca de una vez por todas.

—Y yo no puedo esperar a verte intentarlo.

Stash me guiña un ojo antes de darse la vuelta y salir de nuevo. Miro la puerta cerrada probablemente más tiempo del que debería, pero no puedo creer que haya pasado eso. Con qué facilidad entró, sembró el caos y se marchó. Como si fuera jodidamente intocable. Solo me hace estar más ansioso por llegar a esa pelea, para poder enfrentarme a él sin preocuparme de que la policía aparezca y me lleve de vuelta a prisión.

—Creo que necesita puntos —dice Chuck.

—No, estoy bien. Solo quiero irme a casa.

Me doy la vuelta, y Chuck tiene a Riley sentado mientras inspecciona su rostro. Hay sangre por todas partes—el suelo, su camiseta e incluso en su cabello rubio arena. Solo puedo sacudir la cabeza incrédulo. Podría haber entrenado durante meses y aún así salir

segundo contra un tipo como Stash. ¿Qué pensaba lograr tomando esta estúpida postura?

—¿Aún la quieres lo suficiente como para quedarte? —le pregunto.

Riley baja la cabeza y no dice nada.

—Joder, Dax, tenemos que hacer algo con ese gilipollas. —Chuck casi parece decepcionado de que no le hiciera más daño a Stash cuando tuvo la oportunidad.

—Sí, ese es el plan —digo yo.

GEMMA

Me siento como un niño en Navidad cuando entro por primera vez en la oficina de campaña del alcalde Halston. Me detengo un momento y lo absorbo todo. Es justo lo que esperaba—un caos organizado y abrumador preparado para el éxito. Hacía mucho que no me emocionaba tanto por algo. Es casi suficiente para distraerme del caos completamente diferente en mi vida, es decir, toda la situación entre Dax, Stash y Riley.

La puerta principal da a un espacio abierto lleno de varios escritorios, cada uno ocupado por un voluntario de campaña hasta el cuello en papeles y llamadas telefónicas. También hay un zumbido constante en la oficina, todos ocupados con alguna tarea vital u otra. Alguien corriendo hacia algún lado, otro atendiendo una llamada urgente, y todos hablando al mismo tiempo, de modo que sus voces eventualmente se fusionan para formar un murmullo unificado y calmante.

—Ah, recuerdo esa mirada. Joven, fresca y no contaminada por el mundo despiadado de la política.

Parpadeo varias veces para salir de mis pensamientos y me encuentro sonriendo a la mujer que me entrevistó para el trabajo,

que también es mi jefa.

—Oh, hola, Reed.

—Gemma —dice—. Primer día. Emocionante. Camina conmigo.

Reed sale a toda velocidad, caminando rápidamente por la oficina mientras yo hago lo posible por seguirle el ritmo. Luego empieza a hablarme por encima del hombro, esquivando gente y saltando montones de papeles esparcidos por el suelo, todo mientras teclea en su móvil al mismo tiempo. Su energía es contagiosa, e instantáneamente siento que mis niveles de ansiedad comienzan a subir.

—Si llegas antes de las 7, te tomas el mejor café del día —dice—. Después de las 7, es mejor que pares en el Bean. Aunque, aviso: si entras aquí con un café del Bean, más te vale tener una bandeja para todo el equipo.

—Entendido —digo.

—¿Qué? —pregunta, sin detenerse ni voltearse para mirarme.

—He dicho que lo he entendido.

—Ah. Y otra cosa, cuanto antes aprendas a hablar alto, antes te escucharán. Que es como llegas a importar aquí.

Finalmente llegamos al final de la oficina, que da a un pasillo largo y estrecho. Reed gira a la izquierda.

Señala con el pulgar por encima del hombro y dice: —Por allá está el camino a Dick Ross. Nunca tienes que ir por ahí, y nunca tienes que hablar con Dick Ross.

—¿Quién es Dick Ross? —pregunto.

Reed se detiene abruptamente, y yo estoy tan concentrada en mi caminata rápida que choco contra su espalda.

—Uf, lo siento.

Me ignora y da dos golpes fuertes en la puerta sin nombre que aparece a nuestra izquierda. Ni siquiera la había notado hasta ese momento.

—Dick Ross no te importa —dice, mientras sigue tecleando en su móvil—. A menos que te hable directamente, en cuyo caso no debes hacer nada más que estar de acuerdo.

—¿De acuerdo con qué? —pregunto.

—No importa.

En ese momento, la puerta se abre bruscamente para revelar a un hombre sudoroso y con gafas—no mayor de veintiún años—que parece que lo hemos interrumpido en medio de un ataque de pánico. Ni siquiera son las 8 de la mañana.

—Este es Mitch —dice Reed, sin levantar la vista de su pantalla—. No quieres ser Mitch. Díselo.

Mitch me mira con una expresión sincera y dice: —No quieres ser yo.

Cierra la puerta de golpe frente a nosotros, y Reed vuelve a marcharse. Mi cabeza da vueltas mientras intento seguirle el ritmo. No solo físicamente, sino también con todo lo que me está diciendo. El hecho de que solo hable en frases cortas y contundentes no ayuda.

—Comunicaciones —dice, cuando finalmente llegamos a la puerta al final del pasillo—. Esto eres tú.

Tiene la mano en el pomo de la puerta, pero no se mueve para entrar. En cambio, se vuelve hacia mí. Estoy tan sin aliento y tan concentrada que cuando me mira, me quedo paralizada.

—No seas ansiosa —dice, con un tono ominoso que interpreto como una advertencia—. No presumas ni te pierdas la reunión matutina. No toques la pizarra blanca. Y no digas nada sobre el pelo de Andy. Su mujer murió de cáncer, así que ahora todos somos amables con él por lástima.—Va a abrir la puerta, pero se detiene de nuevo y se

vuelve hacia mí.— Nunca hables de que la mujer de Andy murió de cáncer, y no seas obvia sobre el hecho de que le tienes lástima. Es muy viejo y muy sensible.

Todavía estoy procesándolo todo cuando Reed abre la puerta y entra. Por primera vez en mi vida, finalmente sé lo que significa estar completamente fuera de mi alcance. Atrapado en la puerta, intento desesperadamente guardar el informe de Reed, pero sus palabras dan vueltas por mi cabeza en un completo caos.

Un hombre grande y barbudo se para frente a mí, bloqueando mi vista de la oficina mientras me estudia con cierta curiosidad. Yo también tengo curiosidad y estoy un poco hipnotizado por el caftán muy brillante y muy teñido que lleva puesto. En su mano hay una carpeta azul repleta de papeles.

—Si la puerta te tiene perplejo, no vas a tener mucha suerte con esto —dice, metiéndome la carpeta en las manos—. Termínalo antes del almuerzo y luego podrás ir a comer.

Sé que Reed me dijo que no me mostrara demasiado entusiasmado, pero adelanté mi trabajo y lo terminé antes del almuerzo. Pero solo porque tenía que hacerlo. No había manera de pasar el día sin hablar con Ciara. Cuando Aiden me contó la verdad sobre lo que estaba pasando con Stash y sus amenazas, mi primer instinto fue hacer entrar en razón a Riley. Pero cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que ese plan probablemente fracasaría. Dax lo intentó, también Aiden, y él se enfrentó a ambos. Si hay alguna posibilidad de que Riley salga ileso de esto, comienza y termina con la chica que desencadenó esta loca cadena de eventos.

—¡Dios mío! —Ciara me ve al instante en la mesa de la esquina en el Bean y se dirige directa a acariciar al bulldog inglés que está tumbado junto a mi silla—. ¿Quién es este bombón?

—Este es Andy —digo, sin intentar ocultar mi falta de entusiasmo—. Me han encargado supervisar su hora de almuerzo.

Ciara se ríe mientras se sienta frente a mí. —Supongo que no tengo que preguntar cómo te está yendo el primer día, ¿no?

Me encojo de hombros. —Me tiraron a lo profundo, pero no me ahogué. Así que eso está bien.

—Es genial —dice, y la luz de su sonrisa llega hasta sus ojos.

Uf, me siento horrible por lo que estoy a punto de hacer. Ciara es como una hermana para mí y es genuinamente una gran persona.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué querías verme? —pregunta, obviamente dándose cuenta de que algo está pasando y queriendo ir directo al grano.

Ojalá tuviera más tiempo para hablar esto realmente con ella. Suavizarlo de alguna manera. Pero Reed me dio veinte minutos, y son cinco minutos caminando de vuelta a la oficina, así que el tiempo es un lujo que simplemente no tengo.

Respiro hondo y me lanzo de lleno. —¿Has visto a Riley hoy?

Esa sonrisa iluminada desaparece de su rostro y una oscuridad inquietante llena sus ojos. Su silencio es respuesta suficiente para mí. Claro que lo sabe.

—Bueno, quería hablar contigo para... —suspiro, buscando las palabras adecuadas, pero sin encontrar una buena manera de decir lo que hay que decir—. Si quieres a mi hermano, dejarás las cosas con él.

Ella frunce el ceño y se muerde el labio inferior. Noto que su mente está funcionando a toda máquina. —No conoces a Stash —dice—. Habla mucho, pero no hay manera de que realmente haga la mitad de las cosas que dice.

Esto me pone un poco nervioso. ¿En serio está defendiendo a su exnovio canalla después de todo lo que hizo?

—Ciara, mi hermano está ahora en casa con la cara rota. ¿Eso no es suficiente para que veas lo grave que es esto?

Ella se reclina en la silla y cruza los brazos sobre el pecho. —Sí quiero a tu hermano, lo creas o no.

—Lo creo.

—Bueno, por eso estamos haciendo esto —dice—. Riley no quiere oír nada de romper, créeme, lo intenté. Pero me rogó que lo apoyara en esto, en su decisión de plantar cara y demostrarle a Stash que no tiene control sobre nosotros.

La miro incrédulo. —¿Así que estás dispuesta a ver cómo hieren a gente porque mi hermano te pidió que siguieras con su estúpido plan?

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo. Porque yo no podría quedarme de brazos cruzados viendo cómo un pedazo de mierda hiere a la gente que me importa.

—Te has pasado de la raya —dice, señalándome con un dedo enfadado—. No tienes idea de cómo esto me destroza, sabiendo que es por mí. —Su voz tiembla y respira hondo—. Intenté hablar con él, créeme. Pero sabes cómo es, o estarías aquí con él en lugar de conmigo.

Tiene razón. No puedo culparla por no haber podido cambiar la mente de Riley. Y puedo ver que no es ajena al dolor que está causando esta situación. Si acaso, parece sentirse responsable de todo.

—No quise molestarte —digo, cambiando de actitud defensiva a neutral—. Simplemente estoy fuera de mí de preocupación y no sé qué más hacer para parar esto.

—Estás cuidando de tu hermano, lo entiendo. Si sirve de algo, sé que Stash no hará ninguna locura, porque está en libertad

condicional y lo mandarán de vuelta a la cárcel si lo hace.

Suena tan segura en esa afirmación, y conoce a Stash mejor que cualquiera de nosotros, así que su juicio es confiable. Pero yo no puedo hacerlo, y no me han dado ninguna razón para considerar que esto termine de buena manera.

Más tarde esa noche, decido pasar por el gimnasio antes de volver a casa. Por un lado, tengo a Aiden diciéndome lo peligroso que es Stash, y por el otro, tengo a Ciara, que asegura que es más ladrido que mordisco. Espero que Dax pueda ayudarme a decidir qué sentir sobre este tipo. Si está de humor para decirme la verdad, claro. Ni siquiera sé si todavía está enfadado conmigo, porque no hemos hablado desde el día en que echó a Riley del gimnasio y yo me fui enfurecido. Pero es mi último eslabón para obtener respuestas, así que estoy dispuesto a arriesgarme a cualquier fría recepción que pueda haber.

El lugar está desierto cuando entro, aparte de Dax y uno de sus compañeros de equipo que están entrenando en la jaula al fondo del gimnasio. La campana sobre la puerta resuena con fuerza en el espacio vacío, pero no lo suficiente como para interrumpir su entrenamiento.

A medida que me acerco a la jaula, me sorprende el impresionante tapiz de tatuajes que cubre el cuerpo de Dax. Tinta negra cubre sus brazos, espalda y pecho con símbolos, texto en cursiva y las imágenes más realistas. La capa de sudor que ha acumulado hace que el arte brille, añadiendo una cualidad mágica de movimiento que es absolutamente fascinante. Combinado con su atletismo, el cuerpo de Dax parece haber sido tallado personalmente por un dios. No puedo apartar la mirada de él. Y otra cosa que no puedo hacer es olvidar cómo se sintió tener el peso de ese cuerpo encima de mí.

—¿Podemos dejarlo por hoy? —pregunta Chuck, sin aliento después de recibir una serie de golpes de Dax.

Se ve completamente agotado, mientras que Dax tiene la energía de alguien que podría aguantar otras cincuenta rondas.

—¿Te estás echando atrás? —Dax lo empuja juguetonamente. Pero es más fuerza de la que Chuck puede manejar en este momento y se tambalea hacia atrás, chocando contra la barrera metálica que los rodea—. Mierda. De verdad que estás acabado —dice Dax con una risa—. Vale, puedes irte.

Sonríó a Chuck mientras sale de la jaula, y no sé por qué, pero de repente me siento atraída por ella. Tiene esa magia especial de las horas fuera de servicio, como estar dentro de un edificio escolar después de que cierre.

—¿Vas a sustituir a Chuck? —pregunta Dax mientras entro en la jaula.

Me muevo lentamente, absorbiendo el cambio definitivo en el ambiente. Doy vueltas en el sitio, observando toda la zona del gimnasio vacío que nos rodea. Atrapada dentro de este espacio cerrado, rodeada de nada más que apertura. No tengo nombre para la sensación que se apodera de mí.

—Esto es tan raro —digo, acercándome a la pared de malla metálica y metiendo los dedos por los agujeros mientras miro hacia afuera—. Siento como si estuviera mirando a otro mundo completamente diferente.

Él se acerca y se para a mi lado. —¿Crees que esto es raro? Prueba a estar aquí cuando hay miles de personas ahí fuera. Coreando, cantando, gritando tu nombre.

La idea me deja boquiabierta. —Suenan increíbles —digo, con voz llena de asombro.

—Es la sensación más solitaria del mundo.

Lo miro entonces, abandonando mi sensación de maravilla por la curiosidad más importante que acaba de surgir. Dax me mira

fijamente. Hay tantas cosas detrás de sus ojos, y no logro distinguir ninguna.

—Ya he terminado por hoy —llama Chuck desde el otro lado de la sala, con su bolsa de deportes colgada del hombro.

—¿No te vas a duchar? —pregunta Dax.

Sus voces resuenan prácticamente por toda la sala vacía, haciendo eco a mi alrededor. Realmente siento como si hubiera atravesado un agujero de gusano hacia otra dimensión. Después del día que he tenido, este tipo de trampa sensorial es un poco inquietante.

—Nah, estoy agotado —dice Chuck—. Solo quiero llegar a casa.

—Cuídate, tío. Nos vemos mañana, temprano.

Chuck intenta saludar, pero apenas logra levantar la mano antes de que se desplome de nuevo. Se rinde inmediatamente y sale.

La puerta apenas se cierra detrás de él cuando Dax pregunta: —¿Qué haces aquí?

Parece a la defensiva. Sé que probablemente sean los efectos residuales de nuestro último enfrentamiento, pero estoy cansada y, aunque estoy en el lugar perfecto para ello, no tengo ganas de discutir.

—Quiero saber por qué retaste a Stash a una pelea.

Dax suspira y sacude la cabeza lentamente. —No lo entenderías.

—Te juro por Dios que si una persona más me dice eso, voy a gritar.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—No importa —digo con un suspiro—. Solo quiero saber qué crees que estás haciendo, invitándolo a tu mundo. Especialmente después de lo que pasó con tu pequeña pelea callejera.

No quiero usar un tono agresivo, y definitivamente no quiero despertar fantasmas de una discusión anterior, pero estoy al límite con esto y solo quiero decirlo. Sin rodeos ni retener información porque «no lo entendería».

—Si la policía no hubiera aparecido cuando lo hizo, habría aprovechado la oportunidad y habría terminado con esta estúpida vendetta que tiene. Pero me alegro de que aparecieran, porque me hizo darme cuenta de que yo era el estúpido que salió a su encuentro.

Escucharlo ser tan sincero de esta manera es inesperado, pero significa mucho. Significa que me equivoqué al pensar que estaba siendo imprudente con esto.

—¿Quieres saber por qué lo reté? —pregunta. Asiento en silencio—. Es porque las cosas entre nosotros siempre han estado encaminadas a esto. Vamos a zanjarlo de una forma u otra. Pero no voy a arriesgarme a volver a la cárcel y perder todo por lo que he trabajado tan duro para hacerlo.

—Entonces, de esta manera lo inevitable ocurre, pero de manera legal.

—Exactamente —dice—. Y espero que cumpla su palabra y nos deje en paz una vez que todo haya terminado.

—¿Su palabra? Esto es nuevo para mí. Noticias desconcertantes, porque ¿de qué sirve la palabra de alguien como Stash?

—Esa noche en que me retó, dijo que si luchaba contra él, dejaría todo el asunto con Riley y Ciara.

—¿En serio? ¿Te quiere tanto que está dispuesto a renunciar al supuesto amor de su vida?

—No creo que esto haya sido nunca sobre ella —dice—. Stash siempre ha tenido algo en contra mía. Y cuando me limpié y me hice profesional, empeoró aún más.

Ese nudo constante de ansiedad en mi estómago comienza a aflojarse, porque si Dax tiene razón, significa que su pelea con Stash pondrá fin a todo. Mi hermano estará a salvo, y no tendremos que preocuparnos de que ese asqueroso aparezca en cada esquina. Se siente bien tener por fin algo de resolución a la vista.

—Vale —digo.

Un silencio cuidadoso desciende sobre nosotros, haciendo que el gimnasio vacío parezca aún más expansivo, lo que a su vez hace que la jaula se encoja a mi alrededor.

—Siento lo que le pasó a Riley —dice Dax después de un momento. Su voz es suave y baja—. Intenté evitarlo, pero...

—No es culpa tuya.

No dice nada, y sé que siente que lo es, que todo esto es culpa suya.

—Te he echado de menos —digo, incapaz de mirarlo a los ojos. Hay tanta emoción cargada entre nosotros en este momento; es abrumador.

Dax se acerca por detrás, colocando su mano sobre la mía que todavía está enroscada en la pared de la cadena. Inclina la cabeza y susurra en mi oído: —Yo también te he echado de menos.

Su aliento caliente en mi piel me hace estremecer, y apoyo mi cabeza sobre su pecho. Realmente he echado de menos esta cercanía. La última vez que me tocó parece que fue hace demasiado tiempo.

—Tócame —digo, cerrando los ojos en anticipación.

No me importa ser específica, porque honestamente no me importa cómo me toque concretamente. Solo quiero que lo haga.

Comienza con el toque más ligero en mi hombro, y luego desliza lentamente sus dedos a lo largo de mi brazo. Luego, agarrando mi

mano con la suya, la lleva hacia la cadena para que me tenga atrapada. Mi respiración se profundiza y mi corazón comienza a latir como loco. Se aprieta contra mí y nos balanceamos juntos hacia la cadena, su dureza rozándome por detrás. Giro la cabeza, inclinando mi boca hacia la suya, y sin dudar, él la toma.

El beso es lento y profundo. Dax se toma su tiempo para acariciar mi lengua con la suya, tan suave y gentil. Ese calor familiar florece entre mis piernas. Aprieta mis manos, y luego siento sus dedos deslizándose de nuevo por mis brazos, trazando un camino de fuego bajo el toque más suave. Moviéndose al unísono, sus manos descansan sobre mis pechos, rozando mis duros pezones a través de la fina tela de mi vestido de verano. Gimo en su boca, mi cuerpo derriéndose bajo sus tiernas caricias.

Se separa de mis labios, sin aliento, y salpica mi cuello con besos calientes y húmedos mientras amasa mis pechos. Puedo sentir su propio deseo creciendo detrás de mí. Arqueando mi espalda, froto mi trasero contra su polla, y casi pierdo la cabeza por el gruñido restringido que reverbera en él y atraviesa todo mi cuerpo. Es tan excitante saber cuánto lo excito. Me mojo solo de pensarlo.

Sus manos bajan aún más, y mientras se deslizan debajo de mi vestido, yo meto las mías en sus shorts. Gracias a Dios todavía tengo una mano libre para agarrarme a la cerca de cadenas, porque mis rodillas ceden en el instante en que toca mi coño, sus dedos frotándose con propósito a través de mis bragas. Agarro su polla dura como una roca, sintiendo su deseo por mí palpitando para liberarse. Quiero dárselo. Lo quiero dentro de mí. La necesidad es un anhelo desesperado en mi núcleo.

—Fóllame —sale en un aliento entrecortado.

Los delgados eslabones de metal tintinean cuando me empuja contra ellos y arquea sus caderas. —¿Quieres que te folle?

Suelto su polla y me agarro a la cerca, presionando mi trasero contra su polla. —Fóllame duro —digo.

Dax no necesita más que eso, y rápidamente se deshace de mi ropa interior. Patea mis pies para abrir más mis piernas, y con ambas manos en mis caderas, finalmente se introduce en mí.

—Más duro —digo, gimiendo de placer cuando mete su polla en mí por segunda vez. Y una y otra vez.

Me folla duro, haciendo que la jaula ondulen en olas que chocan al ritmo de sus movimientos. No se detiene ni afloja, su miembro rasgándose con cada embestida. Mis muslos están mojados, y un fino chorro de mi excitación lentamente gotea por mi pierna.

Agarro mi pecho y comienzo a masajearlo firmemente, enrollando mi pezón entre mis dedos. La sensación envía una oleada de chispas a mi clítoris, haciéndolo palpar aún más cerca del borde del no retorno.

Dax gruñe fuerte mientras se mete en mí, llegando realmente profundo. Se detiene por primera vez, completamente dentro de mí.
—Me voy a correr tan fuerte.

—No. Todavía no.

Suelta un aliento tembloroso, luchando por recuperar la compostura. Y luego, en un movimiento rápido, sale de mí, me da la vuelta y me empuja de nuevo contra la cadena. Alzo mis manos y me levanto para envolver mis piernas alrededor de su cintura mientras él se acerca a mí, la punta de su polla rozando mi entrada. Tira del escote de mi vestido hasta que uno de mis pechos sale, y en un instante, me lo lleva a la boca. Caliente y húmedo, lo chupa y juega con mi pezón.

El palpar en mi clítoris crece. Es casi doloroso lo cerca que estoy de la liberación que tanto deseo. Con brazos temblorosos, me bajo y Dax arquea sus caderas al mismo tiempo. Encajamos juntos en un éxtasis exquisito, encontrando fácilmente ese punto dulce mientras él bombea dentro de mí. Entierra su rostro en mi pecho, su respiración entrecortada y caliente en mi carne desnuda. Está a

punto de correrse, y esta vez no lo detengo. Esta vez estoy justo allí con él.

DAX

En mi línea de trabajo, con todas las locuras que tengo la suerte de ver gracias al estilo de vida de ser un luchador profesional de élite, hay muy poco que no haya experimentado. Imagina mi sorpresa cuando es una universitaria formal la que trastoca mi mundo. Nunca volveré a ver una jaula de la misma manera. Casi no quiero que nadie entrene en ella, porque ahora me parece una especie de profanación. Seguro que a Gemma le hará gracia.

El gimnasio está lleno, por una vez. Mi combate con Stash está a solo unas horas, y por supuesto las redes sociales se han encargado de que los trolls de siempre entren para tener un asiento de primera fila en mi entrenamiento. No me molesta en absoluto porque aumenta los ingresos del gimnasio. Y hoy, ni siquiera me molesta la razón por la que están aquí: ver cómo estoy manejando la presión del combate que se avecina. Porque lo estoy manejando bien. Mejor de lo que esperaba. Y todo es gracias a Gemma.

Busco su número en mi teléfono, lista para hacerla reír con lo loco que me ha vuelto. También quiero decirle que, el día en que estoy a punto de enfrentarme a Stash, no tengo ningún nervio. Quiero decirle que estoy seguro y que es por ella. Saber que está en mi

esquina está haciendo que todo esto sea mucho más fácil de sobrellevar.

Pero no tengo la oportunidad de hacer la llamada.

—Dax. Tenemos que hablar.

Levanto la vista y encuentro a Aiden y Riley frente a mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que habían entrado en el gimnasio. La cara de Riley está curándose, pero todavía se ve bastante maltrecha.

—Eh, vale —digo, mirando de uno a otro. Ambos parecen realmente enfadados por algo—. ¿De qué tenemos que hablar?

Aiden mira alrededor y luego dice:

—¿Podemos ir a algún sitio a hablar que no sea...? —Hace un gesto hacia el gimnasio.

Me entra un mal presentimiento, lo cual no tiene sentido. Cuando llamé a Aiden después de lo que pasó entre Stash y Riley, pareció bastante comprensivo. Incluso insistió en que no era mi culpa cuando expresé mi culpa. Sin embargo, por la forma en que me mira ahora, está claro que está molesto por algo y que estoy directamente involucrado en lo que sea.

—Supongo que podemos usar la oficina —digo, intentando mantener un tono relajado. Miles sigue notablemente ausente, así que estoy seguro de que no le importará que usemos su espacio.

Me siguen mientras cruzamos el gimnasio, sin decir nada, pero tengo la sensación de que tienen mucho que decir. Solo están esperando el momento adecuado. Les dejo entrar primero, y en cuanto cierro la puerta de la oficina detrás de mí, Riley empieza a hablar.

—Sabemos lo tuyo con Gemma —dice, con una expresión tan dura como su voz.

Esto me sorprende, porque Gemma y yo hemos sido cuidadosos. No es que hayamos estado paseando por la ciudad tomados de la mano y besándonos en la calle. Es porque ambos entendimos lo delicados que tendríamos que ser cuando se tratara de dar la noticia de que estamos juntos. Por eso sé que ella no fue quien les dijo.

—No sé de qué estás hablando —digo, yendo a sentarme al borde del escritorio de Miles.

Hago un gesto para que se sienten, pero no se mueven.

—¿Ves? Te dije que mentiría al respecto —dice Riley a Aiden, manteniendo su mirada cortante en mí.

Aiden parece inseguro. Tengo la sensación de que está bastante dividido entre lealtades en este momento.

—No hay nada de qué mentir —digo entonces—. Lo digo en serio cuando digo que no tengo ni idea de qué...

—¿Así que ya olvidaste que te enrollaste con nuestra hermana? —pregunta Riley, dando un paso hacia mí.

Es un desafío. Uno que debería saber mejor que no lanzar.

Me deslizo del escritorio y me pongo de pie, desafiándolo a que se acerque. Tal como está, le saco una cabeza entera.

—Si alguien ha olvidado algo —digo—, eres tú, que has olvidado lo inútil que eres ante un puño que se acerca.

Aprieta los labios en una línea tensa y apretada.

—Riley, vamos —dice Aiden, tirando suavemente de su brazo—. Esto no está ayudando en nada.

—No, no lo está —le lanzo a Riley una mirada de advertencia—. Harías mejor en escuchar a tu hermano. Estoy a punto de partirte por la mitad.

Se toma unos segundos para considerar sus opciones, pero al final toma la decisión correcta y se retira. La tensión que se estaba acumulando en la habitación comienza a disminuir de inmediato, y yo me relajo.

—Entonces, ¿lo estás negando? —me pregunta Aiden.

He enfrentado a innumerables tipos en la jaula con distintos niveles de crueldad, pero es la mirada inmóvil de mi mejor amigo la que me derrota. No tiene sentido intentarlo. No voy a poder mentir para salir de esta.

—No, no lo estoy negando.

Aiden gime y sus manos vuelan hacia su cabeza para agarrarse el pelo. Riley emite un sonido a medio camino entre un gruñido y un jadeo. En su rostro hay una expresión de completo asco. Sabía que Gemma y yo probablemente recibiríamos algo de resistencia por parte de ellos, pero no pensé que fuera tan grave. Ojalá pudiera estar hablando de esto con Aiden a solas, sin que su cabrón de hermano también estuviera metido en esto.

—Tu hermana es una adulta —digo, comenzando la explicación razonada que he estado practicando de vez en cuando durante los últimos días—. Es lo suficientemente mayor como para decidir...

—No me importa si tiene cien años —dice Riley, interrumpiéndome—. No hay ningún escenario en el que esté bien que pongas tus manazas sucias sobre ella.

—¿Quieres repetir eso? —Ahora soy yo quien se acerca a él. No puedo decir que no disfruto viéndolo encogerse delante de mí.

—No hemos venido aquí para pelearte —dice Aiden, colocándose protectoramente entre su hermano y yo.

—Entonces, ¿por qué habéis venido? —pregunto—. Porque vuestro gilipollas de hermano no ha hecho más que provocarme.

Riley empieza a decir algo, pero Aiden le lanza una mirada dura y él abandona el intento al instante. Luego Aiden se vuelve hacia mí, sus ojos no están ni cerca de estar tan enfadados y fríos como los de Riley. Lo cual es peor, si tengo que ser sincero, porque están llenos de traición.

—Sabes que Gemma se merece algo mejor que esto —dice Aiden—. Acaba de graduarse en Smith, tío. Es realmente la única de nosotros que puede seguir adelante y hacer algo que importe con su vida.

No estoy seguro de cómo tomarme esto. Puede que no sea un típico esclavo corporativo de traje y corbata, pero estoy construyendo un imperio con nada más que mi sangre y sudor. He ido al infierno y he vuelto para lograrlo, y él me hace sonar como si estuviera metiendo la compra en bolsas en el Target.

—No veo cómo el que esté con ella vaya a interferir en el futuro que ella quiera —digo, esforzándome por mantener la calma. Enfadarme y estallar no va a ayudar en nada.

Aiden suspira profundamente, considerando sus siguientes palabras con mucho cuidado. Luego dice: —Ella no tiene por qué verse arrastrada a este estilo de vida tuyo. No va a terminar bien.

—Es un trabajo —digo—. No puedo evitar que conlleve ciertas expectativas sobre la forma de vivir.

—No, no puedes. Pero sí puedes elegir mantenerla alejada de eso —dice Riley, hablando por encima del hombro de Aiden.

Me muerdo la lengua, ignorándolo. Mi conversación es con Aiden. Después de todo, es mi mejor amigo. Si consigo llegar a él, entonces lo que piense Riley no importará.

—Simplemente sucedió, Aiden. No fuimos buscando esto —digo.

—¿Quién es *nosotros*?

Aiden levanta la mano para callar a Riley de nuevo. —Ese no es el punto —dice—. No me importa cómo empezó; solo tiene que parar.

Me quedo sin palabras. La manera en que me mira —como si hubiera cometido el peor tipo de crimen— me llega hondo.

—¿Qué dice Gemma? ¿O no te importa cómo nos sentimos cualquiera de los dos?

—No hay ningún *nosotros* —dice Riley—. Rompiste el código máximo entre amigos, y te enrollaste con nuestra hermanita. Es una violación de todo lo sagrado y...

—Riley, por favor —dice Aiden—. ¿Podrías apartarte un segundo?

Riley se calla y se esconde en segundo plano, dejando que su hermano vuelva a tomar la palabra.

—No me importa ningún código —dice Aiden entonces—. Eres mi mejor amigo, lo sabes.

—Entonces, ¿cuál es el gran problema? No lo entiendo.

—El problema es... —Baja la mirada y mete las manos profundamente en los bolsillos de sus vaqueros—. Simplemente... no creemos que seas lo suficientemente bueno para ella.

Habría preferido que me escupiera en la cara. Aunque, por cómo evita mirarme, puedo decir que esas palabras son más de Riley que de él. Nunca he conocido a Aiden tan duro, y me gusta pensar que conozco bastante bien a mi mejor amigo. Aun así, me molesta porque no entiendo por qué está siendo tan sumiso con su hermano.

—¿Prefieres que esté con algún otro millonario exitoso? —pregunto, sin disculparme por el toque de arrogancia.

—Mira —dice Aiden con un suspiro—. Sé que has pasado por muchas cosas en tu pasado, pero el problema es que tu pasado no es exactamente eso.

La ira comienza a hervir dentro de mí y es cada vez más difícil contenerla. —¿Qué diablos se supone que significa eso? ¿Podrías dejar de hablar en acertijos y ser directo conmigo?

—Stash —dice, su rostro completamente vacío de emoción. Está tan muerto como el tono de su voz.

Aprieto la mandíbula y hablo con los dientes apretados. —¿Qué hay de él?

—Es solo una parte de tu pasado que no pareces poder dejar atrás, y después de los eventos recientes, está claro que no tienes control sobre el daño que es capaz de causar.

Riley aprovecha este momento para dar un paso adelante nuevamente, y por alguna razón, los moretones en su cara parecen aún peores que hace un minuto.

—¿De verdad crees que está bien que Gemma se vea envuelta en todo esto también? —pregunta Aiden—. Porque yo no lo creo.

No puedo responder eso. Ni siquiera tengo que hacerlo. Porque estoy seguro de que sabe que siento lo mismo. Por supuesto, no quiero que Gemma esté cerca de alguien tan tóxico como Stash.

—Lo estoy manejando —digo—. De eso se trata esta noche.

—No sabes que esto va a eliminarlo —dice—. Si te importa mi hermana y si valoras nuestra amistad en lo más mínimo, pondrás fin a esto.

—Sí —dice Riley—. Te mantendrás alejado de Gemma, y punto.

Es casi divertido cómo se están desarrollando las cosas. Casi. Pero es demasiado irritante. Están enfadados por Stash, pero ellos son la razón por la que él ha estado alrededor. Ellos son la razón por la que voy a pelear con él esta noche. ¿Y ahora están aquí delante de mí, en mi propio puto gimnasio, haciéndolo parecer como si fuera mi culpa? Si Riley me hubiera escuchado desde el principio, Stash nunca se habría convertido en el problema que es ahora. La sonrisa burlona en su rostro hace que la rabia dentro de mí crezca aún más. Le salvé el culo de una paliza, ¿y esto es el agradecimiento que recibo?

Mi falta de respuesta es una señal de que la conversación ha terminado, y los hermanos salen de la oficina. No puedo mirar a Aiden cuando se detiene un momento para darme una palmada en el hombro al marcharse. Sé que lo hace con buena intención, pero también sé que cualquier amistad que tuvimos ha terminado. No importa lo que ocurra en mi pelea contra Stash, las cosas nunca volverán a ser lo mismo entre nosotros después de esto, y esa es la parte más triste.

UNA VEZ que estamos en la jaula y la música ha desaparecido, siento esa misma sensación de aislamiento que siempre tengo. Solo que esta vez es peor que nunca. Miro a través de la pared de cadenas hacia un mar de rostros y los veo animar a Stash mientras él los emociona desde su lado del octágono.

Gemma y yo hablamos brevemente cuando la llamé justo después de la visita de sus hermanos. Tenía razón; la habían confrontado sobre nuestra relación. No me dio muchos detalles, pero por el tono de su voz pude notar que lo que dijeron había causado suficiente daño. Estaba distante y reservada, pero me dijo que solo estaba cansada del trabajo. Le pedí vernos, pero la excusa del cansancio tuvo suficiente peso como para posponerlo.

Está notablemente ausente de la primera fila, pero en un giro retorcido, sus hermanos han aparecido. Con sus parejas sentadas a su lado. Ciara saluda cuando capta mi mirada, pero les doy la espalda a todos y me concentro en mantener mi mente en lo que está sucediendo de este lado de la valla. Esto no va a ser una repetición de mi pelea con Oggy. No voy a permitir que el mundo exterior entre aquí y me impida conseguir mi victoria contra Stash.

—Por fin —dice Stash, llamándome desde el otro lado del octágono. No puedo esperar para borrar esa estúpida sonrisa de su rostro de una vez por todas—. Ahora el mundo verá cómo es un verdadero luchador. —Golpea sus puños contra el pecho.

No digo nada, pero estoy seguro de que la mirada que le estoy lanzando dice mucho. No va a sacarme de mis casillas hoy.

—Eres puro bombo y platillo, sin sustancia —dice, mientras camina de un lado a otro.

Su risa me atraviesa, enfureciéndome. En cuestión de días, este hombre ha tenido parte en que perdiera tanto, y temo admitir que algunas de esas cosas podrían no recuperarse cuando salga de aquí. ¡Y parece estar disfrutándolo todo! Obviamente está sacando provecho de esto, y me enferma.

Mis manos se cierran en puños apretados a mis costados y puedo sentir toda mi ira fluyendo hacia ellos. El odio es como veneno en mis venas, corriendo y coagulándose a medida que se extiende por mi cuerpo. Tensa mis músculos y agudiza todos mis sentidos, haciéndome sentir una especie de hiperconciencia del bastardo que camina frente a mí. Desde la ligera caída de su hombro izquierdo hasta el ángulo de su pie débil cuando camina.

Y entonces comienza. La voz del anunciante resuena por la arena y nos llaman al centro de la lona, donde el árbitro da el repaso habitual de las reglas. No las escucho. Todo lo que me importa aquí es Stash. Él es todo lo que puedo saborear, ver y sentir.

La campana marca el inicio del primer asalto y él viene hacia mí al instante, llevando la totalidad de su volumen en mi dirección como un animal salvaje descontrolado. Bloqueo su primer avance con facilidad y esquivo su gancho derecho. El momento que tarda en recuperar el equilibrio es el que uso para plantarle una patada alta y sólida en el torso. Puedo sentir cómo su plexo solar se colapsa en el instante en que hago contacto, y él retrocede tambaleándose. El ensordecedor rugido de la multitud se desvanece en un susurro. Finalmente estamos solos.

Se lanza hacia mí de nuevo, y nos enredamos en una serie de agarres, superándonos mutuamente en una especie de baile, con golpes que aterrizan aquí y allá. Sé que esto no será suficiente.

Stash tiene la resistencia interminable de un luchador callejero. Podría hacer esto durante días. Mi ventaja llegará cuando lo lleve al suelo, cuando neutralice toda esa velocidad y agresividad de la que depende tanto. Le lanzo una patada baja a la rodilla, seguida de un puñetazo que se hunde justo debajo de las costillas. Ahora no tiene opción. Tiene que retroceder y tomar aire.

No se lo permito.

La locura descontrolada en sus ojos da paso a un instante de vacilación mientras avanzo hacia él. Un instante es todo lo que necesito para lanzarle un golpe directo a su rostro tatuado. Ni siquiera la multitud puede ahogar el dulce y crujiente sonido de su nariz bajo el peso de mi puño. Sangre. La vista de ello me enciende. El sonido de su gemido de dolor es como aceite sobre el fuego que arde en mí. Giro a la izquierda y lanzo un gancho derecho contundente a su mandíbula que lo envía de vuelta contra la valla. Se siente bien por un segundo, hasta que me doy cuenta de que probablemente no debería haberle dado esa oportunidad.

Utilizando el impulso del movimiento hacia la valla, Stash se abalanza hacia adelante. Mi mente se queda atascada entre bloquear o esquivar, y soy presa fácil para la patada redonda que me clava en el costado de la cabeza. Con los oídos zumbando y estrellas apareciendo frente a mis ojos, intento desesperadamente recuperar el equilibrio antes de que él vuelva a caer sobre mí. Miles no está al lado del ring, como lo ha estado en cada una de mis peleas, pero igual escucho su voz en mi cabeza. Endereza tu postura, manos arriba. Echo de menos tenerlo en mi esquina.

El siguiente golpe de Stash viene directo a mi cabeza. Me aparto fuera de su alcance y le devuelvo el golpe. Se tambalea, se recupera y se acerca para más. Este ir y venir dura más de lo que pensé. Subestimé el efecto que la jaula tendría sobre él. Si acaso, ser el centro de atención lo ha encendido aún más. Pero sigue siendo solo un matón callejero indisciplinado y descuidado, y se nota. Su lado izquierdo está constantemente desprotegido, y logro otro golpe

debajo de sus costillas justo cuando anuncian el final del primer asalto.

—Marica —dice, prácticamente escupiendo la palabra en mi cara mientras retrocede a su lado del octágono.

Mi mirada silenciosa permanece inquebrantable. No voy a dejar que me arrastre hacia abajo esta vez. Chuck y el resto de mi equipo gritan cosas a través de la valla, pero no aparto la vista de Stash. Él no tiene un equipo, solo un séquito, y claramente están fuera de lugar en este entorno. Estoy seguro de que nada táctico o estratégico sale de sus bocas en este momento. Eso significa que puedo esperar más de lo mismo de él en el segundo asalto, y sé exactamente cómo usar eso a mi favor. Nunca fue mi plan llegar a los cinco asaltos completos con este pedazo de basura. En los próximos cinco minutos, voy a terminar esta pelea y la vengaza enfermiza de Stash para siempre.

El segundo asalto comienza más o menos como pensé que lo haría: con Stash bailando a mi alrededor, tantéandome. Unos pocos golpes aquí, un gancho allá. Es juego de niños. No es en absoluto la razón por la que estoy aquí. Muevo mis caderas con un falso movimiento hacia la izquierda, y justo cuando él se prepara para bloquear, avanzo hacia él con una doble patada que lo hace retroceder. Él intenta golpearme. Lo aparto y conecto con su cara. Sus tipos le gritan, pero, desafortunadamente para Stash, las palabras no pueden levantar una guardia caída. Lo golpeo sin piedad. Jab, jab, gancho, jab, jab. Él lucha por mantener su postura, y todo el tiempo lo estoy empujando hacia la valla. Mis golpes aterrizan cada vez. No tiene respuesta.

Los huesos de su cara crujen bajo el peso de mis puños y su carne se abre. Es como una versión macabra de pintura por números, la manera en que la sangre llena sus tatuajes. El olor me impulsa hacia adelante para seguir golpeando. Mi mente está en blanco por la rabia. Quiero que sangre. Que sufra. Todo lo que puedo hacer es descargar puño tras puño sobre él. El árbitro me grita algo, y justo

cuando se acerca para tocarme el hombro, concentro toda esa rabia en un uppercut cegador. Stash cae al suelo como un muñeco de trapo.

Enardecido, salgo lentamente de la ira ciega en mi cabeza lo suficiente como para escuchar los ensordecedores vítores de la multitud a nuestro alrededor. Tomándome un momento, me permito dejarlos entrar. Sentir aquello contra lo que he estado luchando desde antes de que comenzara esta pelea. No hay daño en un pequeño distracción mientras Stash intenta recuperar algo de su dignidad.

Empiezo a caminar en círculos y levanto los brazos para animar al público. Les encanta. Por primera vez en mucho tiempo, vuelven a quererme. Mis ojos se posan sobre Aiden, quien destaca como un pulgar dolorido mientras se sienta callado en su asiento. En un instante, me sumerjo en un túnel de recuerdos de las últimas semanas. Gemma, Aiden, Riley: un pozo de emociones se expande en mi pecho. ¿Qué he perdido por el imbécil con el que estoy aquí dentro? Podría ganar cada pelea por el resto de mi vida y no compensaría eso. Los ojos de Aiden pasan de los míos a algo a mi derecha. Se agrandan. No necesito mirar para saber por qué.

Cuando me giro, mis pies ya están firmemente plantados, listos para Stash, que viene corriendo hacia mí. Su cabeza está baja y los brazos extendidos. Viene directo para el derribo. Lo que sucede a continuación ocurre con una precisión técnica tal que Miles habría estado orgulloso de usarlo como referencia en sus sesiones de entrenamiento.

Stash me agarra por detrás de las rodillas e intenta levantarme. Pero con su cabeza baja, no puedo resistir. Soy La Guillotina, después de todo. Envuelvo mi brazo alrededor de su cabeza, apretándola con fuerza contra mi pecho mientras llevo mi mano libre para cerrar el estrangulamiento. Caemos juntos al suelo. Levanto mis piernas alrededor de él en una guardia cerrada. Él se retuerce, tirando contra el doloroso bloqueo de mi brazo. Pero cada vez que tira,

arqueo mis caderas y tiro hacia arriba con mi brazo. No puede respirar. Apenas puede moverse. Tiro un poco más. Una mano se levanta para arañar mi cara. Sus dedos ya están flácidos. Aprieto los músculos de mi brazo. Aprieto más fuerte. La mano en mi cara finalmente cae al suelo. Sin vida. El árbitro se acerca corriendo. Empieza a tirar de mí para que lo suelte.

Pero no lo hago.

En unos segundos, Stash perderá el conocimiento. Unos pocos más y puedo sacarlo de las calles y de nuestras vidas para siempre. Puede que no muera, pero habré privado a su cerebro de suficiente oxígeno como para embotar esos reflejos ágiles. Puedo ralentizarlo. Hacerlo inservible. El árbitro clava sus dedos en mí y tira con un gruñido fuerte. No hace nada contra el agarre mortal que tengo sobre Stash. No hace nada para romper mi voluntad férrea de acabar con este imbécil. Una campana suena en algún lugar lejano. Giro mis caderas y tiro de mis brazos aún más. El cuerpo de Stash no es más que un montón de carne. Pero todavía no lo suelto. No puedo.

GEMMA

—**G**emma, ya son casi las 8 de la tarde —dice Reed, acercándose a mi escritorio—. ¿Qué te dije sobre ser demasiado entusiasta?

—El mitin del alcalde es en dos días, y todavía quedan dos montones de transcripciones por revisar.

—Le dije que todos estamos manos a la obra —dice Chris, el hombre barbudo y corpulento, desde detrás de su pantalla de ordenador.

Ha demostrado una habilidad asombrosa para saber qué está pasando o qué se dice en cualquier parte de la oficina, sin siquiera levantar la vista de lo que está haciendo en su escritorio.

Reed pone los ojos en blanco. —No deberías dejar que te mangonee. No le rindes cuentas a él.

—Oh, no lo hago —digo con una sonrisa. Es forzada, pero espero que no se note—. Estoy feliz de ayudar en lo que sea.

Ella hojea una de las páginas de notas que llevo transcribiendo diligentemente durante las últimas tres horas. —Bueno, si vas a

quedarte aquí con nosotros, asegúrate de hacer tu pedido de comida antes de que Shawn salga. Hoy tocó Wendy's.

Asiento con la cabeza, aunque no recuerdo quién es Shawn. De todos modos, no tengo mucha hambre. Solo quiero que Reed vuelva a su escritorio para poder revisar mi teléfono. Tengo la sospecha de que estará vacío de mensajes nuevos, igual que la última vez que lo revisé. Y como las otras diez veces antes de esa.

—Has estado haciéndolo muy bien dadas las circunstancias —dice Reed. Me sorprende un poco su sinceridad directa. Después de unos días de nada más que brusquedad, definitivamente no esperaba un voto de confianza de su parte.

—Gracias —digo, bajando la mirada para jugar con los papeles sobre mi escritorio.

—No es fácil unirse a una campaña que ya está en marcha. Especialmente con este grupo de inadaptados. —Hace un gesto con la mano en dirección general al pequeño número de empleados que aún están trabajando—. Me gusta que te estés esforzando tanto tan pronto.

—Tu amabilidad y sinceridad poco características nos están poniendo a todos incómodos —dice Chris, asomándose por encima de su monitor—. Por favor, para.

Contengo una sonrisa y siento a Reed tensarse a mi lado.

—Vete al infierno, Chris —dice, y me lanza una sonrisa antes de finalmente volver a su escritorio.

Miro a Chris, que todavía está mirando en mi dirección. Articula en silencio la palabra 'raro' y hace una mueca mientras se estremece. Contengo una risa mientras vuelve a desaparecer detrás de su pantalla. Tan pronto como eso sucede, dejo caer la fachada de compañera de trabajo amigable y saco mi teléfono de mi bolso.

Justo como esperaba, no hay notificaciones nuevas. Ni siquiera de Kate. Supongo que mis hermanos saben que es mejor no contactarme antes de que les dé una señal de que estoy dispuesta a hablar con ellos después de la jugada que hicieron. Pero una parte de mí esperaba—sigue esperando—que Dax respondiera a uno de los múltiples mensajes de texto que le he enviado a lo largo del día. Me está matando no saber qué está pensando o sintiendo.

Dejo mi teléfono y abro la ventana de búsqueda de Google que había ocultado detrás de mi trabajo de transcripción. En su mayoría, los titulares dicen lo mismo: Dax Daytona es un cañón suelto demasiado impetuoso como para tener alguna posibilidad en la pelea por el título. Ganó su combate con Stash, pero eso aún no le ganó el favor de la prensa. Solo puedo imaginar lo que eso debe estar haciéndole. Viéndolo por televisión, pude notar el momento exacto en que Dax perdió el control, incluso desde mi posición alejada. La imagen de la gente entrando en esa jaula para sacarlo de encima de un Stash inconsciente se quedará conmigo para siempre.

Todo lo que quería era ir a verlo, solo para asegurarme de que estaba bien después. Pero con la tensión alta entre mis hermanos y yo, no podía arriesgarme. Nuestra situación es como una carreta de manzanas que definitivamente no necesita ser volcada más de lo que ya lo ha sido. Solo que ahora me arrepiento de no haber hecho nada.

Mi conversación con Dax el día de la pelea fue tan breve que no se me ocurrió hasta mucho después que había errado por completo el tiro. Él quería que rechazara lo que mis hermanos habían dicho sobre nuestra relación, que deberíamos mantenernos alejados. Quería claramente que yo tomara las riendas de lo que quería y, lo más importante, que ellos lo supieran.

Pero entre mi confrontación anterior con ellos y sentirme absolutamente enferma de ansiedad por la pelea, solo quería llegar al final de la noche, porque, por supuesto, no tenía ninguna

intención de permitir que me dieran órdenes como a una niña pequeña. Veré a quien yo quiera. Y quiero estar con Dax. Solo desearía haber dejado eso claro para él en ese momento. Estoy segura de que este desplante tiene todo que ver con el hecho de que no lo hice.

Mi ordenador suena, y un mensaje directo de Shawn aparece en la esquina inferior derecha de mi pantalla.

Me voy en cinco. Por favor, envía el pedido de Wendy.

Me enderezo en la silla y escaneo la oficina. Toda la gente tiene la cabeza baja, trabajando duro. Ninguno parece estar preparándose para irse. Repaso mentalmente mi primer día aquí en un intento de ponerle cara al misterioso nombre, pero no llego a nada.

Vuelvo a mi ordenador y escribo mi breve respuesta.

Nada para mí, gracias.

Luego borro la 'x' y termino la palabra completa. Como nueva miembro del equipo de comunicaciones, lo último que necesito es ganarme la reputación de ser mala en lo que me contrataron para hacer. Pulsó enviar y observo cómo la ventana del chat desaparece. Un segundo después, reaparece con un emoji de pulgar hacia arriba. Supongo que Shawn no está demasiado preocupado por su imagen en los chats internos del trabajo. También podría ser que esté hiperfocalizándose en cosas que realmente no importan para darme una sensación de control. Porque, obviamente, no me siento en control de las cosas que sí importan.

Otra vez miro mi teléfono. Su silencio mortal me inquieta. No hay manera de que pueda hacer ni la mitad del trabajo que se supone que debo hacer hasta que ponga fin a este disparate.

Me aseguro de cerrar la ventana de búsqueda antes de levantarme.
—Voy al baño —digo sin dirigirme a nadie en particular.

Mis pies avanzan rápidamente por la oficina, temiendo que me llamen y tenga que detenerme. Sin embargo, nadie me llama, y rápidamente me meto en el baño del personal, abrazando el teléfono contra mi pecho. Me detengo un momento, escuchando atentamente cualquier señal de que pueda no estar sola. Una vez que me aseguro de que el camino está despejado, entro en un cubículo vacío y cierro la puerta con llave detrás de mí.

Enviar otro mensaje sería como gritar en medio de un huracán. En lugar de eso, hago lo que debería haber hecho hace mucho tiempo y lo llamo.

—Gem.

Contesta de inmediato, y me quedo muda. Todo en mi cerebro se ha evaporado. Esperaba al menos unos cuantos tonos para tener tiempo de pensar qué iba a decir y cómo decirlo.

—¿Estás ahí? —pregunta.

Hay un matiz en su tono. No sé si es impaciencia o preocupación, pero consigue que mi voz funcione de todas formas.

—Dax —decir su nombre se siente bien.

—Así que estás ahí —dice, y ese matiz de antes ha desaparecido. Ahora estoy segura de que escucho un atisbo de sonrisa en su voz.

—Estoy aquí.

—Siento no haber contestado tus mensajes. Es que... supongo que solo necesitaba algo de espacio.

—Suenas agotado —digo, jugueteando distraídamente con el cerrojo del cubículo del baño. Ojalá pudiera ver su cara.

Suspira profundamente, su aliento se filtra a través del teléfono y me envía escalofríos. Estoy ahí con él, sus brazos alrededor de mí, su boca caliente cerca de mi oído.

—Sí, bueno —dice—, han sido unos días agotadores.

—Te echo de menos.

Hay una pausa silenciosa. No sé en qué estaba pensando, soltándolo así sin más.

—Lo siento —digo—, no quería ser...

—Yo también te echo de menos —su voz es baja. Casi un susurro.

Sonríó por primera vez en días.

—Y no tienes nada de qué disculparte —dice—. Soy yo el que está causando todos los problemas.

Trato de ignorar la evidente autocompasión y recordar por lo que está pasando Dax. Sin embargo, es difícil ignorar la leve irritación que me agarra. De todas las personas, él sabe mejor que nadie que no debe dejarse llevar por las circunstancias. Vino de la nada para construir una vida increíble para sí mismo y sus padres.

—¿Así que vas a ser esa persona que se responsabiliza de los problemas del mundo, incluso cuando no es culpa tuya?

—Entonces no has visto los titulares —dice, con naturalidad.

Ahora me alegro de que no podamos vernos las caras, porque no creo que le gustaría verme rodar los ojos.

—La gente detrás de esos titulares no tiene ni idea de quién eres, Dax.

—¿Y tú sí?

Su respuesta afilada como una navaja me toma por sorpresa. Hemos pasado de echarnos de menos a esto. Definitivamente no es lo que tenía en mente para esta llamada, y evitar cualquier discusión que esté surgiendo se convierte en una prioridad.

—Mira, solo quería asegurarme de que estás bien.

—¿Bien? —se burla—. Soy el villano en la historia de todos, Gemma. Sea cual sea la decisión que tome, nunca es la correcta. E incluso cuando lo es, nunca es suficiente.

—Dax...

—Esa pelea con Stash se suponía que iba a arreglarlo todo —dice, su enfado aumentando—. Gané, pero no les gustó cómo lo hice. Así que sigo siendo ese tipo peligroso, un matón de la calle, que no merece el título por el que está compitiendo.

Entonces lo entiendo. Lo que escucho en su voz no es ira, es frustración. ¿Y quién puede culparlo? La prensa, mis hermanos y Stash solo añaden presión a lo que ya siente por la próxima pelea.

—No importa lo que haga —continúa—, siempre me verán como un chico sin valor de las calles de Chicago, intentando entrar en un mundo al que no pertenece.

Esta es una voz que conozco demasiado bien. Suena muy parecida a la que escucho todo el tiempo. Estuvo conmigo durante toda la universidad y se hizo especialmente fuerte mi primer día en el trabajo. Para mí, suele ser Kate o mis hermanos quienes me sacan de eso. Parece que Dax no tiene a nadie que haga lo mismo por él.

—Las cosas están difíciles ahora, pero no se quedarán así —digo—. No te sentirás así cuando entres en la jaula en unas semanas. Cuando derrotes a Menendez.

—Estás loca.

—Quizá, pero también tengo razón. Y tú perteneces ahí tanto como cualquiera que se haya partido el culo para llegar.

Es tan silencioso al otro lado de la línea que parece que lo he perdido.

—¿Dax?

—Necesito verte —dice. No tiene idea de lo desesperadamente que necesitaba escuchar esas palabras salir de su boca—. No me importa lo que hayan dicho tus hermanos...

—Pasaré por tu casa después del trabajo. Al diablo con mis hermanos.

Él ríe suavemente. —Si alguien puede enfrentarse a ellos, eres tú. Pero, ¿qué haces todavía en el trabajo?

De repente, me arrepiento de mi plan de trabajar hasta tarde, porque preferiría estar con Dax ahora mismo que en este baño de personal vacío, deseando estarlo.

—La campaña está ganando impulso. Nadie puede tener vida hasta que el alcalde sea reelegido.

—Suenas divertido —dice él.

—No tienes idea. Pero saldré de aquí en una hora. Entonces nos vemos, ¿de acuerdo?

—Debería haber contestado tus mensajes.

La sinceridad en su voz me hace pausar. Todo lo que la gente dice sobre Dax es que es un problema, un tipo malo, alguien de quien debería mantenerme alejada. No conozco a esa persona —la persona que la prensa está decidida a arrastrar por el fango, de la que mis hermanos me advirtieron—. Conmigo siempre ha sido amable y dulce, y me quedo con eso. Solo porque sea un luchador no significa que sea un monstruo.

—Prefiero recibir tus disculpas en persona —digo con una sonrisa—. Suplicar es opcional, pero definitivamente ayudará a tu caso.

—Supongo que lo guardaré para cuando llegues, entonces —dice él, y noto el cambio en su voz. Suena mucho menos cargado que antes.

Se siente bien saber que esta llamada no fue una pérdida de tiempo completa. Y tal vez seré el elemento en su vida que ayude a otros a

ver al hombre que yo conozco que es Dax. Podría ser un pensamiento ilusorio, pero me siento esperanzada cuando vuelvo a mi escritorio.

Por extraño que sea Chris, no hay duda de que trabaja más que el noventa por ciento del equipo de comunicaciones. Él y yo somos los últimos en salir de la oficina.

—No tenemos cámaras ahí dentro —dice mientras salimos por las puertas hacia el mundo exterior.

El aire de la noche es cálido y sofocante. Al instante, mi vestido ligero de verano se me pega al cuerpo y cubre mis piernas y brazos desnudos con una fina capa de sudor.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Que si te quedaste para ganar puntos, no tendrás pruebas de que hayas trabajado hasta tan tarde.

Niego la cabeza con una risa ligera. Siempre está haciendo algún tipo de broma. Es como si no pudiera evitarlo. —Bueno, te tengo a ti, ¿no?

Se encoge de hombros. —Nunca te he visto antes en mi vida, y mucho menos trabajado hasta tarde contigo. —Camina a mi lado mientras nos dirigimos hacia mi coche en el aparcamiento junto al edificio. —O haciéndome pasar por ti en el chat del trabajo para conseguir tu pedido de Wendy's, porque me moría de hambre.

—¿Fuiste tú? —Ahora me río más fuerte. —Pensé que era raro cuando Shawn vino a dejar las cosas y dijo mi nombre.

Él también suelta una risita. —Sí, fue tan generoso de tu parte aceptar la comida que no pediste, y luego permitirme llevarme la comida sin preguntas.

—Si esa es tu forma rara de agradecer, entonces de nada.

Me empuja suavemente con el hombro mientras llegamos a mi coche, su enorme kaftan ondeando con sus movimientos. No puedo imaginarme lo caliente que debe sentir debajo de eso, y también bajo su inmensa barba.

—Eres genial, Gemma —dice. —Y no soy el único que se ha dado cuenta.

—¿De verdad?

Intento ocultar mi interés voraz, porque me muero por saber qué impresión he causado, si piensan que estoy haciendo un buen trabajo o no. Pero Reed no es más que un muro de emociones, su mente una fortaleza de acero detrás de sus ojos. En otras palabras, no revela nada.

—Créeme —dice Chris. —He estado aquí el tiempo suficiente para saber de lo que hablo cuando te digo que lo tienes. Sigue haciendo lo que estás haciendo, y ascenderás por los rangos como Amy Brookheimer acelerada.

Su comparación tan particular, aunque extremadamente halagadora, también es hilarante, y estallo en carcajadas de nuevo. —Me encanta esa serie.

—Ya lo sabía —dice. —Nos vemos mañana, Gemma. —Me da una palmadita en el hombro y luego se dirige hacia su coche en el otro lado del aparcamiento.

Tiene sentido que mi primer amigo aquí resulte ser el gigante vestido con kaftan que se mete en un Volkswagen Escarabajo de los 80. La risa me invade de nuevo mientras tiro mi bolso en el asiento del copiloto y me acomodo detrás del volante.

Y así, lo que sea que me pasaba fuera del coche desaparece, y me invade la anticipación de ver a Dax de nuevo. Sé que el objetivo de ir allí es solo ofrecerle mi apoyo, pero no pasé por alto la necesidad en su voz justo antes de terminar nuestra llamada. Es la misma necesidad que me ha estado atormentando durante días.

Justo cuando estoy a punto de salir del aparcamiento, un timbre apagado comienza a sonar en el asiento del copiloto.

—Mierda.

Estaba tan distraída que me olvidé de poner el teléfono en manos libres. Ahora comienza la frustrante tarea de encontrar algo en el agujero negro que es mi bolso. El timbre se vuelve más fuerte cuanto más descubro, hasta que finalmente mis dedos encuentran la vibración en el fondo de mi bolso. Mi corazón late un poco más rápido cuando veo el nombre de Aiden en la pantalla. De repente, estoy segura de que ha leído mi mente desde donde sea que esté y está llamando para decirme que me mantenga alejada de Dax.

—Hola, ¿qué pasa? Incluso para mis oídos, mi saludo suena falso y forzado, en un intento torpe de parecer indiferente.

—Gem, soy yo.

Por supuesto que es él; ¿qué está haciendo? ¿Y por qué suena como si tuviera un camión sobre el pecho? Aiden solloza. Obviamente está llorando.

Aiden nunca llora.

—¿Qué pasa? —pregunto, con el corazón atascado en la garganta. No hay respuesta, solo más sollozos. —Estoy de camino.

Rápidamente cambio el intermitente de izquierda a derecha, y los neumáticos chirrían mientras acelero en dirección a casa.

DAX

El sol del desierto está a punto de besar el horizonte cuando llego a TKO. Pensé que podría empezar temprano en el gimnasio ya que no pude dormir ni un minuto. Normalmente, cuando mi cabeza está tan llena, tomo unos tragos fuertes, me acuesto con una mujer hermosa y duermo como un bebé. Pero con el combate por el título a la vuelta de la esquina, mi dieta está dolorosamente libre de tragos fuertes. Y Gemma no apareció anoche.

Saco el móvil del bolsillo mientras me acerco a la puerta principal del gimnasio, con la llave lista para abrir, pero mi mente sigue atrapada en ella. Debo haber llamado más de cuatro veces, dejado varios mensajes, y hasta ahora, ni una sola palabra de ella. Por supuesto, mi primer instinto fue llamar a Aiden para ver si quizás sabía dónde estaba. Pero tan pronto como ese pensamiento pasó por mi cabeza, tuve que eliminarlo de inmediato. Pasé de poder hablar con mi mejor amigo sobre todo, a no poder hablarle sobre lo nuevo e increíble en mi vida que más me importa.

—¿Dax Daytona? —Me doy la vuelta y encuentro un equipo de policías detrás de mí, mirándome fijamente. Uno de ellos no lleva uniforme, y supongo que es el que me llamó. Barriga de cerveza prominente, traje barato, parece que bebe tan fuerte como vive.

—¿Quién pregunta? —El detective de civil da un paso adelante, señalando a uno de sus hombres con un movimiento de su dedo. — Dax Daytona, está arrestado por el asesinato de Riley Meeks.

—¿Q-q-qué? —Mi sangre se congela.

—Tiene derecho a permanecer en silencio... —Las esposas son como hielo cuando se cierran alrededor de mis muñecas.

Riley está muerto.

El pensamiento da vueltas en mi cabeza por millonésima vez. Por millonésima vez, lo empujo fuera de mi mente. No puede ser. Se han equivocado. La identidad equivocada es algo que pasa todo el tiempo. No hay manera de que Riley esté... ¿Y piensan que yo soy el responsable?

Un estruendo ensordecedor viene de algún lugar fuera de la sala de interrogatorios, resonando en las paredes desnudas y frías. Es demasiado familiar. Siento como si me hubieran catapultado de vuelta a mi pasado, cuando pasé demasiado tiempo en comisarías, celdas y habitaciones como esta. Y después de tantos años trabajando para no terminar aquí de nuevo, puedo sentir esa vieja sensación de desesperación arrastrándose sobre mí. Esa oscuridad pesada y asfixiante que solía envolverme como una camisa de fuerza.

Las palabras de Aiden vuelven a mí. No fue el primero en sugerir que nunca podría escapar de mi pasado. Luché contra ellos con fuerza. Juré que estaban equivocados, porque moriría antes de volver a esa vida antigua, esa vida en la que no era nada y no significaba nada para nadie. No me creyeron, porque nunca vivieron lo que yo viví. No tenían idea de lo mal que llegó a estar, y que eso sería razón más que suficiente para que cualquiera se agarrara a su billete de salida y no lo soltara por nada del mundo.

Pero ahora estoy mirando un espejo bidireccional, esposado a una puta mesa de mierda, con una acusación de asesinato sobre mí.

¡Asesinato!

—¿Sigues sin querer café? —Davies, el detective, pregunta mientras entra y toma asiento frente a mí. Su voluminosa barriga mueve la mesa cuando se hunde en su silla.

Lo fulmino con la mirada. No digo nada.

—Ha sido una noche larga —dice con un suspiro pesado, y golpea una carpeta marrón en el centro de la mesa. —Si dependiera de mí, nos saltaríamos esta parte. Vaya, me saltaría todas las partes y te metería directamente en máxima seguridad.

—¿Cómo que te saltaste la parte en la que puedo llamar a mi abogado? —pregunto.

Tengo los puños apretados, lo que hace que mis muñecas se tensen dolorosamente contra las esposas apretadas. Pero es un dolor que bienvenido sea. Como estar en la jaula, cuando el dolor es bueno porque significa que no estoy muerto.

Davies se burla y se reclina en su silla. —¿Para qué quieres un abogado? Sigues diciendo que no lo hiciste.

—Y, sin embargo, ustedes, idiotas, me han tenido aquí durante horas sin decir una sola palabra. ¿Cuál es el juego? ¿Creen que voy a confesar que maté al hermano de mi mejor amiga?

Quiero a Gemma. Necesito hablar con ella. Ni siquiera puedo imaginar por lo que están pasando ella y Aiden ahora mismo. Y si estoy aquí, eso significa que los han traído por la teoría de Davies de que yo soy el tipo que lo hizo. Dios. Preferiría recibir mil nocautes de Stash antes que la idea de que Gemma esté allá afuera, pensando que maté a Riley.

Stash.

La ira dentro de mí comienza a hervir. Puedo sentir mi sangre latiendo en mis oídos. Él tiene que ser el que está detrás de esto.

—No necesitamos una confesión —dice Davies, con una sonrisa presumida que levanta las comisuras de su boca. Parece relajado, como si tuviera esto bajo control. He visto esa expresión en las caras de tantos policías antes—. Tenemos todo lo que necesitamos para meterte en la cárcel por mucho tiempo justo aquí —da un golpecito en la carpeta con su dedo índice.

¿Pruebas? No he visto a Riley desde la pelea con Stash, y eso fue solo mirándolo desde dentro de la jaula. ¿Qué podrían tener contra mí para convertirme en un mejor sospecho que la persona que realmente lo amenazó?

Mis ojos pasan de la carpeta al rostro de Davies, pero no digo nada. No me muevo. Apenas respiro.

—¿No? —pregunta—. ¿Todavía no sientes la necesidad de defenderte?

Aprieto la mandíbula con fuerza y hablo entre dientes. —No hay nada que defender.

Abre la carpeta para revelar un montón de fotos de la escena, que afortunadamente están oscurecidas por unas bolsas de evidencias. No quiero mirar, pero por supuesto que miro. Y mi corazón se hunde cuando saca la primera bolsa de la pila.

—¿Reconoces esto? —pregunta.

Trago saliva con dificultad.

—Esta es una pieza muy única. Parece hecha a medida. ¿Debería sacarla para que puedas verla más de cerca?

Pero no respondo. Porque no necesito ver más de cerca el medallón que no se ha separado de mi cuello desde el día en que mi consejero me lo dio hace tantos años.

—Tenemos declaraciones de testigos que confirman que es tuyo —dice—. Y estas... —saca unas cuantas de mis fotos promocionales de debajo de las bolsas de evidencias. Estoy usando el collar en todas

ellas—. Todavía tenemos que hacer las pruebas forenses, pero claramente muestra signos de que fue arrancado del cuello de quien lo llevaba. Posiblemente en una pelea.

Lo miro entonces, incapaz de disimular el horror impactado que siento.

—Si tan solo quien lo llevaba hubiera pensado en revisar el cuerpo antes de salir corriendo en la noche.

Mi cerebro se siente confuso y aturdido. —Lo perdí —digo, encontrando difícil hilar las palabras que desfilan por mi mente.

—Sí, y lo encontramos por ti. En el cuerpo del tipo que mataste anoche.

—No. —Sacudo la cabeza violentamente—. No. Fue antes de eso. Yo...

—Oh, ¿quieres decir que todavía estás ocupado inventando una historia que pruebe que no lo mataste?

Golpeo mis puños sobre la mesa. El metal chirría y choca. Davies no se inmuta.

—¡No maté a nadie, maldita sea! ¿No ves que esto es un montaje?

—¿Así que ahora has sido enmarcado? —Davies se ríe—. Esto va a ser bueno.

Luego se reclina en su silla y cruza los brazos sobre el pecho. La furia que recorre mi cuerpo ahora mismo es suficiente para liberarme de estas esposas, saltar sobre esta mesa y borrar esa estúpida expresión de su rostro. Pero no hago eso. He estado en el sistema suficientes veces como para saber cuándo presionar y qué tanto. Sé que no estoy en posición de ser arrogante, especialmente con este tipo. Así que, en lugar de perder el control, cierro los ojos y respiro hondo y lento. Puedo sentir la mirada del detective quemándome, pero no abro los ojos hasta después de contar hasta diez, cuando he exhalado completamente.

Davies me estudia con curiosidad. Supongo que es porque no perdí los estribos como él esperaba. Bueno, no me arrepiento de decepcionar, porque no hay forma de que me culpen por esto. Y por más destrozado que esté por Riley, tengo que centrarme en limpiar mi nombre. El duelo puede esperar. Lo primero que tengo que hacer ahora es hacerle ver que Stash es el que debería estar esposado a esta mesa, no yo.

—Mira, conoces a Stash Lombardi, ¿verdad? —pregunto.

—¿El otro tipo al que intentaste matar? —responde, sin perder el ritmo.

Muerdo el interior de mi labio, me tomo un segundo y vuelvo a intentarlo. —Antes de la Arena, hubo otra pelea.

—Sí, la pelea ilegal en la calle donde evadiste a la policía.

Dios, todo se está acumulando en mi contra, y empieza a parecer que no tengo ninguna oportunidad. Davies, como todos los demás, ya tiene una opinión formada sobre mí. Y mi comportamiento reciente solo confirma lo que ya piensan. Pero no estoy dispuesto a tirar la toalla todavía. Tiene que haber una manera de hacerles entender cómo son realmente las cosas.

—Sé que parece mal —digo, manteniendo la voz calmada y uniforme—. Pero...

—Déjame adivinar... ¿Pero no es lo que parece? —Esboza una sonrisa engreída.

Sí, lo ha escuchado todo antes, y sabe exactamente hacia dónde voy con esto. Pero la diferencia aquí es que estoy diciendo la maldita verdad. Quiero gritar, romper cosas.

—Ahí fue donde perdí mi collar. La pelea con Stash —digo. Tengo que ignorar todos los impulsos de enfurecerme, o arriesgarme a que la verdad suene como una historia conveniente que inventé para salvarme el culo.

—Entonces, estás diciendo... —Me mira con las cejas levantadas, esperando a que continúe.

—Estoy diciendo que él debe haberlo plantado. Para inculparme. Stash es al que buscas por esto. Yo nunca podría matar...

—Pasaste tres años en prisión por agresión agravada —interrumpe Davies—. Lo cual fue un golpe de suerte, gracias a los médicos que salvaron su vida, o ese habría sido alguien a quien mataste. Me clava una mirada helada. No está dispuesto a dejarse persuadir—. Hace unas noches, un equipo de personas tuvo que arrastrarte lejos de tu oponente, que estaba apenas consciente mientras seguías golpeándolo. Si no lo hubieran hecho, habría sido otra persona a la que mataste. Estoy detectando un patrón aquí, ¿y tú?

—El hecho de que esos dos incidentes estén separados por más de una década no importa. Eso no es un patrón, es una excusa a la que te aferras porque me hace quedar bien para este caso de asesinato, ¿que tienes tanta prisa por resolver!

—No tengo prisa —dice—. Simplemente tengo un caso cerrado, eso es todo.

—Tienes mi collar. No puedes encarcelarme solo por eso, y lo sabes.

Davies asiente solemnemente. Pero puedo decir que es fingido. Está demasiado seguro para alguien que no tiene nada en contra mía, y no puedo evitar preguntarme qué demonios es. ¿Qué podrían tener que me convierte en la mejor opción para esto?

—Tienes razón —dice entonces—. Pero no solo tenemos tu collar.

Aquí viene. Me preparo en mi silla, tenso por la expectación.

Su silla chirría fuerte cuando Davies se levanta de la mesa y se inclina para acercarse más a mí. —La gente te vio discutiendo con el fallecido en tu gimnasio. Incluso hay una grabación —dice.

Mierda. El día en que perdí los estribos con Riley mientras ese periodista estaba allí, acosándome.

—Luego está el motivo...

Sí. Motivo. Me lanzo sobre esto sin dudar.

—Es el hermano de mi mejor amigo. ¿Qué motivo podría tener para hacer algo así? Nunca le haría eso a Aiden. Nunca...

—¿Nunca qué? ¿Enfadarte tanto, perder los estribos y terminar matando al tipo que te dijo que te alejaras de su hermana con la que has estado follando?

Me quedo mudo, porque solo podría saber eso si ha hablado con Aiden.

—Vamos —dice Davies, retrocediendo de nuevo. Empieza a caminar a lo largo de la mesa frente a mí—. Tenemos tu pasado violento, tu historial previo, los ejemplos muy recientes de cómo luchas con tu temperamento hasta el punto de poner en peligro la vida de las personas... —Se detiene y se vuelve hacia mí, mirándome fijamente—. Y luego está la evidencia física real que te coloca en la escena.

Se ve tan satisfecho consigo mismo que podría estrangularlo aquí y ahora.

—Hay cámaras en mi hotel —digo, y tiemblo de rabia. Tiemblo por el esfuerzo que me cuesta contenerlo todo—. Si las revisas, verás que no salí anoche.

—Apuesta tu culo a que estamos revisando esas cintas —dice, caminando hacia la puerta—. Mi equipo está trabajando en asegurarlas mientras hablamos.

Sale, cerrando la puerta de golpe.

GEMMA

Dos días fue todo lo que pude aguantar en esa casa. Le inventé una excusa sobre la campaña a Aiden porque no tuve el valor de decirle la verdad. Es demasiado doloroso permanecer en ese espacio cuando todo lo que miro me recuerda a Riley. Y cuando aparto la mirada, es para enfrentarme a mi otro hermano. Destrozado, abrumado por el dolor, perdido. Para cuando Aiden finalmente se durmió llorando anoche, sentía como si me hubiera atropellado un autobús que luego dio marcha atrás para arrollarme de nuevo.

Al entrar en el aparcamiento de la oficina de la campaña, me siento vacía. No hay nada dentro de mí, y el agotamiento que siento va más allá de lo físico. Aun así, mientras saco las llaves del contacto y salgo del coche, soy consciente de cómo ese peso mortífero en mi pecho se alivia un poquito, porque al entrar en ese edificio, no tendré que pensar en nada más que en el trabajo. Allí no hay hermanos muertos, ni hermanos que no dejan de llorar. Tampoco hay mejores amigos que me miran raro porque no lloro y aún no he derramado una sola lágrima por esta terrible tragedia que nos ha golpeado. Pero sobre todo, no está Dax.

—¿Qué tiene que decir sobre el arresto de Dax por el asesinato de su hermano?

Parpadeo sin entender hacia el micrófono que me han apuntado a la cara. —¿Q-qué?

—¿Cree que su amante es culpable?

De repente hay un montón de micrófonos. Retrocedo un paso y me doy cuenta de que estaba tan aturdida que he caminado directamente hacia un asalto de prensa. Cámaras de noticias y periodistas voraces me rodean. Miro hacia la puerta de mi edificio, a solo unos metros. Así de cerca estaba de mi burbuja. De bloquear todo y a todos los relacionado con Riley.

—Gemma, ¿su relación con Dax Daytona es seria?

—¿Dax mató a su hermano?

—¿Cómo se siente al salir con un asesino?

Me abro paso entre la multitud y obligo a mis pies a seguir avanzando. Me rodean, lanzando pregunta tras pregunta mientras se apresuran para mantenerse al ritmo.

—¿Cuándo empezaron a salir usted y Dax?

—¿El alcalde sabe que su novio es un asesino?

—¿Cree que su conexión con un asesino afectará la campaña del alcalde?

Es una lucha llegar a la puerta con todos ellos amontonándose frente a ella para tratar de bloqueármela. Finalmente, doy un fuerte tirón al mismo tiempo que alguien empuja desde dentro, y me cuelo por el pequeño hueco. Sin aliento, con la mente dando vueltas, me tomo un segundo para recuperarme antes de girarme y ver a Chris.

—Te vi llegar desde la ventana —dice—. Vine lo más rápido que pude.

Asiento en señal de agradecimiento, pero no puedo mirarlo a los ojos. Una increíble sensación de vergüenza se ha apoderado de mí, y no sé qué hacer con ella.

—¿Estás bien? —pregunta, con voz llena de genuina preocupación.

Esta vez no puedo asentir, porque nunca he estado peor en mi vida. Y, curiosamente, con Chris me siento lo suficientemente segura como para enfrentarme a eso.

Él pone una mano reconfortante en mi hombro y dice: —Olvídate de esos imbéciles.

Realmente desearía poder hacer lo que dice, pero son un grupo imposible de olvidar. A juzgar por sus preguntas, las noticias sobre Dax y yo han salido a la luz, así que, por supuesto, van a aprovecharlo al máximo. Un novio asesino. Esa dramática elección de palabras se convierte en un nudo enfermizo que se hunde en el fondo de mi estómago. Nunca he tenido ni una multa de tráfico en mi vida, y ahora estoy aquí, siendo la amante del hombre detenido por matar a mi hermano. Ni Jerry Springer habría podido idear un programa mejor.

—Te ofrecería un café, pero no quiero empeorar tu día.

Aprecio su intento de aligerar el ambiente y le ofrezco una sonrisa. Aunque no hay mucho en ella. Aun así, Chris es realmente encantador con todo esto. Rodea mis hombros con su brazo y comenzamos el largo camino a Comunicaciones. La gente deja lo que está haciendo para mirarnos mientras pasamos, pero a estas alturas ya me da igual.

—Escuché tu mensaje de voz —digo—. Siento no haber contestado cuando llamaste, pero...

—No esperaba que lo hicieras. Solo quería que supieras que estoy aquí si necesitas algo.

—Gracias. Por eso, y por salvarme ahora mismo.

Me da otra palmadita en el hombro.

La vida es muy graciosa a veces. He tenido a las personas más cercanas —Aiden y Kate— apoyándome desde que Riley murió. Pero es este tipo con caftán, a quien apenas conozco, quien me hace sentir que no estoy sola por primera vez desde que sucedió.

—Nada de esto parece real —digo, con una voz que suena como la de una adolescente tímida. Pero no me asusta, porque sé que él no le dará más importancia de la que tiene.

—Probablemente sea así durante un tiempo, si tuviera que adivinar —dice, mientras su brazo sigue rodeándome y me da un apretón tranquilizador—. Pero no tienes que hacer nada más que pasar de aquí hasta allí. Recuerda eso. La gente va a acercarse a ti, hacer demandas, tener expectativas... de aquí hasta allí, eso es todo. Te vas a enfermar si intentas hacer más.

Me detengo justo cuando giramos hacia el pasillo que lleva a nuestra oficina. —Parece que sabes de lo que hablas.

Él retira el brazo de mi alrededor, baja la mirada al suelo y asiente en silencio. —La vida, tío. ¿Qué vas a hacer? —dice encogiéndose de hombros.

—Pasar de aquí hasta allí —repito. Él levanta la cabeza rápidamente, y esta vez cuando le sonrío, es genuina.

El momento es fugaz, pero gracias a su naturaleza surrealista, soy plenamente consciente del vínculo que se ha creado entre nosotros, haciéndonos amigos para toda la vida.

—Gemma...

Chris y yo nos giramos hacia el extremo equivocado del pasillo —el extremo del que Reed me advirtió que me mantuviera alejada— y encontramos a Reed misma en la puerta de la oficina de Dick Ross. Su rostro no revela nada, excepto que es un día como cualquier otro.

—Necesito verte un momento —dice, y desaparece en la oficina.

Miro la puerta vacía, confundida por prácticamente todo en esa solicitud. ¿Qué está haciendo allí? ¿Por qué quiere verme allí y no en nuestra propia oficina? Y, por enésima vez, ¿quién demonios es Dick Ross?

—No puedo ayudarte —murmura Chris casi para sí mismo, como si leyera mi mente—. Llevo en este equipo desde la primera campaña del alcalde, y nunca me han llamado al final del pasillo.

Genial. Esto no me hace sentir mejor.

—¿Sabes quién es? —pregunto, rompiendo una de las reglas de Reed. Pero espero que valga la pena.

Chris niega con la cabeza. —Intenté buscarlo en Google una vez.

Me siento tonta por no haber pensado en hacerlo yo misma hace mucho tiempo. —¿Y? ¿Qué encontraste?

—O vas a cruzar esa puerta y verás a un director de cine muerto, o a un rapero muy famoso.

—Vaya, gracias.

—Mejor no los hagas esperar —dice, y se quita un sombrero imaginario antes de continuar su camino por el pasillo.

Cuando entro en la oficina prohibida, no me encuentro con un director muerto ni con un rapero. Es solo Reed. Literalmente. La habitación está completamente vacía, aparte de las alfombras baratas que cubren todo el lugar.

—Por favor, cierra la puerta —dice.

Mientras la cierro, hago una última comprobación para asegurarme de que no me imaginé la placa con el nombre. No lo hice. Definitivamente está marcada como la oficina de Dick Ross.

—¿Está todo bien? —pregunto, acercándome a donde está de pie junto a la ventana.

—Siento lo de tu hermano, pero vamos a tener que despedirte.

Las sílabas más largas que la he oído pronunciar de una vez, y es para ofrecer condolencias, y luego despedirme.

—Yo... no lo entiendo —digo—. Puedo hacer el trabajo. Sé que es muy pronto después de...

—Ese no es el motivo por el que lo hacemos.

—Reed, por favor, lo necesito.

—Tu hermano fue asesinado —dice, y el tono directo de su voz es como una bofetada en plena cara.

—Eh, sí, eso es correcto —respondo. ¿Qué más se supone que debo decir a eso?

—El asesinato es un tipo de muerte difícil de gestionar en una campaña de reelección.

Ah, empiezo a entender. Esto no se trata de que yo necesite tiempo y espacio para llorar a mi hermano. Para nada.

—Siento que la muerte de mi hermano resulte inconveniente para la campaña —digo, incapaz de contener la ironía. No puedo creer que esté haciéndolo esto.

—Si fuera solo el asesinato, podríamos haber intentado integrarlo en la propuesta del alcalde para limpiar las calles. Pero no es solo el asesinato —me fija con otra de sus expresiones inescrutables, su rostro como una fortaleza impenetrable frente a lo que esté ocurriendo en su cabeza.

—¿Entonces qué es? —Pero sé la respuesta en el mismo instante en que hago la pregunta.

—Tu asociación directa con el presunto asesino. No hay forma de que podamos aprovechar algo así a nuestro favor.

Ahí está. Dax. Él es la razón por la que necesitan que me aparte de la campaña. No debería sentirme tan descolocada, en realidad. Tiene todo el sentido del mundo. Aunque eso no lo hace menos doloroso.

—¿Es todo? —pregunto, decidida a no mostrar nada de la tormenta emocional que está ocurriendo dentro de mí en este mismo instante.

—Tu trabajo ha sido bueno y sentimos perderte. Pero—

—Yo misma saldré —digo, antes de que pueda continuar con sus débiles intentos de hacerme sentir mejor.

—Gemma, la campaña va primero —me llama Reed—. Tienes que entenderlo.

Me detengo en la puerta, dándole la espalda, sintiendo como si el tronco vacío de mi cuerpo hubiera sido cortado en un millón de pedazos. Mi respiración es pesada y profunda, y cada inhalación es una confirmación de que todavía estoy aquí, aunque no lo sienta así.

—¿Quién es Dick Ross? —pregunto y me doy la vuelta para mirarla.

Su rostro permanece inmutable. —Yo soy.

Muevo la cabeza incrédula. Aquí hay otra persona que no es quien dice ser. ¿Cuántas de esas puedo tener en mi vida? ¿Qué se necesita para que alguien exija la confianza de otra persona, cuando saben perfectamente que todo lo que están haciendo es manipularla?

—De verdad siento lo de tu hermano —dice.

—Vete al infierno.

Me doy la vuelta y salgo tan rápido que el lugar y sus personas son como un borrón en mi visión periférica. Ni siquiera me detengo a pensar si habrá más reporteros esperando fuera del edificio, listos para abalanzarse sobre mí en cuanto salga. Ya no me importa. Nada

de eso. Excepto Chris. Cuando finalmente llego a mi coche, estoy triste por no haber tenido la oportunidad de despedirme de él.

Me alivia encontrar que estoy sola cuando llego a casa, y me encierro en mi habitación antes de que eso cambie. Mi dormitorio de la infancia siempre ha sido una especie de santuario para mí, pero mientras me arrebujó en la cama, completamente vestida y exhausta, se siente como un vasto reino de vacío. Hace unas semanas, estaba empezando el resto de mi vida. La universidad acabada, unas vacaciones geniales planeadas, y nada en mi mente excepto divertirme. Mis ojos se posan en la foto de mis hermanos y yo en la mesilla de noche, y un dolor terrible aprieta fuerte mi corazón.

Se suponía que esto sería divertido.

Una sensación cálida comienza detrás de mis ojos, y de repente hay un aguijón de lágrimas calientes. Un sollozo doloroso sale de las profundidades de mi pecho, y jadeo al escucharlo. Porque no sueno en absoluto como yo, sino más bien como un animal herido. Las lágrimas ahora corren por mis mejillas, y finalmente me dejo llevar. Estoy tan cansada de aguantar y mantener la compostura que cuando me rindo, toda la tensión en mi cuerpo se disuelve. Es como si me estuviera hundiendo más y más en la cama. En la nada.

—Dax —su nombre sale de mi boca en un susurro tembloroso y aterrorizado que sacude mi cuerpo con nuevos sollozos.

No puede ser él. No puede ser. No él. No puedo pensar que las mismas manos que me amaron tan apasionadamente, tan gentilmente, fueron las mismas que arrebataron la vida de mi hermano. ¿Cuántas veces he mirado a los ojos de Dax? Nunca había un asesino allí. Ni una sola vez. Sé de su temperamento, pero si eso fuera suficiente para hacer a alguien un asesino, entonces el mundo estaría en muchos más problemas.

Y sin embargo—

Por muy fuerte que me sienta sobre la inocencia de Dax, no puedo dejar de volver a la noche en que sucedió. Fui a encontrarme con Aiden, y en medio de las noticias desgarradoras de lo que le pasó a Riley, el detective sacó el collar de Dax. Si perder a Riley me mató, ver ese medallón colgando de los dedos del detective me mató de nuevo. Y mientras encajaba las piezas del rompecabezas de su caso para Aiden y para mí, sentí como si la tierra se moviera bajo mis pies. Como si todo lo que sabía sobre cualquier cosa estuviera equivocado, y yo fuera una tonta por creerlo de todos modos. Kate tenía razón. Debería haberme subido a ese avión a Hawái cuando tuve la oportunidad.

Mi teléfono vibra en la mesilla de noche junto a mí. Entierro mi cara en la almohada, empapándola instantáneamente con mis lágrimas. No es Riley, así que no tengo interés en revisar el mensaje. Desearía poder hablar con él de nuevo. La última vez que hablamos fue la peor manera de dejar las cosas entre nosotros, discutiendo sobre tonterías que ya no importan. Quiero decirle que lo quiero. Quiero preguntarle qué diablos salió mal. Y este es el dolor que más duele. No que se haya ido, sino que no puedo tenerlo de vuelta.

Si tan solo apareciera ante mí ahora mismo y me dijera la verdad sobre todo esto. Esta batalla de emociones me está destrozando por dentro, y sé que explotaré si no lo resuelvo. Sé que Dax no es un asesino, y especialmente no haría nada para lastimar a mi familia. Pero también sé que la evidencia que tienen en su contra es abrumadora. Hay una cosa más que sé, y me aterra profundamente. Abrazo mis rodillas con fuerza contra el pecho y trabajo para ralentizar mi respiración. Las lágrimas también se ralentizan. Y cuanto más pienso en ello, más seguro estoy de que es lo correcto, sin importar cuánto me asuste.

Tengo que hablar con Dax.

DAX

Era un niño la última vez que fingí estar dormido en mi litera para que nadie me molestara. La verdad es que no he dormido en días. Además de la oscuridad constante que gira en mi cabeza, el vacío resonante de la prisión es inescapable. Gritos que continúan durante la noche, el sonido metálico de las puertas cerrándose y abriéndose, puños desnudos golpeando carne vulnerable. Es espeluznante y absorbente, y nunca, nunca termina.

—Oye, Daytona.

Recibo una patada en mi litera y abro los ojos para ver a Gandalf de pie sobre mí. Al menos, ese es el nombre que usa aquí. Es asombrosamente alto, anciano y tiene una barba blanca desaliñada. La cabeza completamente calva parece fuera de lugar, pero el resto encaja. Con todo lo que está saliendo tan horriblemente mal en mi vida, al menos tuve la suerte de compartir litera con un tipo decente.

—Tienes que escuchar esto —dice, y me tiende su pequeña radio portátil.

Me incorporo apoyándome en un codo. —¿Qué es?

He estado evitando activamente las noticias desde que llegué aquí. No hay nada fuera de estos muros que me interese, y sé que solo me deprimirá más escucharlo. Pero él es insistente.

—Solo tómallo —dice, y deja caer la radio con sus auriculares enredados a mi lado antes de subir a su litera sobre la mía.

Espero hasta que los crujidos se detienen y él se ha acomodado antes de ponerme uno de los auriculares en la oreja. Es el único que funciona, y Gandalf no cree que valga la pena gastar dinero en reemplazarlos cuando solo necesitas uno de todos modos. No es como si alguien aquí estuviera priorizando un sonido envolvente de calidad.

La voz de Andy Blankenberg me llega. La reconozco al instante. Es un locutor de radio bastante popular con una obsesión particular por el UFC. De hecho, mi gimnasio ha alojado su programa un par de veces. Siempre funcionó genial para atraer gente y fue publicidad gratuita para mí.

Me recuesto en mi litera, con un brazo bajo la cabeza mientras empiezo a preguntarme si la vida en la que estoy pensando volverá a ser mía alguna vez. Es entonces cuando escucho otra voz que reconozco, y me golpea como una tonelada de ladrillos. El programa de Andy trata sobre la pelea. Y Menéndez es su invitado.

—No estoy diciendo que vaya a suceder —dice Andy—. Lo que pregunto es esto: si sale, ¿aún lucharías contra él?

—No —no hay vacilación por parte de Menéndez. Aprieto la mandíbula hasta que me duele—. Alguien como Daytona, ni siquiera puedo llamarlo hombre. Alguien así no merece una oportunidad en mi título. O en cualquier título, para el caso.

—Esa es... esa es una gran declaración —Andy está claramente sorprendido, pero puedo escuchar en su voz que también está disfrutando esta entrevista. No hay nada como un buen intercambio de palabras para impulsar las audiencias. Combinado con el

escándalo que me rodea y este caso de asesinato, estoy seguro de que los ingresos de su programa están disparándose.

—Sí, bueno —dice Menéndez—. El asesinato es algo grande.

—Oye, ahora... aún no han probado nada —Andy se apresura a intervenir aquí. Una parte de mí aprecia el hecho de que el respeto entre nosotros fuera más que profesional—. Creo que deberíamos dejar los juicios al jurado.

—Yo y el mundo no necesitamos un jurado para decirnos lo que sabemos. Tú eres un hombre del UFC —dice Menéndez—. ¿Crees que hay un lugar en este deporte para alguien como él?

Andy suelta una risa nerviosa. No le gusta ser puesto en aprietos. —Tú eres el entrevistado aquí, no yo —dice, tratando de llevar el programa de vuelta al tema.

—Es una pregunta inofensiva.

—Tengo una pregunta inofensiva para ti —dice, desviando la conversación una vez más—. ¿Tienes a alguien en mente ahora que la pelea con Daytona ha sido cancelada? Cuéntanos qué sigue para Menéndez ahora que está en la cima del mundo. Pinta un cuadro.

Arranco el auricular de mi oreja y arrojo la radio a mis pies al fondo de la litera. Mis orejas laten con la presión que se acumula en mi cabeza. La ira ciega que me impulsó durante tantos años, puedo sentirla pulsando en el fondo, suplicando ser liberada.

...no necesitamos un jurado para decirnos lo que sabemos...

Todos piensan que lo hice. Piensan que soy culpable de asesinato. Y mientras que hace unos minutos estaba jugando con la idea de cómo recuperar mi vida, ahora sé que no sucederá. No hay forma de que me acepten de vuelta en el UFC. He perdido todo. Mi vida, mi gente.

Una imagen de Aiden aparece en mi mente, y en ese mismo momento, un dolor agudo se extiende por mi pecho. No puedo

imaginar por lo que estará pasando. Perder a su hermano gemelo y luego ser llevado a creer que fue su mejor amigo quien lo hizo. Espero a Dios que no lo crea. Espero que las personas que me importan me conozcan lo suficientemente bien como para aguantar hasta que todo esto se aclare. Aiden, mis padres... Gemma.

El aire se me escapa de los pulmones bajo el peso de todo. La idea de que la mujer de la que me estoy enamorando esté ahí fuera, pensando lo peor de mí... ¡Qué dolor debe estar sintiendo ahora! Estoy aquí tirado en esta litera, preocupándome por mi carrera, cuando su vida entera ha sido dada vuelta. Dios, desearía que estuviera aquí. No, desearía estar allí. Quiero mirarla a los ojos cuando le diga la verdad para poder ver el momento en que ocurre. El momento en que me cree. En cambio, tengo que conformarme con estar atrapado aquí mientras ella y todos los demás son presa de lo que digan los periódicos.

—No te estás enrollando ese cable alrededor del cuello, ¿verdad? — La voz de Gandalf llega hasta mí.— Es el único par que tengo.

—Va a hacer falta más que la muerte para conseguirlo —digo. Y me sorprende lo mucho que esas palabras significan para mí.

Quizás Stash tenía razón todo este tiempo. Intenté escapar de mi pasado, pero siempre me alcanzaba, hasta el punto en que todo mi esfuerzo no significó nada y perdí todo de todas formas. Todo, y posiblemente a todos.

—Daytona. —Un guardia corpulento aparece en la celda y saca sus llaves.

—Les ha costado lo suyo —comenta Gandalf.

Mi cuerpo y mi mente están entumecidos mientras paso por el proceso de liberación, mirando ciegamente al guardia mientras me explica cómo funciona el brazalete de tobillo. Las condiciones de mi fianza me mantienen bajo arresto domiciliario en casa de mis padres

en Summerlin North. Se me permite estar en la casa, en el jardín y asistir al juicio cuando sea necesario.

Mi madre me abraza con fuerza en cuanto pongo un pie en la puerta. Se queda así más tiempo del necesario, como hace con todos sus abrazos. Pero esta vez puedo sentir la desesperación saliendo de sus poros. Yo también me agarro. Me agarro con todas mis fuerzas, porque esta es una persona que sé que vivirá y morirá en mi rincón.

—Gracias, mamá —digo, con la voz apagada por su hombro.

Finalmente me suelta y se aparta para mirarme, su rostro brillando con lágrimas. —Esto no es el final, Dax. No lo es.

Asiento en silencio.

—Tengo tu habitación lista. Pero primero... —Entra en el salón y yo la sigo de cerca.

Pero pronto veo hacia dónde me está llevando, y mis pies se quedan paralizados.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Miles, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. Parece que ha dormido incluso menos que yo.

Bien.

—Lo sabrías si no te hubieras ido —digo.

Hace una mueca abiertamente al oír mis palabras, y eso me da más placer del que pensé que sentiría.

Miles niega lentamente con la cabeza. —Lo siento.

—Ha estado ayudando —dice mi madre.— Miles ha llamado a algunos favores para reunir un equipo legal para...

—Ya tengo abogado.

La expresión de mi madre se suaviza, pero su boca forma una línea dura. —¿Por qué no te sientas y hablamos?

No me muevo.

—Déjalo descansar —dice Miles.— Podemos repasar todo durante la cena.

—No te vas a quedar —digo entonces. Puedo sentir la ira comenzando a crecer en mi estómago y extenderse como lava por el resto de mi cuerpo.

—Dax...

—No estabas allí, mamá. Mantente al margen de esto.

Me doy la vuelta y voy hacia las escaleras. Ella viene detrás de mí.

—Dax, espera. —Me tira del brazo para detenerme.— Por aquí. — Señala hacia la habitación de invitados en el patio trasero y me lleva hacia ella.— No preguntes —responde a la mirada de confusión en mi rostro.

—Papá. —Asiento, entendiendo. Conociéndolo, probablemente no se sentía cómodo teniendo a un psicópata asesino en su casa, y menos compartiendo piso con él. Siento una fuerte necesidad de recordarle quién compró la casa de la que ahora es tan protector.

—Lo está pasando realmente mal con todo esto —dice ella.— Y no me estoy disculpando por él, así que no me mires así.

Cambio mi expresión y me siento en el borde de la cama, dejando caer el saco de papel con mis pertenencias a mis pies. Me siento como un invitado en mi propia casa. En mi propia vida, vaya.

—Solo quiero que este tiempo sea lo más tranquilo posible, Dax. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —digo con un suspiro pesado.— Lo entiendo, mamá. Y de verdad, gracias. No tenías que aceptar que me quedara aquí. Lo aprecio.

—Date una ducha y baja a cenar. La última vez que lo comprobé, ¿mi lasaña seguía siendo tu favorita?

Me río suavemente. —Cualquier cosa que no haya sido hecha en una cocina de prisión será el cielo para mí.

Sus ojos se nublan, y me doy cuenta de que fue un error bromear sobre eso tan pronto.

—No voy a perderte de nuevo —dice, con la voz temblorosa.

—No lo harás. Y prometo mantenerme fuera de su camino cuando pueda, si tú prometes mantenerlo alejado de mí.

—Cuando pueda. —Sonríe la sonrisa más triste que he visto en años, y luego se va.

Estoy solo por primera vez en días, y es como si pudiera respirar de nuevo. Me acerco a la puerta corredera que da al patio y la abro. El aire cálido de la tarde susurra a mi alrededor. Respira todo lo que mis pulmones pueden aguantar. Jazmín, madre selva y rosa dulce del jardín. Vida. Nada esterilizado o rancio. Es como un tónico para lo que sea que me haya estado pesando, y me siento notablemente más ligero cuando voy a buscar mi teléfono móvil del saco de papel en el suelo.

Esto lleva tiempo esperándose. He ensayado la conversación una y otra vez en mi cabeza. Todas las noches que no podía dormir en esa celda, era el rostro de Gemma el que me hacía compañía. Y no era un rostro que me odiara, o que pensara que había matado a su hermano. Así que, por mucho que lo tema, sé que tengo que hablar con ella lo antes posible. Tengo que verla.

El interminable tono de llamada atraviesa mi cabeza. Ella está viendo mi nombre en su teléfono, y deliberadamente no responde. Porque piensa que lo hice. Cierro los ojos con fuerza, corto la llamada y lo intento de nuevo. Tengo que dejar de pensar lo peor. Todo lo que hace es volverme loco. Corto la llamada. Lo intento de nuevo. Eventualmente, dejo de intentarlo y tiro el teléfono a la cama. Una

ducha caliente y una buena comida tendrán que bastar por ahora. La llamaré más tarde, y seguiré llamando hasta que conteste. No descansaré hasta que sepa la verdad.

Me quito la ropa y la lanzo al rincón más lejano de la habitación. Si pudiera, la quemaría. Me dirijo a la ducha, pero me doy la vuelta para mirar el teléfono silencioso en medio de la cama. Una oportunidad más. Una más, y me apartaré para darle tiempo a que recapacite. Quizás en una hora esté lista para responder.

Pero no tengo que esperar una hora.

—Hola.

Su voz es como una dulce caricia sobre mi cuerpo desnudo mientras estoy allí, agarrando el teléfono a mi oreja. Estaba tan seguro de que no respondería, que mi mente está completamente en blanco sin nada que decir.

—¿Estás ahí? —pregunta después de un momento de pausa.

—Gemma. —Se siente bien saber que esta vez puede escucharlo mientras digo su nombre en la nada.— No puedo irme. Pero tengo que verte. Por favor.

Suaves sollozos suenan al otro lado del teléfono.

Me rompe el maldito corazón.

GEMMA

Mi corazón late con fuerza en mis oídos mientras me deslizo sigilosamente hacia el jardín trasero. Los terrenos son extensos, por decirlo de alguna manera, y mi destino está al menos a treinta pies de distancia. Me detengo para recuperar el aliento justo bajo una ventana que podría o no ser la sala de juegos. No recuerdo el boceto mental que Dax pintó por teléfono. Pero tenía razón sobre lo de pasar desapercibida. Hasta ahora, al menos.

Siguiendo sus instrucciones, aparqué mi coche al final de la calle. Luego tuve que esperar hasta que oscureciera, y cuando la luz de la ventana de arriba a la izquierda se apagó, tuve que colarme por el césped delantero como una ladrona. No me hizo sentir muy bien, pero sabía que no había forma de entrar por la puerta principal. No se le permiten visitas aparte de su abogado, e incluso si se lo permitieran, no hay manera de que su madre me dejara entrar. Estoy demasiado involucrada en lo que le pasa a su hijo. No me sorprendería que me culpara un poco.

Tomo una respiración profunda y me dirijo hacia el patio cercado a mi derecha. Menos mal que Dax se aloja en la planta baja, porque nunca habría podido escalar el enrejado del lateral de la casa para llegar al segundo piso. Me muevo rápidamente, vigilando las

ventanas que paso por si hay alguien detrás. No hay nadie. Distingo la estrecha puerta de madera que lleva al patio. Estoy cerca.

Ahora siento que mi pecho va a desgarrarse por el frenético tamborileo en su interior. Por un instante fugaz, me pasa por la mente que debería darme la vuelta y salir corriendo. No tengo nada que hacer aquí. ¿Y si la policía tiene razón y Dax es peligroso? ¿Y si me ha atraído aquí para—

La puerta de madera se abre en silencio, y él está allí. Mis pies se detienen, y soy una estatua en medio de su jardín. El corazón me late fuerte, los oídos me zumban, la respiración es rápida y superficial. Pero entonces mis ojos se ajustan a la luz del patio y su silueta se enfoca. Dax. Exactamente igual que cuando lo dejé, quizás con más tristeza en sus ojos. ¿En qué mundo tendría sentido que le tuviera miedo?

Mi cuerpo responde al verlo como si fuera por instinto, y me doy cuenta de que me muevo hacia él. Cuanto más me acerco, más rápido voy, hasta que me esfuerzo por no correr y saltar en sus brazos. Hay demasiadas cosas en el espacio entre nosotros como para que eso suceda. Así que simplemente me quedo allí, mirándolo.

—Me alegro de que hayas venido —dice, manteniendo la voz baja.

Este lugar es tan grande que dudo que alguien pudiera oírnos aunque gritáramos a todo pulmón, pero aprecio la discreción.

Se aparta y me deja entrar. El patio no es más grande que un armario, lo que parece fuera de lugar para una mansión de este tamaño. De alguna manera, es perfecto. Faroles de buen gusto proporcionan una iluminación suave al área, y flores coloridas en las macetas de terracota más bonitas bordean las paredes. Una pequeña fuente de roca con una cascada eleva el ambiente con su sereno murmullo, y en medio de toda la calma hay dos camastros estirados. Me puedo imaginar fácilmente pasando una tarde de pereza leyendo aquí. Aunque, ahora mismo, no puedo evitar sentir el fuerte contraste que este hermoso lugar de quietud dibuja con la

tormenta dentro de mí. Y cuando miro a Dax, es como si estuviera mirando un espejo, porque veo el mismo tipo de tormenta rugiendo en él también.

—¿Cómo estás? —pregunta, extendiendo la mano para tocarme la cara.

Me aparto de su contacto. —¿Cómo crees que estoy?

No estoy segura de qué exactamente liberó la ira que ha estado hirviendo en el fondo de mi estómago, pero ya está hecha.

—Lo siento mucho, Gem. No quería que nada de esto pasara. No puedo imaginar lo que—

—No, no puedes. No hasta que no te arranquen a alguien que amas.

Se queda callado. Los músculos de su mandíbula se tensan visiblemente, incluso con la poca luz.

—Me prometiste que tenías esto bajo control —digo entonces. Y estoy aún más enfadada ahora, porque mi voz tiembla al decirlo, traicionándome en mi momento de vulnerabilidad.

—Te lo juro por Dios, Gemma—

—No. No lo quiero. Las lágrimas calientes me escuecen los ojos, pero no las dejo caer. —No quiero tus disculpas, ni tus explicaciones, ni excusas sobre por qué las cosas resultaron como lo hicieron.

—¿Excusas?

El dolor en sus ojos me atraviesa el corazón y me quita el aliento.

—Dime, Gemma, ¿qué haces aquí entonces, si no quieres escucharme? —pregunta.

Aprieto los labios. No sé por qué estoy aquí. No sé por qué me enfrento a él ni por qué dije las cosas que dije.

Me toma del brazo y me lleva a su habitación. —¿De verdad crees que soy responsable de esto? ¿Que podría hacer lo que están diciendo que hice?

—No sé qué pensar, Dax. De verdad. —Puedo ver lo decepcionado que está al escucharlo. Pero esa es la verdad que pidió. —Te he visto perder los estribos.

Me agarra ambos brazos con sus fuertes manos y me sacude. —Gemma, me conoces. —La desesperación en su voz duele tanto como su agarre. —Me conoces —repite, con la voz temblando al final.

Muevo la cabeza lentamente. —Pensé que sí. —Mi voz es suave y medida. —Pero luego casi matas a Stash en ese ring, y ahora estoy pensando que quizás esa es la persona que eres.

Dax me suelta y comienza a caminar por el patio, pasándose las manos por el cabello. —No puedo creer que esté escuchando esto.

Está furioso, pero sigue manteniendo la voz baja. No sé qué tan cerca o lejos están sus padres, pero sería mejor que yo hiciera lo mismo. Tengo que reprimir cualquier impulso de alterarme por esto.

—Encontraron tu collar en su cuerpo.

—Basta ya con el maldito collar. —Levanta las manos en completa frustración. —Stash es el que está detrás de todo esto, Gemma. Lo ha estado desde el principio.

—¿Por qué toda la evidencia apunta hacia ti?

—¡Porque! —Lo dice en un grito susurrado. —Ni siquiera lo están considerando como sospechoso. Están construyendo este caso para encerrarme a mí. A mí, no a él. Están seleccionando cualquier evidencia que les ayude a hacer eso.

—Ya no sé en qué creer —digo, hundiéndome en la cama. —Lo único que sé es que extraño a mi hermano. —Las lágrimas caen

libremente ahora, y es como si mi corazón fuera una enorme cueva vacía que solo existe para dolerme.

Dax se arrodilla a mis pies y coloca sus manos sobre mis rodillas. Apenas puedo mirarlo a los ojos, están tan llenos de emoción cruda.

—Tu familia ha sido una parte tan importante de mi vida desde que llegué aquí —dice. —Aiden... —Su voz se quiebra y baja la mirada.

Quiero acercarme y rodearlo con mis brazos. Sé el dolor que está sintiendo, y me está matando. Pero no puedo hacer más que quedarme quieta.

—Si supieras por lo que pasé para llegar a donde estoy, sabrías sin duda que nunca... —Levanta la cabeza para mirarme y sus ojos están húmedos. —...que nunca haría nada para poner eso en peligro o lastimar a las personas que amo.

—¿Amas? —¿Oh, Dios? ¿Acaba de pasar eso? ¿Me está diciendo que me ama?

Dax apoya su cabeza en mi regazo y finalmente me permito tocarlo. Lentamente llevo mi mano a su cabello para acariciarlo.

—La vida que tenía era como una larga promoción —dice. —Todo es un espectáculo. Nada de eso era real. —Levanta la cabeza y me mira. —Luego te conocí.

Un escalofrío recorre mi espalda. Mi corazón y mi mente pueden estar confundidos sobre lo que siento, pero mi cuerpo todavía elige desearlo.

—Eres lo único real en medio de toda esta mierda —dice tomando mis manos en las suyas. —Sé que tú también lo sientes.

No sé cómo responder a eso, pero mi silencio es toda la respuesta que necesita. Dax se pone de rodillas y toma mi rostro entre sus manos.

—Dime que me crees —dice, sus ojos quemando a través de mí. Suplicando.

—Quiero creerte, pero hay tantas versiones contradictorias de la misma historia y todo está revuelto en mi cabeza. —Cubro sus manos con las mías, acariciando suavemente su piel con mi pulgar. Si tan solo hubiera alguna cura para esto. Algo que pudiera aliviar nuestro dolor y hacer que las cosas fueran como antes. Pero no la hay, lo que significa que tendremos que resolver esto por nuestra cuenta. —Lo que dije antes lo digo en serio... No sé en qué creer.

—Cree esto —dice, y presiona sus labios contra los míos.

Es aterrador cómo algo tan simple como un beso puede arrebatarme el suelo de los pies. Debería ser algo bueno, un sentimiento feliz, porque sé que nunca me he sentido como me siento cuando estoy con él. Pero Dax Daytona es peligroso. Una bomba de tiempo, lo llamó la prensa no hace mucho. Una que ya ha estallado antes. Ahora me encuentro preguntándome si ha vuelto a suceder, y si mi hermano fue el daño colateral.

Coloco ambas manos sobre su pecho y lo empujo lejos. La confusión en sus ojos es insoportable, así que no lo miro.

—Esto es un error —digo, levantándome de la cama y dirigiéndome hacia la puerta. La brisa nocturna es fresca y reconfortante. Levanto mi rostro hacia ella, tratando de perderme en algo de esa calma. Quiero que se extienda por mí y calme el caos que arde en mi mente. Si solo pudiera apagarlo y dejar de pensar por unos minutos...

Dax se acerca detrás de mí. —No se siente como un error, maldita sea.

Cierro los ojos. Su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia él.

—No hay nada malo en cómo se siente esto —dice. Su voz es cálida y tierna en mi oído.

No puedo discutir con eso. Hay muy pocas cosas en este mundo que anhelo, y su toque está en la cima de esa lista. La sensación de sus fuertes brazos alrededor de mí. Su boca devorando la mía. Me toma un esfuerzo extra salir de su agarre y entrar al patio.

—Es demasiado —digo, con un suspiro pesado. —Mi cabeza siente que va a explotar con todo lo que está pasando allí dentro. Y simplemente no puedo, Dax.

—¿Qué estás diciendo? —Sé lo que estoy diciendo. Puedo verlo en su rostro.

Pero juego el papel de todos modos. Está claro que quiere oírmelo decir en voz alta. —Estoy diciendo que es mejor que no nos veamos más.

Dax niega con vehemencia. —No. Gemma, eso es—

—Es necesario —digo—. ¿Cómo vamos a hacer esto con el caso de Riley y Aiden pendiendo sobre nuestras cabezas? Es una tortura, Dax, y no puedo soportarlo.

Él cierra la distancia entre nosotros y me toma las manos. —¿No lo ves? Lo que tenemos es la única cosa buena en medio de todo lo demás. Si lo dejamos ahora, no quedará nada.

Dax desliza su mano detrás de mi cuello y me atrae hacia otro beso. Este es mucho más urgente que el primero, su boca persuadiendo a la mía para que se abra y lo deje entrar. Sin pensarlo dos veces, lo hago. Y me besa con fuerza y profundidad, hasta que me quedo sin aliento. Cada centímetro de mí está cálido y hormigueante. Deseando.

Apoyando su frente sobre la mía, dice: —No quiero parar. —Me acaricia la mejilla con el pulgar, y me salen escalofríos por toda la piel—. ¿Quieres que lo haga?

Pienso en cómo se sentirá salir de este patio y no volver a verlo o hablar con él nunca más. En no sentir nunca más lo que él me hace

sentir con solo una mirada. Este es un hombre que he deseado durante tantos años, y ahora que por fin lo tengo—

—No —digo, y vuelvo a aplastar mis labios contra los suyos.

Nuestras manos trabajan con premura para deshacerse de las capas de ropa que nos separan. Tenemos tiempo, pero también tengo esta hiperconciencia de que nuestro tiempo se ha acabado. Eso hace que cada beso, cada toque, sea aún más urgente.

Dax tropieza torpemente hacia una de las tumbonas, intentando moverse sin soltar mi boca. Con las manos en mi cintura, se deja caer y me lleva con él. Me posiciono encima de él, con las piernas a cada lado de la tumbona. Ya está creciendo duro debajo de mí, y me froto contra él. Él deja escapar un gemido áspero y tira de mi labio inferior con fuerza entre sus dientes.

Por primera vez en días, mi cerebro está completamente presente y concentrado en una cosa: lo que estoy haciendo está mal. Debería haberme ido de aquí antes de que las cosas se salieran de control, pero ahora estoy yendo por un camino que solo puede significar más dolor para ambos. Por otro lado, cada célula de mi cuerpo está de acuerdo con la necesidad primitiva que tengo de Dax. Tengo que sentirlo dentro de mí. Tengo que recordar cómo se siente y cómo me hace sentir. En otra vida, podría haber amado a este hombre para siempre. Así que no me importa si está mal, voy a tomar lo que es mío por el tiempo que lo tenga.

Arqueo la espalda y le dejo prestar atención a cada uno de mis pechos por turno. Amasando, succionando, lentamente pero con seguridad llevándome al borde del clímax. Con las manos enterradas en su cabello, levanto su rostro para poder besarlos de nuevo. Estoy lista para devorarlo y dejarlo completamente arruinado para cualquiera que venga después de mí. Si así va a terminar, necesito que termine de una vez.

Dax arquea las caderas, y no puedo evitar gemir ante el repentino latido que comienza en mi clítoris. Él es como el maestro de títeres

definitivo cuando se trata de hacer que mi cuerpo haga su voluntad. Me froto con más fuerza, rozándome a lo largo de su miembro. Está tan duro, su pene presiona contra su vientre. Ya sé cómo se va a sentir cuando lo meta dentro, y no puedo esperar.

Con una mano agarrando el respaldo de la tumbona, uso la otra para guiarlo hacia mi entrada. Estoy tan mojada que cubre también mi propia mano. Deslizo la punta de su pene justo dentro antes de colocar mis manos planas sobre su pecho para estabilizarme. Dax echa la cabeza hacia atrás, respirando con dificultad, los ojos cerrados. Está luchando contra el impulso de empujar en lugar de esperar a que yo tome el control. La sensación de poder es nueva y sorprendentemente excitante. Tanto que, para cuando bajo, mis paredes ya se están contrayendo a su alrededor.

Él traga un gemido y usa ambas manos para empujarme aún más abajo mientras empiezo a montarlo. Moviendo las caderas, me muevo adelante y atrás en un ritmo constante. Está tan profundo dentro de mí y tan jodidamente duro que cada vez que su pene roza mi clítoris hinchado, tengo que gemir en voz alta.

—Shhh —dice, llevando mi rostro hacia el suyo para ahogar mis gritos con besos.

La nueva inclinación de mis caderas hace que alcance un punto dulce diferente, y me encuentro acelerando el ritmo para provocarlo. Nos separamos, sin aliento, y Dax entierra su rostro en mi pecho. El calor de su boca allí y el creciente calor en mi núcleo comienzan a pulsar y extenderse por mí como olas de lava fundida. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo monto con fuerza, la tumbona rozando el suelo mientras cede a mis movimientos.

—Oh, joder, me estoy viniendo, me estoy viniendo.

Clavo mis uñas en su espalda, ya sin control. Esta ola me está montando ahora. Siento que se acumula, se hincha, sube tan alto solo para estrellarse contra mí. Grito. Una y otra vez, mi clímax me atraviesa y convierte mi cuerpo en un tembloroso desastre encima

de Dax. Su agarre se tensa, y lo siento tensarse debajo de mí mientras un gemido ahogado sale de él. Juntos intentamos recuperar el aliento, temblando con los restos de nuestra pasión. Sus dedos acarician suavemente mi espalda, y tampoco puedo soltarlo todavía.

—Voy a limpiar mi nombre —dice, todavía respirando con dificultad—. Vamos a superar esto, y entonces podremos estar juntos.

Sonríó suavemente y beso su mejilla mientras me levanto de él para recoger mi ropa. Él realmente cree lo que acaba de decir, y no tengo el corazón para reventar esa burbuja ahora. Tengo que confiar en que, después de que pase suficiente tiempo, Dax se dará cuenta de que esto no fue una confirmación de que estamos destinados a estar juntos. No fue más que un dulce adiós a lo que tuvimos.

DAX

Me sentiría mejor con esta audiencia si la prensa no estuviera llenando las filas de asientos en la sala. Es como si pudiera sentir sus miradas ardiendo en la nuca. Sus murmullos reprimidos también me sacan de quicio, porque sé que están hablando de mí. Un imbécil ni siquiera se molesta en bajar la voz, y puedo oírle pontificando sobre sus predicciones para el juicio. En realidad, estoy un poco decepcionado de no poder ver su consternación cuando se entere de que no lo habrá.

Jacob, el abogado principal de mi caso, se inclina hacia mí. —¿Estás bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza y vuelvo mi atención al frente de la sala. Se siente un poco exagerado estar sentado aquí con tres abogados, pero entre Miles y mi madre, no había forma de evitarlo. Estaban convencidos de que un equipo legal de primer nivel era justo lo que necesitaba. Sin embargo, ese equipo legal de primer nivel solo tenía una solución para este problema: declararme culpable y obtener una sentencia corta.

Fue un camino difícil llegar al punto en el que estaba dispuesto a seguir su plan. Ir a juicio me expone al riesgo de ser declarado

culpable, y entonces podría enfrentarme a pasar el resto de mi vida tras las rejas. Es un buen trato que tuvimos la suerte de conseguir en primer lugar, ya que la fiscal tiene fama de ser despiadada en casos como el mío.

Echo un vistazo al otro lado de la sala. Mientras mis padres y Miles están sentados directamente detrás de mí, Gemma y Aiden ocupan el mismo lugar detrás del fiscal. Aiden ha perdido mucho peso desde la última vez que lo vi, y tiene los ojos rojos e hinchados. Gemma está haciendo un gran esfuerzo por no mirar hacia aquí, pero sé que quiere hacerlo. Lo siento. Ella también ha estado llorando.

—Mira al frente —dice Jacob—. Vamos a comenzar pronto.

Me muevo en el asiento y juego con mi corbata. Odio estas cosas. Siempre siento como si tuviera una soga alrededor del cuello.

—Mantén la calma, sé respetuoso, y cuando el juez pregunte sobre tu declaración, simplemente responde con un sí.

Estas son palabras que Jacob ya me ha repetido varias veces, pero siento la necesidad de hacerlo de nuevo ahora. Lo dejo. Este es un caso de alto perfil, y abogados estrellas como él necesitan sentir que de alguna manera están controlando el espectáculo. No me importa, solo es una farsa más en la larga lista que ha compuesto mi vida hasta este punto. Al final de esta, me llevarán a prisión como un asesino.

El juez finalmente aparece, y los procedimientos comienzan con la fiscal exponiendo su caso en mi contra. Es despiadada y no se anda con rodeos. Todo el tiempo que está hablando, sin embargo, no puedo dejar de pensar en cuándo será mi turno. Voy a tener que levantarme y decirle al juez que soy culpable de asesinar al hermano de mi mejor amigo. Pero no será solo el juez. Estaré admitiendo mi culpa ante el mundo. Ante Gemma. Sé que es el plan y que es lo mejor, pero la idea de hacerlo ahora de repente hace que mi sangre se convierta en un lodo frío en mis venas.

¿Cómo puedo hacerle eso a ella? ¿A Aiden? Puede que nunca más tenga ningún tipo de relación con ninguno de los dos, pero me importa que sepan que no fui yo quien lo hizo. Ir a juicio es arriesgado y sería doloroso para ambos, seguro, pero tengo que creer que la verdad prevalecerá. Si me echo atrás ahora, es como si estuviera clavando el último clavo en mi propio ataúd. No pasaré mi vida en prisión, pero bien podría hacerlo, porque no me quedará vida una vez que salga.

—¿Podría el acusado ponerse de pie? —pregunta el juez.

Me seco las palmas sudorosas en los pantalones y me levanto. Jacob hace lo mismo, dándome una palmada tranquilizadora en el hombro. Sus dos asociados permanecen sentados, pero puedo sentir sus miradas sobre mí. Puedo sentir las miradas de todos sobre mí. Cuando estoy en la jaula, este tipo de atención me hace sentir como un dios. Pero aquí, ahora, es como si me estuviera encogiéndome más y más cuanto más dura.

Control. Eso es lo que es. No tengo ninguno aquí, y eso es lo que me está matando. Soy una marioneta en traje, haciendo lo que dicen extraños a los que estoy pagando para que me encierren por algo que no hice. ¿Qué tan jodido es eso?

—¿Entiende los cargos que el estado ha presentado en su contra? —pregunta el juez, mirándome por encima de sus gafas de media luna.

Se me cierra la garganta, y vuelvo a mirar a Gemma. Me está mirando, con los ojos muy abiertos, mordiéndose el labio inferior. Jacob me da un codazo con el codo, y vuelvo a mirar al frente.

—Sr. Daytona, ¿oyó lo que acabo de preguntar? —pregunta el juez.

Asiento con la cabeza y recibo otro codazo de Jacob. —Sí, Su Señoría —digo.

—Bien. Bienvenido de vuelta. —Hay un murmullo de risas reprimidas en la sala. Aprieto la mandíbula y dejo que se asiente sobre mí—.

Ahora —continúa el juez—, intentémoslo de nuevo. ¿Entiende los cargos presentados en su contra?

—Sí, Su Señoría.

—¿Y cómo se declara?

Siento como si cada momento de mi vida se redujera a esto. Este es el momento que va a determinar el resto de ella. Llegué a este mundo peleando, y literalmente luché para salir de los barrios bajos y llegar a los mayores desafíos de la UFC en el mundo. No puedo detenerme ahora. Pelear es todo lo que sé, y es en lo que soy mejor.

—Me declaro no culpable, Su Señoría.

La sala estalla en conmoción, con todos hablando al mismo tiempo. Jacob me está mirando con ceño fruncido, y puedo oír los sollozos ahogados de mi madre a mi espalda. Pero he estado luchando toda mi vida, y aunque este es un escenario muy diferente, voy a dar todo lo que tengo.

GEMMA

A penas son las 7 de la mañana, y aunque no tenemos ningún lugar adonde ir, Aiden y yo estamos desayunando en la mesa de la cocina. Dormir no es fácil ni dura mucho para ninguno de los dos últimamente. Lo observo mientras gira distraídamente la cuchara en su cereal. Hace días que no lo veo comer algo, aunque siempre me jura que lo ha hecho. Supongo que debe ser cierto o ya habría muerto de hambre. Aun así, es difícil ver cómo desaparece ante mis ojos.

—Tienes que intentarlo —digo, lo más suavemente que puedo.

Aiden no levanta la vista y tampoco empieza a comer.

Apenas ha hablado desde la audiencia. El impacto de la declaración de Dax nos afectó a ambos, pero especialmente a Aiden. El fiscal nos aseguró el acuerdo, y eso fue para lo que nos preparamos. Si escuchar esas palabras de Dax me dejó tambaleando, solo puedo imaginar lo que le hicieron a Aiden.

—Lo echo de menos.

El dolor en su voz me rompe el corazón una vez más.

—Yo también —digo, y aparto mi propio tazón de cereal.

—Me refiero a Dax —Aiden me mira entonces, sus ojos buscando los míos.

Es tan inesperado y tan crudo que no tengo tiempo de levantar defensas para protegerme. Sé por la forma en que me mira que puede ver todo lo que siento.

—Tú también lo echas de menos —dice.

—No importa —bajo la vista y juego con la pintura vieja que se desprende de la mesa de la cocina.

Hay un momento de silencio contemplativo entre nosotros, entonces Aiden pregunta: —¿Lo amas?

Levanto la cabeza bruscamente, y por segunda vez en tantos minutos, me sorprende su honestidad pura y descarada. No sé qué decir. Me he hecho esa misma pregunta tantas veces, y siempre me quedo sin respuesta.

—No lo sé —digo, dándole la misma honestidad que él me está dando.

Aiden asiente y luego empieza a comer su cereal, como si fuéramos hermanos normales teniendo una conversación normal durante el desayuno, en circunstancias totalmente normales.

—¿Crees que lo hizo? —pregunto lo que realmente importa. Lo que no he tenido el valor de preguntar hasta ahora.

El timbre suena justo cuando está a punto de decir algo y lo interrumpe. Aiden se encoge de hombros hacia mí y luego va a abrir la puerta. Un momento después, regresa a la cocina con Loretta, la fiscal que lleva el caso de Riley.

—Perdón por aparecer sin llamar —dice, y se sienta en una silla de la mesa sin ser invitada.

—¿Está todo bien? —pregunto.

Aiden toma asiento y sigue comiendo. Apparently, su apetito se activa en los momentos más inapropiados.

Loretta suspira y dice: —Esto no se suponía que fuera a juicio, ya lo saben. Planeábamos entrar y salir rápidamente.

—Pero va a juicio —dice Aiden, con la boca llena de Cheerios. —¿Y ahora qué?

—Bueno, todavía queremos que sea rápido —dice. —Un juicio largo y prolongado es una mala noticia para todos.

—¿Qué necesitas de nosotros? ¿Por qué estás aquí? —pregunto.

Sus ojos se mueven de mí a Aiden y de vuelta a mí. Se toma su tiempo para considerar su enfoque y luego dice: —Queremos que ambos testifiquen.

Aiden entra en un ataque de tos, escupiendo leche y trozos de cereal por todas partes. Se traga el último bocado con un gruñido. —¿Qué? ¿Estás loca?

Me quitó las palabras de la boca.

—Ambos son valiosos para la acusación —dice. —Queremos el testimonio de Gemma sobre lo que vio el día que Dax discutió con tu hermano en el gimnasio, y esperábamos usar tu historia con él para arrojar luz sobre sus patrones de comportamiento violento.

Aiden está tan sin palabras como yo. ¿Testificar contra Dax? Ni siquiera hemos asimilado el hecho de que vaya a haber un juicio.

—Mira, sé que puede parecer que te estoy pidiendo mucho —dice Loretta—. Pero desde el principio, me dijiste que querías justicia para Riley. ¿Sigues queriéndola?

—Por supuesto que sí —digo—. Pero usar a nuestro hermano muerto para manipularnos no va a funcionar. Nos dijeron que este caso estaba claro. ¿Por qué no puedes simplemente usar las pruebas que tienes?

—Porque no es así como funciona esto —responde, adoptando un tono condescendiente—. Ir a juicio es mucho más que pruebas físicas. Tenemos que jugar con el jurado, y en este caso, vosotros dos sois cómo lo hacemos.

—No me veo subiendo a ese estrado y—

—Vélo —interrumpe Loretta—. Cuanto antes te veas en el estrado, antes podremos encerrar al asesino de tu hermano.

—¿Cómo sabes que va a funcionar? —pregunto. Ella sabe que no estoy convencido.

—Confía en mí. Vosotros dos sois nuestra arma secreta en esto.

Aiden se burla. —No es gran arma. Deberías saberlo antes de seguir adelante.

Loretta se recuesta en su silla y nos mira detenidamente. —Cuando termine de preparar vuestro testimonio, estaréis cantando otra cosa.

No me gusta esto. No tengo interés en cantar nada. —¿Hay alguna otra manera de hacer esto? Sin involucrarnos, quiero decir.

Ella niega lentamente con la cabeza. —Pregunta equivocada. Haced las cosas a mi manera, y este juicio terminará en unas semanas. Unas semanas, y vosotros dos finalmente tendréis el cierre que merecéis.

Aiden me mira interrogante. Quiere que yo decida por los dos. Dios, esta presión debería estar prohibida en la mesa del desayuno.

—Entonces, ¿cuál es la pregunta correcta? —pregunto.

—Cuándo podemos empezar a repasar vuestros testimonios. Porque me gustaría empezar lo antes posible.

Respiro hondo y exhalo lentamente. No sé qué se supone que debo decir en esta situación.

—Tiene razón en lo del cierre —dice Aiden—. ¿Qué opinas?

Uf, estoy tan cansada de esa pregunta porque sinceramente no sé qué pienso. La justicia para Riley está, por supuesto, en lo más alto de mi lista, pero no estoy segura de que declarar contra Dax sea la forma de conseguirla.

—Gemma, veo que estás dudando —dice Loretta—. Pero llevo haciendo esto mucho tiempo, y por eso sé un par de cosas sobre cómo ganar un juicio.

Aiden y yo intercambiamos una mirada que lo dice todo.

—Lo haré si tú lo haces —dice él.

Más tarde esa noche, Dax ya está esperando en la puerta del patio cuando llego. Se aparta para dejarme pasar, pero no me muevo. No puedo arriesgarme a estar a solas con él todavía; no me fío de mí misma.

—No puedo quedarme —digo, cuidando de susurrar por si sus padres están cerca de alguna de las ventanas de abajo a mi derecha.

—Vale, ¿qué pasa? —pregunta.

Trago saliva y me concentro en el jazmín árabe que florece a sus pies para no tener que verle los ojos cuando se lo diga. —La fiscalía me ha pedido que testifique contra ti en el juicio, y he dicho que sí. Escucho atentamente su respuesta, cualquier tipo de reacción, pero no llega. —Aiden también lo hará.

—Están cubriendo todas sus bases, ¿verdad? —Su voz tiene un tono mordaz. No le culpo.

—Solo queremos justicia para Riley —digo entonces, mirándole esta vez.

—Sí, yo también. Pero ¿no crees que importa que encierremos a la persona culpable?

—Según ellos—

—No, Gem, no según ellos —interrumpe Dax—. Este caso es una mierda, y lo saben. Ahora están agarrándose a un clavo ardiendo como último esfuerzo para salir victoriosos.

—Mira, no he venido aquí para discutir esto contigo de nuevo.

Él me mira con curiosidad y cruza los brazos sobre el pecho. —¿Por qué has venido entonces?

El peso de su mirada es insoportable, y me muevo incómoda bajo ella. Es una locura cómo puedo sentirme completamente bien, y en el momento en que estoy en su órbita, estoy perdida.

—He venido a decirte que voy a testificar, porque mereces oírlo de mí.

—Lo sabía —dice Dax, con una sonrisa presumida—. Sí que sientes algo por mí.

—¿Qué? ¿Cómo hemos llegado de ahí a aquí? Estaba hablando de cortesía y respeto general por—

—Ah, ahórratelo. Podrías haberme dicho todo eso en un mensaje de texto o una llamada telefónica. El hecho de que hayas venido hasta aquí para decírmelo significa que te importa. No digo nada, y Dax me estudia detenidamente por un minuto, con los ojos entrecerrados. —Querías que te convenciera de no hacerlo, ¿verdad? De eso se trata.

—No seas absurdo —digo, metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja. Odio lo transparente que soy.

—Vale, entonces soy absurdo. Pero no lo haré. Si tú y Aiden queréis testificar contra mí, adelante.

Cierra la puerta en mi cara, dejándome un buen trozo de culpa para hacerme compañía mientras vuelvo sigilosamente a mi coche calle abajo.

DAX

Pese a toda la expectación y la ansiedad de mi equipo legal, el primer día de mi juicio fue sorprendentemente corto y decepcionante. Lo único que hice fue sentarme y escuchar los alegatos iniciales. Me esforcé por ponerme un traje solo para ver cómo ambas partes trazaban sus respectivas líneas en la arena. No es exactamente mi idea de un día fuera, que es lo que me queda gracias a mi arresto domiciliario. Intenté convencer al conductor de que tomara el camino largo a casa, pero se negó rotundamente.

Me desplomo en mi cama y miro al techo. Normalmente, a esta hora ya habría completado ocho horas sólidas de entrenamiento en el gimnasio. Me habría duchado, quizás salido con los chicos o llevado a una chica a casa. Estoy prácticamente desesperado por salir debido al síndrome de la cabaña. Atrapado entre estas paredes donde no hay ni siquiera una mancuerna para levantar. Al principio fue fácil. No había estado en casa desde hacía tiempo, así que se sintió como unas vacaciones. Además, caminar y correr en el jardín fue un cambio agradable de ritmo y escenario. Ahora, sin embargo, todo en este lugar me saca de quicio.

Escucho un ligero golpe en la puerta de mi habitación antes de que mi madre la abra y entre. —La cena está lista.

No me muevo, ni la miro. —Es costumbre esperar una respuesta después de llamar, mamá.

—¿Así que puedes simplemente decirme que me vaya y luego no comer? Tienes que comer, Dax.

Aprieto mis manos contra mi cabello. Amo a mi madre y amo cómo siempre se tomaba el tiempo para llamarme al menos una vez al día para saber cómo estaba. Pero ahora estoy viviendo esas llamadas sobreprotectoras. Las 24 horas del día, los 7 días de la semana.

—No tengo hambre.

—No murmures —dice, mientras empieza a recoger mi ropa sucia del suelo—. ¿Cómo se supone que voy a escucharte si murmuras?

Me siento derecho. —Mamá, por favor, para. No tienes que hacer eso.

—¿Porque lo estás haciendo tan bien? —Me lanza una mirada poco impresionada. Pero incluso eso cae en saco roto, porque nunca se enfada conmigo.

—Simplemente no quiero que trabajes tan duro todo el tiempo. Lo haré mejor, lo prometo.

—Bien. Entonces llamemos a esto mi última recogida —dice con una risa, y empieza a salir de mi habitación—. La cena. Te esperaremos.

—Oye, mamá —la llamo, y ella se detiene en la puerta para darse la vuelta y mirarme—. ¿Has tenido la oportunidad de hablar con papá sobre el gimnasio?

Se muerde el interior de la mejilla y niega con la cabeza. —Lo siento, cariño.

No puedo creer que esté sentado en mi cama sintiéndome como un niño pequeño pidiendo una pijamada cuando sé perfectamente cuál será la respuesta. Junto con todo lo demás, la falta de control sobre mi propia vida me está volviendo loco.

—¿Lo sientes porque no has hablado con él todavía? ¿O lo sientes porque dijo que no?

—Déjame intentarlo de nuevo —dice, evitando responder directamente a mi pregunta—. Estaba de mal humor la primera vez que le pregunté.

Suspiro profundamente. —Olvídalo. No va a ceder.

—¿Por qué no hablamos con él juntos durante la cena? —pregunta—. Tú podrías explicarle mejor tu entrenamiento, de todos modos.

—Ya te he dicho que lo olvides, mamá. —Me levanto de la cama y me dejo caer en unas flexiones llenas de rabia.

—¿Qué estás haciendo?

—Perdiendo la puta cabeza —digo, empujando más fuerte de lo necesario, buscando esa sensación de ardor en mis músculos que me dice que estoy haciendo algo bien.

Se queda allí un rato más, observándome ignorarla por completo. Finalmente, se aburre y se va. Caigo al suelo, sin aliento y sudando. Y tan furioso que podría gritar. Me doy la vuelta y golpeo el suelo con mis puños a los lados. Con cada día que pasa, mi inquietud crece. Necesito salir. Moverme como quiero. Comer cuando quiero. Ver a mis amigos y pasar el rato. Pero, sobre todo, necesito pelear.

Me lavo y voy a cenar, porque aunque no pueda enfrentarme físicamente a él, mi padre me dará varias oportunidades para desahogar mi frustración usándolo como chivo expiatorio. Pero, como es mi suerte, está inusualmente distante durante toda la primera porción de pastel de pollo. Es entonces cuando me doy cuenta de que tendré que tomar el asunto en mis propias manos o terminaré volviendo a mi habitación decepcionado.

—No sé cuánto va a durar este juicio —digo—. Necesito un gimnasio.

—¿Para qué? Nunca vas a pelear de nuevo —dice mi padre, sin levantar la vista de su plato.

Mi madre jadea y le da un golpecito en el brazo reprobatorio. —¿Te costaría tanto mostrar un poco de apoyo a tu hijo?

Él la mira con expresión cansada. —Sugiero que no usemos palabras como "matar" en la mesa de la cena.

Ella abre la boca, pero me adelanto antes de que pueda decir nada. Esta es mi pelea, y no voy a permitir que me la arrebate.

—Me quedo con el gimnasio. Después de todo, esta es mi casa —digo.

Él aprieta la mandíbula mientras me fulmina con la mirada, las fosas nasales dilatadas. He tocado justo el nervio que buscaba, y se siente jodidamente genial.

—¿Tu casa? ¡La única razón por la que estás aquí es por esa cosa en tu tobillo!

—¡Basta! ¡Los dos! —dice mi madre.

—Tu pobre madre tiene que encender la tele solo para verte un momento —replica él.

—Siento estar tan ocupado trabajando para hacer lo que tú no has podido —respondo. La sangre palpita en mis oídos, esa dulce ira burbujeando en la superficie.

—Por favor, basta —intenta de nuevo mi madre. Pero ha perdido el control de la situación.

—Yo no trabajo, así que tú trabajas —dice él—. Yo no mato a nadie, tú cometes un asesinato. Tiene sentido para mí.

—¡Basta! —Mi madre golpea la mesa con ambas palmas con tanta fuerza que todo tiembla y repica por la fuerza del impacto.

—Me has conocido toda mi vida, ¿y de verdad crees que hice eso?

Mi padre se recuesta en su silla y me mira con severidad. —Te he conocido toda tu vida, Dax. Te he visto acercarte incontables veces. Pero en esas ocasiones, siempre había alguien interviniendo. No es descabellado pensar que esta vez no había nadie para detenerte.

Mi madre se levanta de la mesa y sale corriendo del comedor entre lágrimas. Mi padre, el cabrón, parece feliz, como si le diera gusto castigarme a través de ella. Es todo lo que puedo soportar por hoy, así que también doy por terminada la cena.

Azoto la puerta de mi habitación, cojo el móvil y abro Google. Si no me voy de aquí, voy a acabar haciendo algo de lo que me arrepentiré. Pero no puedo cruzar la frontera hacia nuestro jardín con este maldito tobillera. Si me pillan, voy directo a la cárcel. Sin preguntas, sin beneficio de la duda. Sin embargo, en lugar de asustarme, el riesgo creciente de mis acciones solo me excita más. En el primer intento, aparecen tres videos de "cómo hacerlo".

Esto va a ser pan comido.

Han pasado seis años desde que pisé un club de peleas clandestino, pero parece que no ha pasado el tiempo. Todo es igual. Desde el suelo de cemento cubierto de paja y manchado de sangre vieja, hasta el olor a orina rancia y whisky barato. He hecho algo estúpido, hackeando mi tobillera y escapándome para venir aquí. Espero que mi disfraz de sudadera y pantalón deportivo evite que me reconozcan.

Respiro hondo, aspirando el mundo donde comenzó mi viaje, y lo exhalo lentamente. Es una noche ajetreada, y escaneo la zona ampliada del sótano buscando mi objetivo. No debería ser muy difícil. Solo tengo que encontrar el círculo de espectadores más grande y ruidoso. El constante zumbido de ruido y actividad parece crecer en algún lugar del fondo, y decido ir a comprobarlo. Mis sospechas se confirman antes de llegar a la esquina abarrotada, porque esa risotada odiosa atraviesa el aire turbio para golpearme en la cara. Es él.

Me quedo en el exterior del círculo de apostadores borrachos que animan a Stash. Su forma y estado físico siguen intactos, un animal salvaje descontrolado. De algún modo, su estilo de lucha indisciplinado es efectivo, y su oponente es derribado en menos de cinco minutos. Sangrando, magullado y mucho más pobre. La multitud comienza a dispersarse, y me quedo atrás hasta que solo quedan Stash y su banda de matones, contando sus ganancias recientes.

—Disfruta mientras puedas —digo, saliendo de las sombras.

Un destello de miedo cruza el rostro de Stash en el instante en que me reconoce, pero logra ocultarlo rápidamente.

—¡Dax! —Se acerca a mí con los brazos abiertos—. Pensé que ya estarías durmiendo el sueño eterno. —Sus matones empiezan a reír, lo que lo anima—. Frito en la silla eléctrica. La cabeza cortada. ¿Cuál es la elección de muerte hoy en día? Me he olvidado.

—No vas a salirte con la tuya, Stash. Espero que lo sepas.

Él se burla. —¿Qué tan imbécil eres? Porque desde donde estoy parado, ya lo he hecho.

—No voy a pagar por esto. Sé que fuiste tú, y vas a pagar.

Él estalla en carcajadas. —¿Yo soy el que cobra, no al revés?

Si le pongo un dedo encima, estoy acabado, y él lo sabe. Pero se está volviendo imposible combatir el impulso que siento de romperle la cara. No pude terminarlo aquella noche en la jaula, y ahora estamos en el escenario perfecto. Nadie alrededor para detenerme, como dijo mi padre.

—¿Por qué lo hiciste, tío?

—Porque quise —dice—. ¡Porque lo hiciste tan jodidamente fácil! Maté dos pájaros de un tiro. —Esa risa aguda suya vuelve a empezar, retumbando en mis huesos.

Antes de darme cuenta, mi puño vuela por el aire. Stash retrocede, sujetándose la nariz. Cuando baja las manos, su rostro es un lienzo ensangrentado de humillación. La adrenalina recorre mi cuerpo mientras siento que todo encaja. Temía haber perdido mi ventaja después de tanto tiempo fuera del gimnasio, pero todo se siente como debería. Ahora solo necesito comprobar que funciona como debe.

Stash y yo decidimos avanzar al mismo tiempo, abalanzándonos y chocando en un salvaje intercambio de golpes. Sus matones se unen, uno de ellos derribándome al patear mi rodilla izquierda. Caigo al suelo, y Stash se abalanza sobre mí. Me golpea incansablemente, asegurando sus puños en mis costillas. Uno-dos, uno-dos, robándome el aliento. Bajo la guardia para intentar agarrarle las manos, y es entonces cuando aprovecha la oportunidad para lanzar un gancho ensordecedor a mi mandíbula. El sonido crujiente parece resonar a mi alrededor, y estallan estrellas tras mis ojos. Dios, se siente bien sentir algo de nuevo.

GEMMA

—¡G em! —La voz de Aiden se filtra a través de la puerta cerrada del baño y me sobresalta tanto que casi resbalo del borde de la bañera y dejo caer el palito.

Con dos minutos más por delante y sin repuestos, eso habría sido un desastre de proporciones épicas. Coloco cuidadosamente el palito en el borde del lavabo y me vuelvo a sentar. No le quito los ojos de encima. Ni por un segundo.

—¿Puedes al menos decirme si vas a venir o no? —pregunta Aiden—. Así al menos no me quedaré aquí esperando a que nunca salgas de este baño.

Un minuto, veinte segundos.

—¿Gem? ¿Estás bien ahí dentro?

Acabo de mear en un palito. Así que no, definitivamente no estoy bien. De ninguna manera, forma o manera estoy bien. De hecho, si hubiera una manera de medir los niveles de pánico, mi estado actual sin duda inclinaría la balanza.

El pomo de la puerta vibra con furia mientras Aiden intenta entrar. ¿Qué demonios ha pasado con la privacidad?

—Aiden, estoy bien. Ve sin mí.

—Por fin. Hasta luego —dice.

Respiro aliviada al oír sus pasos alejarse. No creo que pudiera concentrarme en la compra de todos modos, cualquiera que sea el resultado. He estado repasando los diferentes escenarios en mi mente, y en uno o dos casos, no estoy bien. Si estoy embarazada del bebé de Dax, traeré a un niño a este mundo que tendrá un padre criminal. Si no estoy embarazada—no sé, sentiré que perdí la única oportunidad que tengo de tener una parte de Dax conmigo para siempre. Ugh. Como si mi vida no fuera lo suficientemente complicada.

El temporizador de mi móvil suena suavemente, poniendo fin a mi espera angustiada. Apago la alarma y me detengo. No me muevo y no aparto la vista de mi móvil. Mientras antes no podía apartar los ojos del maldito palito, ahora me invade un miedo nauseabundo solo con la idea de mirarlo. Y el pensamiento de las náuseas inmediatamente trae ese sabor ácido y metálico a mi boca. Oh, Dios.

Me precipito hacia el inodoro, levantando la tapa justo a tiempo para vaciar el contenido de mi cena.

—Jódeme —digo, gimiendo mientras apoyo la cabeza en el frío asiento del inodoro.

Siempre he estado muy en sintonía con mi cuerpo, y sé que he sabido la verdad sobre este bebé desde antes de reunir el coraje para comprar la prueba. Orinar en el palito fue solo una formalidad.

Me levanto lentamente y voy al lavabo para mirar los resultados. Verlo frente a mí es muy diferente a sentirlo. Como una confirmación irreversible. Mis manos tiemblan mientras tomo el test de embarazo del lavabo y lo meto en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Si voy a hablar con Kate sobre esto, probablemente exigirá pruebas. Cojo mi

móvil y marco el número de Kate mientras salgo. Contesta casi al instante.

—¿Estás bien? —pregunta, lo que ha reemplazado el habitual 'hola' desde que todo sucedió.

—Necesito hablar contigo.

—Claro, estoy en casa.

Gracias a Dios. No que hubiera importado si no lo estuviera, porque estoy dispuesta a ir a donde sea necesario para hablar con mi amiga sobre este último desarrollo en el épico drama de mi vida.

—Gracias. Estaré allí en diez.

Cojo mis llaves y estoy a medio camino de la puerta cuando noto que Aiden ha dejado la televisión encendida. Irritada por el hecho de que tengo que detener lo que estoy haciendo porque él no pudo tomar la responsabilidad en primer lugar, atravieso el salón con enfado. Pero luego me quedo paralizada en el umbral porque la cara de Dax me mira desde la pantalla plana. Me apresuro a subir el volumen de las noticias.

—El campeón de la UFC tuvo sus privilegios revocados después de violar las condiciones de su libertad condicional al participar en una pelea ilegal en el infame Vegas Fight Club, una organización clandestina que cambia su ubicación regularmente para evitar atraer la atención de las fuerzas del orden. El estatus oficial de Dax Daytona es que ahora debe permanecer en prisión durante el juicio.

Pulso el botón de apagado, poniendo fin al informe del presentador de noticias. No necesito escuchar más que eso. ¿Dax está de vuelta en prisión porque no pudo resistirse a salir y buscar una pelea? Esto no está pasando. ¿Cómo se supone que voy a traer un niño a algo tan tóxico? Dax ha dejado claro en varias ocasiones que su temperamento controla sus acciones más que el sentido común.

Ningún niño debería tener que someterse a ese tipo de vida. ¿Y dónde me deja eso a mí? Soy muy joven para ser madre. No he tenido la oportunidad de establecer mi carrera o cualquier tipo de vida para mí misma, tampoco. Y en medio de todo eso, tengo que criar a un niño.

No sé con quién estoy más enfadada, si con Dax por ser tan estúpido o conmigo misma por no haber tenido más cuidado.

—Oh, esto definitivamente es culpa tuya —dice Kate, tumbándose a mi lado en su cama—. Dax siempre ha sido Dax y siempre será Dax. Tú tienes cerebro y deberías haberte asegurado de que su pequeño luchador estuviera bien envuelto antes de dejar que se acercara a ti.

—¿Dejar que se acercara a mí? Dios, a veces eres tan grosera.

Kate se encoge de hombros. —Digo las cosas como las veo, cariño. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Por eso he venido aquí —digo—. Esperaba recibir más consejos y menos comentarios sarcásticos por tu parte.

Kate suspira profundamente, considerando sus próximas palabras con cautela. —No depende de mí, Gem —dice. Y su voz es mucho más suave que antes. Esta vez puedo sentir a la mejor amiga en ella—. Esta es tu vida y tú tienes que decidir qué quieres sacar de ella.

—¿Eso es todo? —Doy una risa desinflada. Esto es imposible.

—Es cierto que probablemente no planeabas enfrentarte a este tipo de decisión tan joven, pero estás en ello, cariño. No hay vuelta atrás.

—Lo sé, es solo que... no sé por dónde empezar, Kate. ¿Cómo tomo una decisión así cuando hay tantos factores a considerar, la mayoría relacionados con el asesinato y la cárcel? —Levanta el brazo y me hace un gesto para que me acerque.

Me acurruco junto a ella y Kate me abraza fuerte, jugueteando distraídamente con mi pelo. Normalmente nuestras posiciones están

invertidas, siendo yo quien trata de consolarla después de una mala ruptura. Ahora entiendo por qué le gusta tanto.

—Hagamos una ronda rápida —dice—. Empezando desde el principio.

—¿Qué? No. No voy a basar el resto de mi vida en un juego estúpido.

—Confía en mí, Gem. Funcionará, te lo prometo.

Es un juego infantil en el que ella dice una serie de palabras y yo tengo que elegir una lo más rápido posible. Funciona mejor si no me tomo tiempo para pensarlo.

La teoría dice que lo primero que sale de tu boca es lo que realmente sientes. Así es como elegimos nuestras citas para el baile de graduación, cómo decidimos qué película ver y cualquier otra cosa sin importancia en nuestras vidas. ¿Pero un bebé?

—¿Lista? —pregunta.

—Ugh, vale. Adelante.

—Vale. Desde el principio: aborto, adopción, quedártelo.

—Quedármelo —digo, casi al mismo tiempo que ella.

Las dos nos sorprendemos por esa respuesta, y Kate se toma un momento para continuar con la siguiente ronda. Ya siento que un peso se ha quitado de encima. Quiero a este bebé. Eso es un comienzo.

Ella se aclara la garganta y dice: —Amarlo, odiarlo, indiferente.

Mi aliento se atasca en la garganta, ahogando el sollozo que lucha por salir, y entierro mi cara en su pecho. Las lágrimas brotan de mí de la nada. Estoy hecha un desastre.

Kate me aprieta el brazo en un gesto de consuelo. —Supongo que eso responde a eso. Lo que automáticamente responde al siguiente

también.

Levanto la cabeza, recuperando algo de compostura. —Los auto rellenos no están permitidos —digo, recordando una regla que inventamos cuando teníamos quince años.

Ella ríe suavemente y dice: —Esta vez no tienes elección, Gem.

—Bueno, ¿cuál es? Te diré si tengo elección o no.

—Decírselo, no decírselo —dice con gravedad.

Espero a que complete la última opción. Tiene que haber tres, así es como siempre ha sido. Pero sé que no vendrá. Porque, ¿qué otra opción hay?

—Tienes razón —digo entonces—. El auto relleno se mantiene.

Y con eso, me derrumbo en lágrimas de nuevo.

—Shhh, va a estar bien —dice—. Al menos ahora tienes un poco de claridad. Resolver el resto será fácil.

Sé que lo dice con buena intención y está tratando de hacerme sentir mejor, pero me dan ganas de gritarle que no hay nada fácil en amar a Dax. Duele todo el tiempo, y la claridad no ayuda con el dolor.

—¿Y si es culpable? —pregunto, balbuceando como una niña que se ha caído de la bicicleta. Es humillante. Pero, afortunadamente, estoy en un lugar seguro y no importa que me sienta así.

—¿Y si no lo es? —pregunta Kate, respondiendo casi al instante.

—Pero... tiene ese temperamento y no siempre lo controla.

—Lo sé —dice—. Pero, ¿alguna vez ha perdido el control contigo? ¿O con alguien cercano a él?

No respondo. Dax no ha sido más que amable conmigo. Y, por lo que sé, nunca ha perdido los estribos con Aiden o alguien de su

círculo.

—Te preocupa que sea un peligro para el bebé —dice Kate, leyéndome la mente de esa manera tan natural que tiene.

—Tengo miedo.

Ella ríe suavemente. —Como deberías. Traer un niño a este mundo es aterrador.

—Oh Dios, no me estás ayudando en este momento —digo, mientras me incorporo y me seco las lágrimas de la cara.

Kate también se sienta, abrazando sus rodillas contra el pecho. —Aquí solo vas a recibir honestidad, y lo sabes. Y sí, da miedo, pero también es increíble, según muchas, muchas mamás blogueras.

Una risa ligera se escapa de mí, y empiezo a sentirme un poco mejor.

—Lo más importante —dice—, es que vas a estar bien sin importar lo que decidas hacer. Porque me tienes a mí.

Me abalanzo sobre ella con un abrazo aplastante. —Gracias por aguantar mi marca especial de locura.

Ella hace sonidos de ahogo bajo mi peso y dice: —Creo que me has acorralado en ello, así que claro, cuando quieras. Supongo.

DAX

Mis gritos resuenan por todo el bloque D mientras dos guardias me agarran y me arrastran hacia un lado, arrojándome contra la pared como basura desechada. Otro guardia se acerca corriendo al tipo al que estaba golpeando y le coloca el brazo roto alrededor del cuello antes de levantarlo del suelo.

—Hay que llevarlo a enfermería —dice mientras pasa junto a mis dos centinelas—. Llevad a ese de vuelta a su celda.

Se giran hacia mí en cuanto reciben la orden y me escoltan fuera de la zona de recreo.

—Él lo empezó —digo, casi gruñéndoles por encima del hombro—. Lleva toda la semana provocándome.

Uno de los guardias clava su porra en mis costillas y me empuja hacia delante. —Cierra el pico y sigue caminando.

Llegamos a las escaleras que conducen a las celdas situadas encima del piso de recreo, y planto los pies firmemente. —Venga, tío, déjame al menos terminar mi hora. Solo quedan, como, diez minutos, de todos modos.

—Muévete, hijo de puta.

Ambos están usando todo su peso para empujarme, pero puedo resistirlos sin romper a sudar. Sé que probablemente no debería buscar más problemas, ya que esta vez me he salido con la mía. Normalmente, su primera reacción es meterme en aislamiento. Que me corten el tiempo de recreo para volver a mi celda es el cielo comparado con eso.

El problema es que estoy harto de que los gilipollas de aquí me estén mangoneando. Tengo una hora de tiempo de recreo cada cinco días, y como todo el mundo sabe de este acuerdo, parece que se esfuerzan al máximo para arruinármelo. Mi guardia se activa en cuanto la puerta de mi celda se abre para dejarme salir. Es agotador. Pero si no tengo cuidado y alguien me supera, se acabó. Me convierto en un chico bonito, que es fácilmente el peor apodo que se puede tener en un lugar como este.

Seguimos forcejeando obstinadamente al pie de las escaleras, cuando un golpe de porra resuena detrás de mi rodilla y caigo al suelo.

—Te voy a golpear hasta que subas estas malditas escaleras, ¿me oyes?

Su compañero se agacha y se planta frente a mí. —¿Crees que tu maldito trasero de peleón tiene alguna posibilidad aquí? ¿Crees que no podemos tocarte, Niño de Oro?

Aprieto los dientes para evitar decir algo de lo que me arrepienta y les dejo que se diviertan. Es la misma mierda que llevo escuchando desde que llegué aquí. Los guardias, los reclusos e incluso el director tienen el mismo problema conmigo. Y su objetivo común es romperme, ponerme en mi sitio o lo que sea. Hasta ahora, todos han fracasado. No me importa lo cansado o deprimido que esté; prefiero llegar al límite antes de mostrar debilidad.

Los guardias, sin embargo, son lo peor. No puedo pelearles, y aunque solo les responda de una manera que no les guste, se vengan. El riesgo de enfrentarme a una acción disciplinaria grave es aún mayor con ellos, gracias a sus enormes complejos de poder. Por eso me empujan hasta cierto punto y no más allá. Me gusta una buena pelea, pero tampoco soy tonto.

Mis pies parecen de plomo mientras finalmente subo las escaleras entre los vítores estridentes de los reclusos que aún están en el recreo. Les gusta frotarlo en la herida.

—Date prisa, Chico Bonito. —Recibo otro golpe en las costillas.

Cuando llegamos al último piso, me detengo para levantar ambos dedos corazón a todos los que nos miran desde abajo. Las burlas se intensifican, y mi jugada de mierda me vale un buen golpe en la espalda. A los internos les encanta esta parte, y pronto un mar de botas pisoteando el linóleo y puños golpeando las mesas de metal sirven de coro a los insultos que me lanzan.

Al guardia obsesionado con mi apariencia no le gusta que su golpe no me derribe, así que procede a empujarme y darme empujones todo el camino hasta mi celda, gritándome obscenidades todo el tiempo. Mi silencio lo enfurece aún más, y para cuando me meten en mi celda, está completamente rojo de ira y echando humo. Me acuesto en mi litera, orgulloso de un trabajo bien hecho.

Cierro los ojos ante el creciente ruido que rebota en las paredes, y debí haberme quedado dormido, porque cuando los abro de nuevo, todo está mucho más tranquilo. Este tipo de sueño espontáneo ocurre a menudo, gracias a mis noches inquietas. Es un poco desorientador, dejándome intentando averiguar el día, la hora y el lugar cuando recupero el sentido. Y siempre es con el corazón hundido que me doy cuenta de que el día y la hora no importan, porque el lugar en el que estoy es la cárcel.

—Daytona. Visita.

Fruncio el ceño al guardia que está frente a mi celda y lo veo hacer la señal para que control abra la puerta. Un zumbido fuerte resuena, y la puerta de mi celda se desbloquea con un clang metálico.

De todos los nombres en mi lista de visitas, mi madre es la única que ha venido a verme. No es sorprendente, por supuesto. Todos los demás están ahí como un "por si acaso". Por eso, cuando me llevan a la sala de visitas y veo a Gemma sentada allí, me quedo paralizado en el sitio.

Está allí sentada, luciendo tan perfecta como siempre, prácticamente resplandeciente en un vestido de verano de algodón con flores amarillas brillantes. Siento que podría quedarme aquí todo el día mirándola, pero entonces ella me ve, y mi tapadera se desmorona.

Mis pies me acercan a ella mientras mi cerebro lucha por encontrar algo que valga la pena decir.

—Hola —digo, lo cual es un comienzo decente, y me siento en el asiento frente a ella.

—Hola, Dax —dice ella.

Me alivia escuchar que no suena enfadada conmigo, y su rostro no muestra ningún desprecio. Es genial recibir eso de alguien que no es mi madre, quien tiene que ser así porque, bueno, es mi madre. No hay ninguna obligación para Gemma, y sin embargo, aquí está.

—¿Lo estás llevando bien? —pregunta.

Suelto una risa amarga. —Esto es la cárcel. Las conversaciones triviales no funcionan aquí.

Frunce los labios y me lanza una mirada poco impresionada. —Eso no es lo que quise decir.

—Lo siento, lo sé, y estoy bien —digo, sintiéndome mal por el comentario innecesario. —Es bueno verte, Gem.

Ella resopla. —¿Cómo puedes estar contento de verme con todo lo que está pasando?

—Ni idea —digo, respondiendo con honestidad. —Pero nada ha cambiado en cuanto a lo que siento por ti. A pesar de todo.

Ella toma una respiración profunda y la exhala lentamente. —Dax, tengo que decirte algo.

El tono de su voz me pone tenso de inmediato. Nunca la había escuchado así.

—¿Es sobre el caso? Porque no puedo hablar de eso re—

—Estoy embarazada.

Las palabras me roban cada último pensamiento coherente de mi cerebro y convierten mi cuerpo en un montón inútil de carne. Lo único que puedo hacer es sentarme y mirarla parpadeando.

—¿Dax? —pregunta ella, mirándome con curiosidad. —¿Escuchaste lo que acabo de decir?

Hasta ahora, parpadear me está funcionando muy bien y sigo con eso.

—Joder, Dax, ¿podrías decir algo, por favor? —pregunta Gemma, inclinándose para poder elevar su voz a un susurro mucho más alto sin atraer la atención de los guardias de turno. —Estoy esperando tu bebé —dice, tomándose el tiempo de pronunciar cada palabra lenta y cuidadosamente.

Finalmente, empiezo a volver en mí, y una sonrisa amplia se dibuja en mi rostro.

Un bebé.

En toda la oscuridad que envuelve mi vida actual, esta es la única noticia que es totalmente lo contrario. Es una esperanza en una situación desesperada.

—¿Dax?

—Gemma, Dios mío —digo, aún en shock y buscando palabras. — ¡Esto es una noticia increíble! Una risa ligera y alegre brota de mí. Sueno eufórico, incluso para mí mismo.

Estoy en la cárcel, y estoy eufórico de felicidad.

—¿Está todo bien? —pregunto. —¿Has visto a un ginecólogo aún?

Ella baja la mirada y juega con los dedos en su regazo. Es entonces cuando me doy cuenta de que soy el único en esta mesa que está emocionado por la noticia. ¿Es porque ella ha tenido tiempo para acostumbrarse? ¿O podría ser algo peor?

—He decidido criarlo sola —dice.

Me recuesto en la silla, como si me hubieran quitado el aire de un golpe. —¿Qué quieres decir con eso de "sola"?

Ella levanta la mirada hacia mí, y sus ojos están empañados. Pero no caen lágrimas. Sé que Gemma nunca permitiría algo así en un lugar como este.

—Quiero decir que no quiero que el bebé esté cerca de ti ni de... esto —dice, haciendo un gesto hacia el área general de la prisión.

—¿Me estás tomando el pelo? Esto no es real, Gem. Estoy limpiando mi nombre. ¡Voy a salir!

Ella niega con la cabeza, negándose a escucharme. —¿Y qué pasa la próxima vez, Dax?

—¿Qué...? No habrá una próxima vez. Solo estoy aquí por Stash. Esta no ha sido mi vida desde que me limpié hace tantos años, y lo sabes. ¿Cómo puedes decirme eso? —Soy consciente de que mi arrebató ha llamado la atención de los demás visitantes a nuestro alrededor, pero no me importa. Esta vez no me rendiré sin luchar.

—He tomado una decisión. No quiero que este bebé sepa que existes, y definitivamente no quiero que te conozca como su padre.

—No puedo creerte en este momento. ¿De dónde sale esto, Gem? Tú no eres así.

Ella cruza los brazos sobre su pecho con tanta fuerza que parece que se está abrazando a sí misma. —Es en quien tengo que convertirme por este bebé —dice—. Cosas malas pasan a tu alrededor, Dax. ¿No crees que este bebé merece algo mejor que lo que ha sido tu vida?

Trago el miedo y la ira que se han mezclado en mi garganta y respiro hondo. —Escucha, sabes que te quiero —sus ojos se clavan en los míos, y sé que la tengo—. Te quiero, y voy a querer a nuestro bebé. Eso significa que no haré nada que ponga en peligro a nuestra familia. Puedes confiar en eso. Te lo juro, Gemma. Puedes confiar en mí.

—¿Como confié en ti con Riley? —Sus palabras son dagas heladas que atraviesan mi pecho.

—Eso no es justo —digo, sintiendo como si me hubieran noqueado en el primer minuto del primer asalto.

Sé que está sufriendo, y sé que yo soy parte de la razón. Pero todo este tiempo me he aferrado a la creencia de que lo que tenemos sería suficiente para superar esto. Incluso después de que terminó todo. Incluso cuando dijo que testificaría en mi contra. Todavía tenía esperanza. Nunca me he sentido así por nadie en mi vida, y necesitaba esa esperanza para llegar al otro lado de esto. Ahora, por primera vez desde que todo esto comenzó, siento que esa esperanza se está escapando.

—Lo que no es justo es que mi familia haya tenido que pagar el precio por el pasado que arrastras. Los errores que cometiste, las cosas malas que hiciste. Otras personas terminan sufriendo las consecuencias. Personas que no lo merecen. Y tú obtienes tu fama, tu fortuna y tu mansión en los suburbios.

—Basta.

—Puedes ir por ahí predicando a todos sobre cómo has cambiado tu vida, haciendo alarde de ser un ejemplo brillante de pobre a rico, o lo que sea...

—En serio, Gemma. Basta.

—Pero mientras tanto, mientras estás en ese escenario disfrutando de la adoración de tu público, los bastidores están llenos de personas que salen lastimadas —su voz se quiebra en la garganta, y se traga las lágrimas antes de continuar—. Personas que mueren... por tu culpa.

—Tienes que creerme cuando te digo lo siento que estoy por lo que le pasó a tu hermano —digo, optando por ignorar la ira que arde en mis venas y elegir la ternura en su lugar. Como si me acercara a un animal herido, que es exactamente lo que Gemma es en este momento—. Voy a hacer todo lo que pueda para lograr justicia por él, Gemma. Stash va a pagar por lo que hizo. Te lo prometo.

Ella hace un gesto de despedida con la mano en mi dirección. —No quiero escucharlo —se levanta. Se está yendo, y la visita ni siquiera ha terminado—. Haz lo que tengas que hacer, pero quería que supieras que este bebé nunca sabrá que eres su padre.

Se esforzó tanto por contenerse, pero noto que se seca rápidamente las lágrimas de la cara mientras sale apresurada de la sala de visitas. Habría sido mejor si se hubiera quedado aquí y hubiera llorado, porque entonces tendría la sensación de que le importaba un poco. Ahora solo siento que la única razón por la que no quiso llorar era para hacerme sentir peor. Para que doliera más.

Supongo que, después de todo lo que le he hecho pasar, le debo ese privilegio.

GEMMA

Kate y yo estamos esperando en la consulta de mi obstetra para mi primera ecografía. Kate está emocionada, paseando por la habitación y tocando todas las maquetas y cosas, mientras yo estoy bastante absorta sintiendo cada emoción humana a la vez, con el terror llevando la delantera por un pelo. Pensé que tenerla conmigo ayudaría con eso; Kate siempre tiene una manera de mantenerme equilibrada y centrada. Sin embargo, ahora su energía acelerada me está poniendo más nerviosa que otra cosa.

—Necesitas relajarte, Gem. Es un día emocionante. ¡Vas a conocer a tu bebé por primera vez! —Kate toma el taburete del médico y se acerca rodando hasta donde yo espero nerviosamente mi destino en la cama. —Además, si no te relajas... —Señala entre sus piernas— ... el médico lo va a tener difícil, ya sabes, para meterse en tus asuntos.

—¡Ugh, Kate, basta! Eres la peor.

Ella empuja el taburete hacia atrás y se aleja rodando en un ataque de risa. Es contagioso, y aunque todavía estoy nerviosa, pronto me uno también a la tontería y las risas. Seguimos bromeando, lo que desata un absoluto alboroto. Para cuando mi médico entra, estoy

acurrucada en la cama, agarrando mi vientre, con lágrimas corriendo por mi cara.

—Gemma, me alegra verte sana y salva —dice, sonriéndome.

Kate y yo nos sonreímos y nos secamos las lágrimas mientras volvemos a la seriedad.

—Mucho gusto, doctora Cochran —digo, alisando la bata de hospital estándar sobre mis piernas desnudas.

Me siento tan tonta por estar en ese estado, considerando el motivo por el que estoy aquí. Ya me siento demasiado joven para traer una vida a este mundo, y ahora tengo a mi médico viéndome actuar como una niña justo antes de mi primera ecografía. Me atrevo a echar un vistazo rápido a Kate, que ha tomado su posición a mi lado, y me guiña un ojo. Casi me hace estallar de nuevo, y tengo que morderme para contener la renovada oleada de risas que hierve dentro de mí.

Sin embargo, esa tormenta caótica de emociones mezcladas ha desaparecido, y supongo que eso es lo único que importa, sin importar lo que piense mi doctora.

—Bien —dice Cochran, leyendo mi expediente—. Así que estamos aquí para tu primer chequeo. ¡Emocionante! —Deja la carpeta y toma su lugar legítimo en el taburete—. Vamos a quitarnos lo interno de en medio y luego terminaremos con la parte divertida. ¿Qué te parece?

Asiento aceptando su trato, porque realmente no es una elección. Kate me frota la espalda en señal de apoyo, percibiendo que mi ansiedad comienza a aumentar de nuevo. Juro que estaría perdida sin ella.

Cochran se coloca los guantes y dice: —Recuéstate y deslízate justo hasta el borde, con las piernas aquí arriba, por favor.

Hago lo que me dice y trato de no sentirme completamente vulnerable mientras me abro para ella. No puedo imaginarme a alguien pasando sin problemas por la incomodidad de un examen interno, pero el hecho de que yo sea una entre miles de millones no hace nada para disminuir mi malestar.

—¿Te conté la del camarero que entró en un establo? —pregunta Kate.

Gimo en voz alta. —Por favor, Kate, no ahora.

La doctora Cochran levanta la cabeza de entre mis piernas. Ya tiene toda la mano dentro de mí. —No puedo decir que la haya escuchado —dice.

Kate grita de alegría y dice: —Un camarero entra en un establo, y...

—Oh, no, no lo hagas, Kate, lo digo en serio. —Me tenso para tratar de evitar que la risa me recorra el cuerpo. La presión de ello hace que todo lo que Cochran está haciendo ahí abajo se sienta terriblemente íntimo.

—Ayuda, estoy atrapada —grita en falsa alarma, mientras simula luchar por liberar su mano de mí.

Esto pone a Kate en marcha, y yo me siento como un chiste sobreexpuesto bajo las peores circunstancias. Me cubro los ojos con ambas manos en un intento de bloquear la humillación.

—Me están matando, chicas —digo.

Afortunadamente, Cochran recupera suficiente profesionalismo para volver al trabajo, comenzando por salir de mis asuntos, como Kate lo llama. Se quita los guantes y se acerca rodando a la papelera, donde los tira.

—Por ahora todo bien —dice, acercándose de nuevo a mí en la cama. Esta vez se detiene a mi lado y no entre mis piernas. —El cuello uterino se siente bien y todo está donde debe estar.

Kate me da una palmadita orgullosa en el hombro. —Siempre la más aplicada —comenta.

Cochran se ríe para sí misma. —Bueno, esta vez no es algo malo en absoluto. —Luego toca mi pierna con delicadeza y añade—: Puedes volver aquí arriba. Estoy deseando ver a este pequeño campeón de cerca.

La forma en que habla de mi bebé, como si ya fuera una persona real a la que no puede esperar a conocer, me provoca una sensación que me calienta por completo. Soy vagamente consciente de que esto debe ser el comienzo del amor, ese vínculo entre madre e hijo del que siempre hablan. No lo odio.

Mi doctora me guía a través de todo el proceso mientras prepara mi vientre y saca la sonda de ultrasonido. Al principio, la imagen que aparece en la pequeña pantalla no es más que borrones grises, con sombras indistintas y destellos brillantes.

—¿Tengo que entrecerrar los ojos para verlo? —pregunta Kate, inclinando la cabeza hacia un lado.

—No hay mucho que ver en esta etapa —dice Cochran, y luego señala la pantalla mientras nos guía—. Este pequeño monstruo es tu retoño. Estos brotes pronto se convertirán en brazos y piernas. ¿Ves?

Con su ayuda, la imagen comienza a tomar forma frente a mí. Mi bebé. Ahí mismo. Pasando el rato dentro de mí. Siento que Kate me aprieta la mano con fuerza, y un leve sollozo delata que las lágrimas han comenzado a fluir.

—Es increíble —digo, con el asombro evidente en mi voz.

—Si crees que eso es genial... —dice, y luego reposiciona la sonda en mi vientre antes de presionar un botón en la máquina de ultrasonido.

De repente, el sonido más extraño llena la habitación, y me toma unos segundos, pero una vez que reconozco el latido del corazón de mi bebé, estoy perdida. Las lágrimas brotan de mí como si me pagaran por hacerlo.

—155 latidos por minuto. Impresionante —comenta Cochran con una gran sonrisa en su rostro. —Parece que has creado a tu propio pequeño triunfador.

Kate se inclina para darme un beso en la frente, y no puedo controlarme mientras mis lágrimas silenciosas se convierten en un llanto abierto. Es tan vergonzoso, pero no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Mi doctora no parece alterada en absoluto y probablemente está acostumbrada a que la gente se desmorone en su consulta.

Pero esto no se trata solo de la abrumadora alegría de ver y escuchar a mi bebé por primera vez. Cuando ese latido comenzó, de repente me invadieron la culpa y la tristeza por Dax. Lo echo de menos muchísimo, y odio que me haga sentir tan destrozada.

Cochran me pasa una caja de pañuelos. —Te dejaré tener tu momento —dice. —La buena noticia es que tu bebé está fantástico, y tú también.

Kate espera a que salga de la habitación antes de abrazarme tan fuerte que detiene mi llanto.

—Odio decirlo, pero quizás necesitas reconsiderar todo esto.

—Me libero de su abrazo y la miro—. ¿Reconsiderar qué? ¿Qué quieres decir?

Ella suspira profundamente y se sube a la cama a mi lado. —Quiero decir que quizás fuiste demasiado rápida en cortar con él. ¿Y si está diciendo la verdad y realmente es inocente?

Mis cejas se alzan sorprendidas. Viniendo de Kate, la máxima detestadora de Dax, hablar en su apoyo significa mucho. Nunca lo

esperé.

—No me mires así —dice, y toma mi mano entre las suyas—. Si es inocente, explicaría por qué te sientes tan conflictiva. Podría ser que, en el fondo de tu corazón, sabes que no lo hizo. A pesar de lo que sugieren las pruebas.

—Fui una verdadera idiota la última vez que lo vi. ¿Cómo volvemos de eso? —pregunto, con la voz temblorosa por las nuevas lágrimas.

—Si esto es algo que quieres, y creo que realmente lo es, entonces encontrarás una manera —dice Kate, poniendo su brazo alrededor de mí y acercándose a ella—. Te conozco desde siempre, y nunca te he visto tan mal por un chico. Tiene que significar algo.

Uso el borde de mi bata de hospital para secarme los ojos. —Tienes razón. Necesito que sea inocente porque quiero estar con él. Y quiero tener este bebé con él.

—Entonces haz lo que tengas que hacer, chica. Estoy contigo, pase lo que pase.

La abrazo con fuerza y me aferro a ella.

Más tarde esa noche, una vez que estoy segura de que Aiden está perdido en su escapismo compulsivo de *Mad Men*, me siento en mi escritorio y saco un bloc de notas. Soy consciente de que lo que estoy haciendo podría ser visto como cobarde, pero tengo muy buenas razones para hacerlo de esta manera. Mi corazón se abrió de par en par durante ese ultrasonido, y eso me permitió no solo escuchar lo que Kate me decía, sino que también me dio lo que necesitaba para escuchar lo que mi corazón decía, realmente escuchar. Tengo todas las palabras ahora, y agarro un bolígrafo antes de que se desvanezcan en el éter.

Mi queridísimo Dax, comienzo. Como suelen hacer las confesiones de amor.

DAX

Durante un breve período en mi adolescencia temprana, escapé de casa y pasé el tiempo en las calles con mis amigos. Estaba sin hogar, sin rumbo y casi siempre hambriento, pero nunca perdí la esperanza. La nada me impulsaba. Me enfurecía, y esa ira me llevó a pelear, lo que cambió el rumbo de mi vida por completo. Ese es el poder de la esperanza, y por eso siempre me aferré a ella como lo hice. Hasta la visita de Gemma. Por primera vez en mi vida, me sentí abrumado por una sensación de desesperanza. De impotencia. Y donde había ira, no ardía como el combustible de antes. En cambio, me dejaba insensible. Dejé de salir en las horas de recreo, prefiriendo quedarme tumbado en mi litera sin moverme. No dormía, apenas comía y lamentaba la pérdida de un bebé al que nunca llegué a tener de verdad.

Luego llegó la carta. Me sorprendió tanto su existencia como lo que decía. Estaba seguro de que tendría que abrirme paso a codazos para salir de aquí antes de tener la oportunidad de arreglar las cosas con Gemma, de luchar por ella y por nuestro bebé como he luchado por todo en mi vida. Leer sus palabras y descubrir que, después de todo, estaba conmigo fue justo lo que necesitaba para renovar mi sentido de propósito en el interior. No solo estaban en juego mi

reputación y mi carrera, sino también mi futura familia. Y no podía pensar en una mejor razón en el mundo para salir al ruedo con todo.

—Entonces, ¿de qué se trata esto? —pregunta Jacob cuando estamos solos en mi celda.

El guardia está afuera, pero hay suficiente ruido alrededor como para mantener nuestra reunión privada, siempre que no hablemos demasiado alto.

Le indico que tome la única silla mientras yo me siento en mi litera frente a él. —Quiero un análisis de ADN de mi collar, y quiero que se haga de manera rápida.

Su cara se crispa en una mueca de confusión. —Dax, ya hablamos de esto.

—Sé lo que discutimos, y ahora te digo que lo hagas.

Jacob niega lentamente con la cabeza y suspira. —¿Y si solo encuentran tu ADN en él? Créeme, no es la salvación que crees que es. Solo servirá para implicarte aún más en el asesinato.

Escucho todo lo que dice, pero el fuego en mí no se apaga. —Jacob, estás en mi nómina, lo que significa que tienes que hacer lo que te digo.

Odio sacar la carta del dinero, y especialmente odio cómo claramente le molesta, pero estamos al final de la ronda y tenemos que usar todas las armas.

—Bien —dice, finalmente cediendo. —Pero quiero dejar claro que se está haciendo en contra del consejo de tu abogado.

—No me importa, lo acepto. Y asegúrate de darle prioridad en el laboratorio. —Asiente de mala gana. —Luego necesito que organices una entrevista.

Esta vez se resiste abiertamente y ni siquiera intenta ser educado en su desacuerdo. —¿Estás tratando deliberadamente de descarrilar

nuestro caso? Acordamos que te mantendrías alejado de la prensa para evitar que tergiversen tus palabras y calumnien aún más tu reputación. Dax—

—Quiero a Andy Blanckenberg.

—Dax, no voy a mentir, estoy profundamente preocupado por la naturaleza de tus peticiones —dice. —Están claramente fuera de lo que acordamos hacer desde el principio, y si tengo que ser completamente honesto contigo, creo que estás cometiendo un error.

Asiento mientras habla, pero, como antes, sus palabras de advertencia no me importan un comino.

—Seré yo quien lo llame si no lo consigues hoy. Quiero que esté listo para mañana como muy tarde.

Él se enfurece—. Yo... Hay un montón de trámites que tengo que hacer antes de que se apruebe esa solicitud. Para empezar, tenemos que investigar a esta... esta persona Andy. En segundo lugar, y lo más importante, el director tendrá que dar su aprobación. Y, según mi experiencia con él, es poco probable que ocurra, especialmente en tan poco tiempo. Estas cosas tardan meses en aprobarse, si es que llegan a aprobarse.

Me recuesto en mi litera, apoyándome en los codos—. Parece que ya lo tienes todo planeado—digo—. Quiero la entrevista para mañana como muy tarde.

Estoy bastante seguro de que he ganado un nuevo enemigo por la forma en que Jacob sale de mi celda, pero al final habrá valido la pena. Cambiaré de opinión cuando vea que es mi plan el que le dará la victoria que tanto desea. Jacob y su equipo legal han estado jugando a lo seguro desde el principio. Ese nunca ha sido mi estilo. Me he propuesto luchar para salir de esto, y cuando estoy en la jaula, nunca me rindo.

Después de otra noche sin dormir, salgo de mi litera antes del toque y me pongo directamente a hacer mil flexiones. Estoy impaciente por la entrevista, y resulta ser la forma perfecta de quemar toda esa energía acumulada. Si Jacob hace lo que debe, me sentaré con Andy en unas horas. Mi primera oportunidad de dar una versión diferente de mi historia. Nunca me molesté antes porque mi equipo legal tenía sentido cuando me soltó un monólogo interminable sobre proteger mi reputación. Pero eso ya quedó atrás. No puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que las cosas ocurran.

Paso el desayuno y el tiempo de recreo en un estado de ensimismamiento, y cuando llegan las tres de la tarde, comienza a apoderarse de mí un atisbo de pánico. ¿Y si Jacob fracasó? No estaba muy convencido cuando salió de aquí ayer. ¿Y si ni siquiera se molestó? Estoy a punto de cambiar mi comisaría por una llamada telefónica con uno de los chicos del Bloque B cuando un guardia se acerca a mi celda con Jacob justo detrás.

—Jacob—casi salto de la litera, poniéndome firme.

El guardia lo deja entrar, y mi corazón cae a mis pies cuando me doy cuenta de que Jacob está solo.

—El director—digo, los músculos de mi cuello se tensan por la rabia.

—No dio el visto bueno para la entrevista—dice Jacob—. Pero sí nos autorizó una llamada—Saca un teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta y me lo entrega.

Suelto un suspiro de alivio, mis manos tiemblan un poco mientras cojo el teléfono—. Dios, me tenías en ascuas.

Jacob se ríe para sus adentros—. Estás loco, pero por alguna razón salí de aquí muy motivado para conseguirte lo que querías. El director no se lo puso fácil, déjame que te lo diga.

Si pudiera, le daría un abrazo aplastante—. Te debo una, tío.

—Sí, una muy grande—dice, y se sienta en la única silla de mi celda—. Lo siento, pero las condiciones son que esté presente durante toda la llamada y que no excedas los cinco minutos.

Aparto las condiciones con un gesto y me dejo caer en la litera—. Eso es perfecto. Entonces, ¿cómo funciona esto?

—Andy te llamará en unos tres minutos para una entrevista telefónica en su segmento estrella de la UFC.

—¡Sí!—Golpeo el aire, sintiéndome eufórico por mi pequeña victoria.

Y luego esperamos. Los segundos se alargan como el barro, y siento que han pasado cien vidas cuando el teléfono finalmente cobra vida en mis manos. Miro a Jacob, y él me da un gesto firme para que continúe.

—Dax Daytona, hijo de perra—la risa de Andy se filtra hasta mí—. Nunca escribes, nunca llamas, ¿qué soy yo para ti?

Su franqueza inmediata es suficiente para disolver los nervios que tenía por hacer esto, y me sumerjo en lo que parece una llamada normal para ponerme al día entre viejos amigos. Pasamos por los saludos habituales durante un minuto más o menos, que es todo lo que Andy puede aguantar antes de que el elefante en la habitación reclame su atención.

—Así que, cuéntanos, Dax, porque todos estamos muriendo por saberlo: ¿cómo es la comida en prisión?—Vuelve a reír.

—Bueno, una cosa que tienes que entender, Andy, es que cuando te acusan falsamente de un delito, todo sabe a mierda.

Escucho su silencio incómodo al otro lado de la línea, y contrasta muy bien con la expresión horrorizada de Jacob. Justo la reacción que buscaba.

Andy balbucea de un lado a otro y finalmente dice—: Así que lo estás diciendo claramente.

—Así es. No soy el tipo adecuado para esto, solo el tipo que quieren —digo.

Jacob se incorpora de golpe y me hace el gesto de cortar con el pulgar arrastrándolo por el cuello. Pero lo hecho está hecho, y no puedo parar ahora.

—¡Oooweee! —Andy claramente está disfrutando del sabor del escándalo en el que ha aterrizado—. Eso es una gran declaración, Daytona. Señor Guillotina. ¿O debería decir, "anteriormente conocido como"?

—No, puedes dejarlo justo donde está, gracias —respondo.

—¿Estás diciendo que vuelves con nosotros? —pregunta Andy.

—Estoy diciendo que nunca me fui —digo.

Oh, el timing de eso fue poesía pura, y vuelve a encender a Andy. Está gritando y armando un escándalo tan grande que tengo que alejar el teléfono de mi oreja. Jacob me está mirando con furia, como si quisiera atravesarme con la mirada, pero simplemente me encogí de hombros. Finalmente, yo tengo el control ahora, y no hay nada que él pueda hacer al respecto.

—Dime, dime, Dax, dime esto —dice Andy cuando finalmente se calma lo suficiente como para hablar—. ¿Qué te tomó tanto tiempo, eh? ¿Por qué esperar todo este tiempo para decirnos que te inculparon?

—Sabes, Andy, he estado luchando casi toda mi vida —comienzo.

—Sí, conocemos esa historia íntimamente, amigo mío —responde él.

—Bueno, muy recientemente finalmente conseguí algo por lo que vale la pena luchar. Y eso es lo que estoy haciendo.

—Ah... ¿hay alguna posibilidad de que nos cuentes qué es eso? Vamos, Dax, tus fans quieren saber.

Por un instante, estoy a punto de contarle al mundo sobre mi bebé. Pero entonces pienso en lo que significaría si descubren que Gemma es la madre. La acosarían sin parar y le harían la vida imposible.

—Vas a tener que esperar y ver eso, Andy —digo con una risa. Espero que sea suficiente para alejarlo del tema.

—Respeto, hombre. Mucho respeto por eso —dice simplemente. Y puedo sentir que lo dice en serio. Eso confirma aún más que tomé la decisión correcta cuando lo elegí para esta entrevista—. Sigamos, ¿qué puedes contarnos que no sea de alto secreto?

Miro a Jacob, pero él simplemente levanta las manos en señal de derrota. Tengo que contener otra risa porque la expresión en su rostro es invaluable. Finalmente se ha rendido.

—Cosas que puedo contarles —digo, pensando en una manera de terminar esta entrevista con broche de oro—. Bueno, primero voy a limpiar mi nombre para que la persona adecuada esté aquí, pagando por lo que hizo. Y una vez que eso esté hecho, voy a por Menéndez para recuperar mi título.

Una vez más, Andy estalla con efectos de sonido salvajes y risas eufóricas. Lo tengo comiendo de mi mano, y su reacción asegura que todos sus oyentes hagan lo mismo. Termina la entrevista con la charla habitual y me desea suerte. Quedo sin aliento cuando termino la llamada, todavía emocionado por la adrenalina de tener tanta influencia de nuevo en mi esquina.

Jacob se levanta lentamente de su asiento y recupera el teléfono. — Si hubiera sabido que eras capaz de ese tipo de prensa, lo habríamos hecho hace mucho tiempo.

Le doy una palmada de agradecimiento en la espalda mientras sale de mi celda. —Derribado, pero nunca fuera, Jacob. Recuérdalo.

Espero hasta que no puedo verlo más antes de dejarme caer en mi litera. Me siento eufórico, y no quiero que termine todavía, así que saco la carta de Gemma y la leo por centésima vez.

Querido Dax,

Perdóname. Mi corazón está dividido en dos y hasta hoy no sabía qué hacer con él. Pensé que tenía que elegir, y necesito que sepas que cuando te dejé en esa sala de visitas fue el dolor más grande que he sentido.

Pero entonces hoy sucedió. Escuché el latido del corazón de nuestro bebé por primera vez. ¡Oh, Dax! El sonido me destrozó, y me di cuenta de que no estoy maldita con un corazón roto. Solo significa que soy increíblemente afortunada de tener tanto más espacio en él para el amor.

Y Dios, te quiero.

Sé que tú también me quieres. Por eso la verdad absoluta es que eres inocente. Lo he sabido todo el tiempo, pero caí presa de la batalla dentro de mí. Quiero que sepas que la batalla ha terminado. Ya no tengo miedo. Ahora puedo decir lo que hay que decir:

Te necesito. Nuestro bebé te necesita. Limpia tu nombre y vuelve a casa con nosotros.

Siempre tuya,

Gemma

GEMMA

Las hormonas del embarazo son lo peor. Me encuentro en un bajón emocional la mayor parte del tiempo, y el hecho de que mañana tengo que declarar me está matando. Todavía no he encontrado una manera de excusarme. Ni siquiera sé si eso es posible. Kate dijo algo sobre estar obligado cuando te llaman a declarar, y la idea de subir allí para hablar en contra de Dax me revuelve el estómago, incluso más que las habituales náuseas matutinas que me han estado dejando hecha polvo a diario. Me sorprende que Aiden no se haya dado cuenta, pero él mismo ha estado tan angustiado por el juicio que supongo que por ahora estoy a salvo.

—Gem, tienes que ver esto —dice Aiden, entrando de golpe en mi habitación y agitando el periódico de la mañana.

Siento que me han pillado con los pensamientos sobre Dax y el bebé todavía dando vueltas en mi cabeza. Pero está tan distraído por lo que quiere mostrarme que tengo tiempo suficiente para recuperar la compostura.

Aiden despliega la portada sobre mis piernas. —Mira —dice, golpeando el periódico con su dedo.

El artículo trata de una aparente entrevista de Dax con un tipo de la radio, donde declaró públicamente que lo habían acusado falsamente. Trago saliva y obligo a mis ojos a devorar las palabras frente a mí.

—Ya no sé qué creer —dice Aiden, sosteniendo su cabeza entre las manos mientras se sienta al borde de mi cama. —Mañana tengo que declarar en su contra, y ahora pasa esto.

Extiendo la mano para acariciar su espalda. —Solo hay una verdad, Aiden, sin importar lo que digan sobre las dos caras de una historia. Tienes que confiar en tu instinto. Conoces a Dax. Entonces, ¿qué te dice tu instinto?

Sus hombros se hunden bajo el peso de su suspiro. —Estaba tan enfadado por Riley —dice sin levantar la vista. Puedo escuchar el indicio de lágrimas en su voz. —Estaba tan enfadado porque me lo arrebataron. A nosotros.

—Lo sé.

—Y cuando decían que Dax lo hizo, eso me dio a alguien a quien culpar. Necesitaba a alguien a quien culpar, Gem. Ni siquiera me importaba quién fuera. —Su voz flaquea débilmente al final, desvaneciéndose en un sollozo ahogado.

—Yo también creo que es inocente —digo.

La cabeza de Aiden se levanta de golpe y me mira con ojos húmedos y abiertos. —¿Lo crees? —Parece aliviado. Es como si hubiera tenido miedo de decir algo, y ahora que sabe que no está solo, es un peso que se le ha quitado de encima.

—No hay manera de que Dax pudiera haber hecho algo así. Por nada más que porque te quiere un montón. Nunca te haría daño de esa manera.

El alivio en el rostro de Aiden se convierte en miedo. —¿Qué vamos a hacer? —pregunta, con la voz temblando un poco. —No podemos

negarnos a declarar, ¿verdad?

—No lo sé. Llamaré por ahí para averiguar cuáles son nuestras opciones. Pero por ahora, tenemos que mantener la calma, ¿vale?

Asiente y se pasa el brazo por la cara para secarse las lágrimas.

—¿Café? —pregunta, levantándose.

Estoy a punto de decirle la razón por la que estoy evitando la cafeína, pero entonces suena mi teléfono y arruina el momento. Niego con la cabeza y Aiden sale de la habitación para que pueda contestar.

—Es Reed —dice una voz abrupta al otro lado del teléfono que casi me tumba. Es la última persona de la que esperaba escuchar.

—Eh, hola, Reed —digo incómoda.

—Escucha, lo dejamos todo muy mal, y siento cómo a veces funciona la vida, pero hay una crisis y estamos hasta el cuello, ¿podrías venir y echarnos una mano?

Es la frase más larga, la mayor cantidad de sílabas, que jamás la haya escuchado decir de una vez. Tengo la sensación de que algo enorme acaba de pasar en el campamento del alcalde.

—¿Vas a decirme de qué se trata? —pregunto.

—No te pongas graciosa, Gemma. No hay tiempo para tonterías. Tienes habilidades, necesito esas habilidades. ¿Sí o no? —responde.

Y aquí estamos, volviendo al estilo corto y directo que la caracteriza. Es reconfortante, y me siento mucho más tranquila después de escuchar eso que tras su inicial petición de ayuda.

—Claro, Reed. ¿Cuándo me necesitas?

—Ahora. Pero hay algo más... —Hace una pausa, obviamente dándome la oportunidad de preguntar qué es. Pero no lo hago, porque ella me lo va a decir de todas formas, así que ¿para qué

perder el aliento? —Tu participación no puede ser oficial debido al caso de Dax Daytona. Quiero que estés aquí de manera informal. Por ahora. Una vez que el juicio termine y se aclare todo, estaré encantada de considerar tu regreso oficial.

Hay una leve ira que hierve justo debajo de la superficie. No soporto la forma en que se refiere a mi asociación con Dax. Pero la reprimo y respiro hondo. Esta podría ser mi oportunidad de volver. El lado positivo de mi nublada carrera.

—Vale, estaré allí en veinte minutos.

—Usa la entrada trasera —dice, y corta la llamada sin un gracias o un adiós.

En este punto, ya estoy acostumbrada a Reed, y su manera de tratar con la gente no me ofende. Lo que sí hace es decidirme a terminar el artículo sobre Dax en lugar de apresurarme a acudir a su llamado. Este es el riesgo que se corre con los seres humanos, y no me arrepiento.

El artículo sobre la entrevista de radio de Dax es solo un resumen, pero hace un gran trabajo capturando su energía y su estado actual. Cuando leo la parte en la que dice que quiere luchar por su libertad porque finalmente tiene algo por lo que luchar, se me llenan los ojos de lágrimas. Porque soy yo y el bebé de quien está hablando. El sentimiento cala hondo, y de repente me siento agradecida por haber escrito esa carta. ¿Quién sabe? Cuando sea vieja y cana, podría recordar ese momento como la elección que cambió mi vida.

MENOS DE UNA HORA DESPUÉS, estoy de camino al lugar del que me despidieron. Por pura curiosidad, hago una pasada sigilosa frente a la oficina de campaña para ver de qué va tanto alboroto. El lugar está plagado de prensa que se desborda desde las puertas principales hasta el aparcamiento al lado del edificio. No hay manera de que entre allí sin ser vista a menos que aparque mi coche en otro sitio, y Reed dejó claro que no debo llamar la atención. Enciendo la

radio con la esperanza de escuchar un boletín de noticias que pueda arrojar algo de luz sobre lo que está pasando exactamente, pero no hay ningún aviso para cuando llego frente a El Grano.

El primer y mejor lugar en el que pensé, El Grano está a poca distancia de la oficina y también me da acceso a la parte trasera de los edificios de la calle. Al salir del coche, adopto el modo sigiloso que perfeccioné al esconderme para ver a Dax en casa de sus padres. Me meto en el callejón estrecho junto a la cafetería y me dirijo hacia atrás, donde me alegro de ver que mi plan improvisado parece estar listo.

La fila de edificios que tengo que pasar para llegar a la oficina de campaña no solo están casi perfectamente alineados, sino que también están conectados por un pasillo de contenedores de basura que tiene suficiente espacio para que pase cómodamente. Me pongo en marcha de inmediato, sin querer perder más tiempo de Reed. Sin embargo, a mitad del camino detrás de la entrada trasera de El Grano, me encuentro con el mayor defecto de mi plan. Un pasillo de contenedores implica la presencia de contenedores, por supuesto, lo que a su vez implica olores que preferiría no oler. Y bajo el sol de Vegas, todo se amplifica al máximo.

El hedor putrefacto de los residuos en descomposición se mete por mis fosas nasales y se desliza por mi garganta hasta el punto de que puedo saborearlo. Considero dar media vuelta, pero no estoy en posición de perder más tiempo. Así que sigo adelante, ahogándome mientras atravieso la mezcla más horrible de aromas.

Leí en alguna parte que el embarazo puede agudizar tus sentidos. Algunas mujeres tienen un sentido del gusto más fino, y otras tienen un sentido del olfato extremadamente sensible. Trato de aferrarme a mi afirmación como individuo, pero para cuando cruzo al terreno del tercer edificio, me sitúo firmemente en la categoría de los olores del embarazo. Tardé unos dos minutos en vomitar mi desayuno detrás de un contenedor, antes de estar lista para continuar.

Cuando finalmente llego al piso de comunicaciones, la oficina es un torbellino de actividad como de costumbre. Pero a diferencia del zumbido habitual que hay aquí, parece haber una corriente subyacente de caos. Incluso me atrevería a llamarlo pánico.

—¿Me buscabas?

Chris aparece a mi lado como salido de la nada. Lleva una camisa blanca de botones y pantalones de color carbón.

—¿Qué coño? ¿Quién diablos eres tú y por qué te has comido a Chris?

Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe con ganas. —Disfrútalo mientras dure. En cuanto se vaya el alcalde, vuelvo a ser mi verdadero yo, como la princesa más Disney del lugar.

Chris está en plena forma, como siempre. Pero me interesa más lo que decía antes de su comentario de Disney. Incluso las náuseas matutinas inducidas por los olores no son más que un recuerdo lejano y sin sentido.

—¿Acabas de decir que el alcalde está aquí? —pregunto, actuando con la mayor despreocupación posible. Estoy segura de que su visita es la razón detrás de la llamada que Reed me hizo antes.

—Dios, no. No hasta más tarde. —Me rodea con su brazo y comenzamos a caminar. No tengo ni idea de adónde me está llevando, aunque aún no he visto a Reed por ningún lado.

—¿Qué pasa más tarde? —pregunto.

No dice nada, pero me lanza una sonrisa traviesa que da la impresión de que sabe mucho más de lo que está revelando. No insisto en el asunto y confío en que el hecho de que Dick Ross me haya llamado personalmente me califica automáticamente para enterarme pronto.

Llegamos a la sala de conferencias privada con la puerta cerrada, y en lugar de acompañarme adentro, Chris me deja educadamente

frente a la puerta. Esto debe ser entonces: el núcleo de la crisis. Y con Reed visiblemente ausente de la oficina general, sé que debe estar allí dentro.

Aguzo el oído para intentar escuchar lo que está pasando dentro, pero la oficina es tan ruidosa que la misión estaba condenada al fracaso desde el principio. Todo este secretismo alrededor del alcalde tiene mi atención, y me muero por saber de qué se trata toda esta conmoción. Pero ahora me encuentro con un problema: ¿llamo a la puerta o simplemente entro?

Justo en ese momento, la puerta se abre y un grupo de empleados comienza a salir de la habitación. Reed cierra la fila y se detiene frente a mí con las manos en las caderas.

—Necesitas anunciarte —dice—. ¿Cómo se supone que voy a saber que estás aquí?

Reed desaparece en la sala de conferencias y la sigo, asegurándome de cerrar la puerta detrás de mí. Lo que me encuentro una vez dentro definitivamente no es lo que esperaba. Solo estamos los dos y una gran televisión. Estaba reproduciendo un clip de noticias que ha sido pausado, así que la habitación está en silencio. Comparado con el Armagedón político que está ocurriendo justo fuera de esa puerta, la sala de conferencias es como un santuario sereno.

—¿Con quién se acostó? —pregunto.

—¿Quieres decir, con quién no se ha acostado? —pregunta Reed, cogiendo el control remoto de la televisión—. Necesitas ver algo.

La imagen en la pantalla de la televisión se reanuda unos segundos después en una transmisión de noticias. Reconozco a la presentadora, pero no a la mujer de la foto de la que está hablando. Una mujer mayor, posiblemente de mediana edad, con ojos azules y pelo color miel.

—Bueno, no se puede decir que el alcalde no tenga buen gusto en mujeres —comento—. Es preciosa, incluso a su edad.

Reed levanta una mano para indicarme que deje de hablar y sube el volumen de la televisión. —Escucha —dice simplemente.

No entiendo por qué tiene que ser tan críptica con esto. Es como si le divirtiera. Pero creo que mi tiempo estaría mejor empleado trabajando que viendo viejas transmisiones de noticias. Luego escucho el nombre de Dax y mi atención queda cautivada.

—...se presentó con la historia el mismo día que confesó su sórdida aventura con el alcalde Halston. Gastin ha proporcionado a las autoridades el informe oficial en el que afirma estar con Dax Daytona la noche en que Riley Meeks fue asesinado. Aún no hemos recibido ninguna declaración de la fiscalía, pero es seguro decir que la aparición de Gastin como coartada para Daytona seguramente afectará la dirección del caso. El equipo legal de Daytona está—

La pantalla se queda en negro y mi reflejo me mira fijamente. Inmóvil.

—Los del equipo de limpieza ya han sido informados —dice Reed, lanzando el control remoto sobre la mesa—. Tú formas parte de eso, pero entenderé si tú—

—Estoy bien —fuerzo una sonrisa cuando la miro. Puedo notar que no se lo cree—. ¿Es creíble? —pregunto. Es una de esas preguntas que haces pero que te aterra escuchar la respuesta por si acaso confirma tus peores temores.

Intento mantener el enfoque en el trabajo, pero la idea de que Dax pasó la noche con esta mujer al mismo tiempo que yo estaba identificando el cuerpo de mi hermano en la morgue... Me enferma. Las cosas no iban bien, pero estábamos juntos. ¿Así que se llevó a alguien más a su cama porque yo no aparecí? Si no hubiera vaciado el contenido de mi estómago de camino hacia aquí, la náusea que siento ahora habría hecho que eso sucediera aquí mismo, en esta sala de conferencias.

—Estamos investigando su credibilidad ahora —dice Reed—. Por supuesto, nuestro trabajo es hacer que parezca una mentirosa sin importar qué. Tú estás aquí para ayudarnos a encontrar todo lo que existe sobre esta mujer para desacreditarla. Luego, transformar esos datos en mensajes útiles para las redes sociales y la prensa. Pero—

—Pero cuando hagamos eso, Dax pierde su coartada.

Asiente. Es solo la segunda vez desde que la conozco que siento una emoción genuina en Reed. La última vez fue el día en que me despidió.

—Aprecio que me hayas enseñado esto —digo entonces—. Y por haber vaciado la sala antes de hacerlo.

Reed se mueve incómoda. No le gusta que la hayan pillado haciendo algo considerado por alguien más. Y así es como sé que, a pesar de nuestro comienzo complicado, he encontrado una mentora que vale la pena tener.

DAX

Es la hora del recreo en el Bloque B, y los tipos están segregados en sus grupos habituales. Puedo distinguir quién es quién con solo mirar, y hoy estoy buscando un teléfono. Cuando me llegó la noticia de esta coartada, Gemma fue mi primera y única preocupación. No soporto la idea de que ella esté por ahí, creyendo que esta historia de mierda es cierta, especialmente ahora que estamos en un buen momento. Es una lucha contener la ira y concentrarme en arreglar las cosas.

Mi presencia llama inmediatamente la atención, y siento todas las miradas sobre mí mientras cruzo el patio. La situación es tensa. El Bloque B es el hogar de los jefes de las pandillas y sus secuaces. Un contacto visual con la persona equivocada, y los problemas con las mujeres serán lo de menos. Me muevo con firmeza, mantengo las manos a la vista y espero que alguien decida provocarme. Bienvenida cualquier excusa para darle una paliza a alguien en este momento.

—¿Estás perdido, Daytona? —pregunta Wu.

Wu es un tipo bajito, desaliñado, con aspecto de mono y unos dientes que han visto días mejores. Los que todavía tiene en la

boca, al menos. Es una suerte que no haya tenido que buscarlo, porque Wu es el Santa Claus del Bloque B.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay guardias al alcance del oído, y digo:

—Necesito hacer una llamada.

—¿Echando de menos a tu mamá? —Wu se ríe de su propio chiste.

—Algo así, sí. Entonces, ¿me puedes ayudar o no?

Saca un palillo de detrás de la oreja y se lo mete entre los dientes.

—La pregunta es si tú me puedes ayudar a mí —sus ojos brillan con una chispa de travesura.

—¿Cómo va tu cuenta de la cantina estos días? —pregunto. —Podría recargarla por ti.

Un destello de sorpresa cruza su rostro y desaparece rápidamente. El dinero rara vez es la moneda de cambio aquí dentro. No mucha gente lo tiene.

—Dos semanas —dice, alargando la 's' con un sonido sibilante y siniestro.

¿Este tipo quiere que le llene la cantina durante dos semanas solo por una miserable llamada telefónica?

—Hecho. El dinero no significa nada para mí, y si va a arreglar las cosas con Gemma, estaría feliz de dárselo todo.

No puedo hacer una llamada a la vista de todos, así que Wu envía a uno de sus hombres conmigo a las duchas. Estoy seguro de que los dos yendo allí juntos dará de qué hablar, pero eso es otra cosa que no me importa en este momento.

—Tienes un minuto —dice el tipo, y me entrega el teléfono.

Marco el número de Gemma y espero. La llamada más cara que he hecho nunca, en más de un sentido. El tono de llamada sigue y

sigue. Más de lo que debería. Estaría decepcionado si no estuviera tan cabreado conmigo mismo. Si no hubiera hecho esa entrevista con Andy, no habría habido tanto revuelo mediático ni una ola para que oportunistas como esta mujer, de la que ni siquiera he oído hablar, aprovechen para prolongar sus quince minutos de fama a costa mía.

—Déjame intentarlo de nuevo —digo, cortando la llamada y volviendo a marcar inmediatamente.

—No puedo hacer eso —avanza para recuperar el teléfono.

Extiendo un brazo para mantenerlo a raya, con el teléfono pegado a la oreja.

—Contesta, contesta —murmuro en el aparato.

Pero todavía no hay respuesta, y el matón de Wu no está dispuesto a darme otra oportunidad. Me arranca el teléfono de las manos, se lo mete por delante del pantalón y se va.

Jacob me encuentra en el juzgado más tarde ese día, y tenemos unos minutos a solas antes de que comience la siguiente sesión. Hoy es el día en que Aiden y Gemma declararán. No sé qué esperar y no quiero pensar en ello.

—¿La llamaste? —pregunto, saltándome los saludos triviales y yendo directo al grano.

Jacob solo niega con la cabeza. Sé lo que eso significa.

—¿Probaste con el hermano?

Suspira impaciente y dice:

—Llamé a todos los números que me diste. Varias veces.

—Joder.

—No entiendo por qué estás tan enfadado, Dax. Esto es lo mejor que podría pasar para tu caso —dice, dándome una palmada en la

espalda.

—Es una mentira, Jacob —estoy furioso, pero me esfuerzo por mantener bajo control ese temperamento problemático mío. Lo último que necesito es que alguien me vea perder los estribos tan cerca del día del veredicto.

—Mira, al público le encanta —dice—. Tiene a todos comiendo de su mano. Si su declaración se sostiene, estás libre.

Me acerco a su cara, mi mirada furiosa lo corta en seco:

—Soy inocente.

Da unos pasos hacia atrás y mira a su alrededor con timidez. Supongo que no sería una buena imagen que alguien viera a su cliente intimidándolo.

—Dax, no importa que sepamos que eres inocente. Tenemos que conseguir que el jurado también lo crea lo suficiente como para tomar una decisión. Y para lograrlo, a veces necesitas algo más que los hechos.

—No quiero que ella se involucre —digo, con palabras cargadas de ira—. He llegado hasta aquí con la verdad, y voy a terminar esto de la misma manera.

Jacob pone una mano tranquilizadora en mi hombro y dice:

—Si la llamamos al estrado, su testimonio podría tenerte en casa en cuestión de días. Los cargos retirados. Un hombre libre para seguir adelante y continuar con tu carrera.

Aprieto la mandíbula y trato de concentrarme en mi respiración. No sería una buena imagen entrar así en la sala del tribunal. Ya tengo que lidiar con ver a mi mejor amigo y a la madre de mi hijo en ese estrado. ¿Cómo diablos voy a sobrevivir este día?

—Jacob —digo, con un tono tranquilo aunque contenido—. No voy a mentir para salir de esto cuando la verdad es que soy inocente. Y no

quiero que pienses que eso es lo que necesitamos para lograrlo.

Asiente lentamente.

—De todas formas voy a entrevistarla —dice.

—¿Qué? ¿Para qué? ¡Nunca la he visto en mi vida!

Jacob alza ambas manos para calmarme.

—Solo... solo quiero hablar con ella, eso es todo.

Es tan transparente como un cristal. ¿Por qué estaría tan interesado en hablar si le he dejado claro que esta mujer es una desconocida para mí? Sé que está planeando usar su falso testimonio. Parece demasiado contento con ella. Como un perro con un hueso nuevo y brillante que también es una tarjeta de salir de la cárcel gratis. Pero ¿cómo hago eso con la conciencia tranquila? ¿Cómo salgo de aquí con mentiras y luego sigo con mi vida como si me lo mereciera?

—¿Puedo usar tu teléfono? —le pregunto. Todavía tengo unos minutos, y si puedo contactar a Gemma antes de que suba al estrado, podría ayudar mucho. No para manipular su testimonio, sino para asegurarme de que su declaración no sea manipulada por mentiras.

—Dax, no va a contestar. ¿Para qué molestarse?

—Porque ¿qué más puedo hacer?

—Vamos —dice, poniendo una mano en mi espalda para guiarme hacia el edificio—. Probablemente ya están dentro. Estamos a punto de empezar.

Aiden y Gemma no están en la sala del tribunal, y durante unos minutos me permito ser feliz pensando que no van a subir al estrado. Jacob destruye esa idea cuando me dice que han optado por estar fuera de la sala hasta que los llamen. Mi corazón se hunde. Esto debe ser tan doloroso para ellos, y tiene sentido que no quieran pasar por los detalles sangrientos con el resto de nosotros.

Nos llaman a sesión y el día comienza con la fiscalía presentando sus testigos. No pensé que sería tan difícil, pero después de que la fiscalía llama a Chuck a declarar —haciéndole preguntas sobre mi temperamento y comportamiento—, me doy cuenta de que estoy en un infierno. Todas estas personas son cercanas a mí, personas que respeto y quiero. Y la fiscalía las está usando como armas en mi contra. No es que las hagan decir cosas horribles, pero simplemente diciendo la verdad, consiguen confirmar esta imagen monstruosa que la fiscalía ha estado trabajando tan duro para venderle al jurado.

—La fiscalía llama a Gemma Meeks.

Escuchar su nombre resonar en la sala me saca de mi cabeza, y mi corazón comienza a latir con fuerza. Escucho las puertas abrirse detrás de mí y el suave clic de sus tacones mientras camina por el pasillo. Aprieto el borde de la mesa, con los nudillos blancos.

—Solo... relájate —dice Jacob en un susurro bajo. Obviamente ha notado mi tensión y siente la necesidad de recordarme que me comporte.

—Está bien. Estoy bien.

No puedo apartar la vista de ella mientras se dirige al estrado. Es la primera vez que la veo desde el día que vino a visitarme, y está tan hermosa como siempre. Tiene el cabello recogido en un moño elegante, con mechones rebeldes que se han escapado, enmarcando su rostro impecable. Lleva el mismo vestido de verano que usó la noche de la fiesta de prensa, y ya puedo ver que le queda un poco ajustado en la cintura. Pero sus ojos. El brillo habitual ha sido reemplazado por un profundo pozo de agotamiento que es imposible de soportar porque sé que soy la razón detrás de eso.

La fiscalía comienza a interrogar a Gemma sobre el día que perdí los estribos con Riley. Está trabajando duro para no mirarme, puedo notarlo. Probablemente no soporta verme. Si tan solo hubiera contestado alguna de mis llamadas...

—¿Te sentiste asustada en ese momento?

Gemma baja la mirada. Es como si toda la sala contuviera la respiración, esperando su respuesta.

—Gemma —la fiscalía la presiona para que responda.

Ella respira profundamente y luego dice, sin levantar la vista:

—Sí.

Suelto el aire que estaba reteniendo, pero cada músculo de mi cuerpo sigue tenso. Quiero volcar la mesa frente a mí, hacerla añicos. Gritarle a estas personas por ponerla a ella y a todos nosotros en esta situación. Principalmente, solo quiero golpear a alguien en la cara. A Stash, si puedo ser quisquilloso. Él es la maldita razón por la que estamos en este lío.

—¿Sentiste que era capaz de hacerle daño a tu hermano?

Dios. Esta mujer va con las garras afuera y los dientes al aire.

Gemma asiente.

—Necesito que respondas con un sí o no audible —dice.

—Sí —la voz de Gemma es apenas un susurro.

—Gemma —

Gemma levanta la vista, mira directamente a los ojos de la fiscalía.

—Sí —dice, fuerte y claro—. Es capaz de hacerle daño a cualquiera.

GEMMA

Escucho un ligero golpe en la puerta de mi habitación antes de que Kate entre lentamente. Se acerca con precaución y se sienta al borde de mi cama. No levanto la cabeza de la almohada, que ya está empapada bajo mi rostro.

—Aiden ha llamado —dice—. ¿Está bien que esté aquí?

No respondo.

Ella extiende la mano y acaricia suavemente mi pierna. —Todo este estrés no es bueno para el bebé —comenta.

Y sé que solo quiere lo mejor, pero por el amor de Dios. Como si no lo supiera. Como si estuviera buscando situaciones que compliquen mi vida y angustien a mi hijo por nacer. Realmente deseo que Aiden no la hubiera llamado. No puedo lidiar con personas que necesitan inversión emocional en este momento. Solo quiero quedarme aquí sumida en mi miseria hasta que salga el sol y tenga que ir a trabajar. Al menos allí no se espera que haga nada más que mi trabajo. No necesitan que sea más que una pieza más en el engranaje.

—¿Has comido?

—Kate... —Tengo que detenerla, o seguirá y seguirá comportándose como una amiga helicóptero. Volando alrededor, preocupándose por mí y exigiendo cosas para las que no estoy en condiciones de responder.

—No me echas —dice—. No me quieres aquí, pero me necesitas aquí. Así que solo... déjame quedarme.

—Estoy cansada.

—Entonces duerme —dice encogiéndose de hombros—. Me quedaré callada. —Hace como si cerrara la boca con llave y la tirara lejos.

Y entonces vuelven las lágrimas. He estado llorando prácticamente desde que salí del juzgado ayer, pero de alguna manera mis ojos todavía tienen más para dar. Brotan de mí en torrentes, sacudiendo mi cuerpo con sollozos que causan un dolor físico real.

Kate se mueve rápidamente, acostándose detrás de mí y convirtiéndome en su cucharita. Coloca un brazo bajo mi cabeza y, con el otro alrededor de mí, me acerca a ella. Me aferro tanto como ella, agradecida por la amiga que no acepta un no por respuesta.

—Pensé que había terminado —digo entre sollozos—. Pensé que finalmente había bajado de esta montaña rusa.

—Oh, Gem —dice, besando la parte superior de mi cabeza—. Nunca es tan fácil con estas cosas.

—Pero estábamos bien —inclino la cabeza para mirarla—. Al menos eso creía. Le creí, Kate. Era lo que se sentía bien... aquí —clavo un dedo en mi pecho—. Y entonces aparece esta tal Glory, diciendo todas esas cosas sobre ella y Dax, y...

—Querías hacerle daño a él también —dice, con voz llena de comprensión.

—Hay un agujero negro que me está devorando por dentro. Me siento horrible por lo que le hice. Las cosas que dije en ese estrado...

—Oye —me toma la cara entre sus manos y me mira con seriedad—. Eres humana y haces cosas humanas. La situación en la que estás ahora... te fue impuesta por un monstruo. Él es el culpable de todo esto. No tú.

—Pero Dax... —vuelvo a llorar y entierro mi rostro en su pecho.

—Dax es un hombre grande que puede cuidar de sí mismo. Lo único que necesitas hacer es asegurarte de que tu bebé esté bien.

—Pero ese es el problema, Kate —digo—. Quería que fuera parte de nuestras vidas, pero después de mi testimonio... realmente creo que perjudicó su caso.

Ella niega con la cabeza. —No pienses en eso. Duerme un poco y afróntalo con la mente fresca por la mañana.

Kate me acomoda a su lado y acaricia mi cabello. Sabe que es como un bálsamo mágico para calmarme cuando estoy alterada. Esta noche no es diferente y siento el peso del sueño comenzar a apoderarse de mi cuerpo. El cansancio se extiende desde mis pies hasta mi cabeza, que parece pesar una tonelada. Me quedo dormida.

No me siento mucho mejor al prepararme para ir a trabajar por la mañana, pero mi cuerpo definitivamente nota los efectos de una buena noche de descanso.

Aiden entra en la cocina con solo una toalla envuelta alrededor de su cintura. Su cabello todavía gotea.

—¿Limonas para desayunar? —pregunta y se sirve una taza de café.

Me chupo otro trozo de limón y me encojo de hombros. Últimamente ha sido un antojo mío, y siento que podría inhalar el limón cada segundo de cada día sin cansarme de él. Pero no puedo hablar de eso con Aiden. Él todavía no sabe sobre el bebé, y hasta ahora no ha habido un buen momento para mencionarlo.

—¿Vas a quedarte aquí así?

Él sonríe con ironía y se sube a la encimera de la cocina para ponerse más cómodo. —No te estoy molestando, ¿verdad? —Sopla el vapor de su café y da un sorbo.

Yo le pongo los ojos en blanco y voy por mi cuarta rodaja de limón de la mañana. —Para nada —digo.

Y durante un rato, la cocina está en silencio, excepto por los sorbos y los ruidos.

Entonces Aiden dice: —He leído la transcripción de tu testimonio.

Mis ojos se clavan en los suyos, y ese viejo peso vuelve a posarse sobre mi pecho. Aparto el plato de limón. De repente, ya no tengo apetito.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunto.

Él lo piensa un segundo, y luego dice: —Porque sentí que la fiscal me estaba guiando con sus preguntas, ¿sabes? No era como si estuviera allí para decir la verdad, ella quería que dijera su versión de la verdad. Me cabreó porque él estaba allí sentado, y yo estaba diciendo todas esas cosas que lo pintaban como—

—Un monstruo.

Él asiente lentamente. —Exacto.

—¿Crees que fui dura?

—Creo que ambos nos dejamos atrapar en la guerra de la fiscalía contra Dax —dice, y se baja de la encimera con su café—. Voy a vestirme y a ir al taller. ¿Cómo va tu crisis con el alcalde?

Yo gimo en voz alta.

Él se ríe para sí mientras sale. —Buena suerte con eso —dice por encima del hombro.

El centro de crisis está en pleno apogeo cuando entro. Reed está en la pizarra, en medio de un intrincado diagrama de araña con las

rutas de comunicación en varias plataformas de medios.

—Gemma —Reed me habla sin volverse ni dejar de escribir frenéticamente—. ¿Has recibido respuesta de *GMA*?

—Eh, sí. Glory aparecerá en el programa mañana —digo, y dejo mi bolso en mi silla antes de acercarme a ella—. Lo llaman una exclusiva.

—Joder. —El rotulador de pizarra chirría bajo la presión furiosa de la mano de Reed. ¿Sabemos de qué van a hablar?

—Estoy trabajando con un tipo de producción para que me envíe por correo la lista de preguntas. Debería tenerla después del almuerzo.

—Eres una diosa —dice, y finalmente deja de escribir el tiempo suficiente para mirarme—. Necesitamos una interceptación de proporciones colosales en este caso. Que Chris tome el mando y lleva a dos más contigo.

—¿Alguien ha dicho mi nombre? —Chris aparece en la puerta, luciendo su habitual felicidad ahora que puede llevar su caftán de nuevo.

—Eres un bicho raro —dice Reed—. Gemma, ponlo al día. —No espera respuesta y vuelve a sus garabatos de científico loco.

Chris y yo nos dirigimos a la zona de refrescos. Shawn acaba de traer donuts frescos y quiero llegar antes de que se acaben los mejores.

—Hoy te veo especialmente gris —dice, colocando dos donuts de chocolate en su plato y mordiendo un tercero.

—Vaya, gracias, Chris. Eres muy amable.

—Ajá, ahá.

Soy consciente de su mirada implacable mientras elijo entre los de chispas de colores y los de canela. Y cuando me enderezo con mi plato, él se acerca.

—Entonces, ¿para cuándo es?

Me burlo. —¿Q-qué? ¿De qué estás hablando?

Pero sé por su sonrisa socarrona que no se va a tragar nada de lo que intente decirle en este momento. Ni siquiera se me nota aún, así que cómo ha adivinado es un misterio para mí.

—Por favor, no se lo digas a nadie. —Bajo la voz y espero que nuestra amistad sea lo que creo que es.

Chris me guiña un ojo y se mete el resto del donut en la boca. —Me encantan los secretos —dice con la boca llena.

—Gracias, y también, eres asqueroso.

Él intenta reírse sin escupir todo por la boca, y luego se lo traga todo con un chasquido de labios. —¿Te has enterado? Debes haberlo oído, porque... —Hace ojos a mi vientre.

No entiendo. —¿Qué debería haber oído?

—Querían poner a Gastin en la lista de testigos, pero la fiscalía no lo permitió. Ordenaron una prueba del polígrafo.

Se detiene ahí. Estoy que me subo por las paredes por saber, y ese es el momento que elige para hacer una pausa en su historia y poder seguir comiendo.

Le doy un manotazo en el brazo. —¡Olvídate del donut y cuéntame qué pasó con la prueba!

Él levanta el dedo índice como señal de que espere, y sigue masticando lentamente. Pero sé que lo está alargando por el drama, y para tomar el pelo. Finalmente, la espera termina, y Chris está listo para soltarlo.

—Falló.

Mi corazón se hunde hasta el suelo. —¿Qué?

—Ella nunca estuvo allí esa noche. Ni siquiera ha conocido al tipo. Resulta que la señorita Glory solo quería salir en las noticias, y ojalá conseguir una audición o dos.

El alivio que me invade es como el cielo. Me siento mil veces más ligera.

—¿Por qué te ves tan feliz por eso? —pregunta Chris—. Esto es malo: acaba de perder su coartada.

No entro en detalles con él. No necesita saberlos. Pero algo más hace clic en mi cabeza que definitivamente puedo compartir.

—Oye, ¿crees que podríamos usar esto para desacreditarla también en el caso del alcalde?

Los engranajes comienzan a girar en la cabeza de Chris, y luego asiente. —Tienes razón. Podríamos usarlo totalmente. Vamos.

Deja su plato en la mesa y me agarra de la muñeca para seguirle mientras corre de vuelta al centro de crisis, sin duda para poner al día a Reed sobre cómo podríamos acabar salvando la campaña del alcalde.

DAX

Jacob está caminando de un lado a otro en la sala de asesores del juzgado. No ha dicho una palabra desde que su asistente trajo el periódico. Todos sus grandes planes para mi caso están empezando a desmoronarse.

—Es como si retrocediéramos dos pasos por cada maldito centímetro que avanzamos —dice, levantando las manos con frustración—. ¿Qué más hace falta para que tengamos un respiro? ¿Cómo puede ser tan difícil cuando eres inocente?

No digo nada, pero entiendo perfectamente cómo se siente. Después de mi aparición positiva en los medios con Andy, realmente creí que las cosas empezarían a encajar para mí, pero parece que están empeñados en creer lo peor. Como con la fallida prueba del polígrafo—la gente dice que le pagué a esta mujer para que se presentara y fingiera ser mi coartada la noche del asesinato de Riley, a pesar de que esa misma prueba demuestra que no nos conocemos.

Pero supongo que ese es el punto de la mentalidad de masas—no hay lógica ni razón, y muy rara vez un propósito.

—¿Cómo se supone que voy a entrar allí y mantener mi credibilidad?
—pregunta Jacob.

—Te dije que era mala idea intentar que fuera testigo. Te lo dije.

—Ya sé lo que me dijiste —responde Jacob—. Fue una estupidez incluirla en la lista de testigos.

—Y ahora tienen una cosa más en mi contra, sin que podamos contrarrestarla.

Jacob se encoge de hombros dentro de su traje. Conozco esa mirada. Es la mirada de un hombre que sabe que está caminando hacia su propia derrota. Solo que su derrota es la mía. Y no voy a permitir que eso ocurra; tengo una familia a la que volver.

Y entonces, como si fuera una señal, el asistente de Jacob entra atropelladamente en la sala. Está sin aliento y agita una hoja de papel frente a la cara de Jacob.

—¿Qué? No puedo—¿Podrías quedarte quieto? —Jacob arranca el papel de las manos del tipo—. Oh, joder. —Sus ojos recorren rápidamente el texto impreso.

—¿Qué pasa? —pregunto.

El asistente me mira sonriendo, señala el papel y me hace un gesto de aprobación con el pulgar. Luego se dobla con las manos en las rodillas y vomita. Jacob extiende una mano para frotarle la espalda, sin apartar la vista de la página.

—Debes tomártelo con calma cuando subes las escaleras de enfrente —murmura—. Ahora límpialo. Dax— —Me hace señas para que lo siga.

Nos quedamos justo fuera de la puerta para hablar, y el olor del contenido estomacal de su asistente nos sigue. Pero Jacob tiene un brillo en los ojos, y parece que algo grande está en marcha. Estoy a punto de morir de la anticipación.

—Vamos, tío, ¿qué dice? —pregunto.

Coloca una mano en mi hombro, me mira fijamente y dice—: Vas a casa.

El suelo se desploma bajo mis pies.—¿De qué coño estás hablando?

Jacob se ríe. Es el sonido del alivio mezclado con la felicidad.—Han llegado los resultados del collar.

—Lo tienen. —Mis palabras salen en un susurro jadeante, pero mi voz pronto vuelve—. ¿Lo tienen?

—¡Lo tienen!

Nos miran raro los que pasan por el pasillo, pero eso no impide que Jacob y yo saltemos de arriba abajo como un par de animadoras adolescentes.

—¡Wahoo! —Mi grito es risa, y el tipo de liberación que solo es posible después de una victoria imposible. De la nada, lágrimas calientes me queman los ojos. Las aparto rápidamente.

—No te preocupes, Dax. Te lo mereces. ¡Te lo mereces, joder! —Me agita el papel delante de la cara.

Respiro hondo para calmarme. —¿Qué dice? ¿Qué encontraron?

—Es una huella parcial en el medallón y células de la piel en el cordón. Todas coinciden con Stash Lombardi.

Me agarro la cabeza con las manos y me desplomo en el suelo. Lo sabía. Lo sabía, joder. Todo este tiempo se lo he estado diciendo, pero nadie me ha escuchado.

—No me escuchaban —me digo a mí mismo.

Jacob se agacha frente a mí. —Van a escuchar ahora —dice—. Vamos a obligarlos a escuchar.

Esperar es el peor tipo de tortura. Después de pedir un receso, Jacob solicitó una reunión a puerta cerrada en el despacho del juez, y a mí me enviaron a la celda. He caminado de un lado a otro en esta celda diminuta como un millón de veces en las últimas dos horas. Sentarme, levantarme, tumbarme. Mi cuerpo no está feliz con nada. Incluso me quité la camisa y hice mil flexiones. Pero no sirvió de nada. Quiero salir. Y eso es lo único que me va a satisfacer ahora.

Según me explicó Jacob, le va a presentar al juez las nuevas pruebas y sugerirá que mi caso sea desestimado. Con una duda razonable, otro sospecho y el hecho de que la policía ahora tiene que continuar con su investigación, no hay motivos para seguir con mi procesamiento.

Me siento en el suelo en medio de la celda y abrazo mis rodillas. Si mis cargos son retirados hoy, podría estar en casa mañana. Es increíble. Pensar en lo mucho que he luchado por esto, y ahora que lo tengo al alcance de la mano, me aterra. Está Gemma y el bebé, para empezar. Y luego está Aiden. No sé cómo vamos a volver a ser como antes.

—¿No vas a echar una siesta hoy? —pregunta el guardia al acercarse a mi celda.

He estado allí de pie esperando, mi litera impecable porque no podía dormir, cada cosa cuidadosamente colocada y recogida.

—Hoy no, tío. Estoy demasiado alterado.

—Ya me lo imagino —dice, y hace una señal con el dedo para indicar que desbloqueen.

Un zumbido fuerte retumba cuando la puerta de mi celda se abre. Por última vez conmigo dentro.

No puedo describir la sensación que me invade mientras sigo al guardia por los pasillos de la prisión para el proceso de mi liberación. Es surrealista. Después de meses sin mirar a los ojos, ahora observo

cada rostro que paso. Algunos incluso me saludan, gritándome buenos deseos al pasar.

—Estos cabrones querían tu sangre desde el primer día —me dice el guardia—. Ahora golpean los barrotes por ti. —Sacude la cabeza.

—Todos estamos en esto —le digo, y él asiente con comprensión.

Abre la puerta que separa las celdas del área administrativa y se hace a un lado para que pase.

—Oye, ¿crees que alguna vez tendrás una oportunidad contra Menéndez? —pregunta, cerrando la puerta de golpe detrás de mí.

—Voy a intentarlo, eso seguro.

—Bueno, si lo haces, mi dinero está contigo. Y puedes apostar tu culo a que estaremos mirando, así que mejor que le des duro.

Es tan extraño tener una conversación normal sobre algo normal. No recuerdo la última vez que pasó. Pero aunque mi vida en prisión está volviendo lentamente a lo ordinario, todavía estoy dentro. Y todavía tengo esa sensación de no poder respirar completamente. Como si no pudiera llenar mis pulmones, por más que lo intente.

—Te diré una cosa —le digo al guardia—. ¿Qué tal si tú y los chicos me ven desde la primera fila?

—¡Ja! Claro que sí, tío. Allí estaré. —Me da una palmada en la espalda y me lleva al área de procesamiento.

Fuera, el aire es caliente y húmedo. Las puertas de la prisión están justo delante. Y más allá—

—No vuelvas a poner un pie aquí —me dice el guardia, y me entrega mi bolsa de papel marrón con mi cartera, llaves y teléfono.

—Nunca —le digo, y me doy la vuelta para empezar el largo camino fuera del momento más oscuro de mi vida.

He estado entre rejas antes, al lado equivocado de la ley, pero nada en mi vida puede compararse con los momentos más bajos que he tenido en los últimos meses. Es curioso cómo las cosas significan tanto más cuando tienes más que perder.

Una sirena fuerte suena, seguida de un zumbido, y las enormes puertas de la prisión comienzan a abrirse. No me muevo por unos segundos. Tres pasos y estaré fuera. Para siempre. A lo lejos, no hay más que aire libre. Aire libre y Gemma.

—¿Quieres que entre a buscarte? —me llama mientras sale de su coche.

La sonrisa en mi cara es tan grande que me duele.

GEMMA

—**E**l MGM Grand presenta Daytona contra Menendez. Nunca pensaste que volverías a ver tu cara en uno de estos, ¿verdad?—

Dax coge el folleto de mis manos y lo estudia detenidamente. — Admitiré que estuvo cerca, pero siempre lo supe—. Me mira y sonrío.

Me levanto de puntillas para besarlo, y él me rodea la cintura con un brazo para acercarme más. Mis manos sobre su pecho, sintiendo cómo late su corazón justo ahí, todavía me pone la piel de gallina. Kate piensa que es raro que todavía tenga el mismo efecto en mí que cuando era una adolescente enamorada. Sigo diciéndole que prefiero sentirme como una colegiala tonta que como una criada fracasada.

Dax me suelta, pero solo para acariciar mi barriga. Le encanta hacerlo.

—No puedo creer cuánto ha cambiado en solo dos meses—, dice Dax.

—No es la única. Todo ha cambiado—.

Dax vuelve a mirar el folleto y asiente, sumido en sus pensamientos.

—Oye—. Le toco la barbilla para que me mire. —Te has ido otra vez—, le digo.

—Solo estoy pensando, ya sabes—. Se sienta en el banco de madera para terminar de vendarse las manos.

Desde que salió de prisión, Dax tiene estos momentos en los que parece estar a un millón de kilómetros de distancia en su cabeza. Le he preguntado una o dos veces, pero cuando no se mostraba dispuesto a hablar, dejé de hacerlo. Kate dice que hablará cuando esté listo, y que solo debería hacerle saber que estoy ahí para él. Así que eso es lo que hago. Eso es lo que estoy más que feliz de hacer, ya que estuvimos tan cerca de perderlo todo.

—¿Qué te parece si después de la pelea nos tomamos un descanso?— le pregunto, sentándome a su lado.

Él levanta la vista con el ceño fruncido. —¿Qué tipo de descanso?—

—Bueno, esperaba salir de este lugar por un tiempo—.

—Stash—, dice, asintiendo.

—Sé que ya no es un problema para nosotros y que pasará mucho tiempo pagando por lo que hizo, pero—.

Me acaricia la mejilla con suavidad, el vendaje áspero frío contra mi piel. —No puedes escapar de algo que está en tu cabeza, Gem—.

Me inclino hacia su contacto. —Quiero intentarlo—, digo. —Quiero irme contigo—.

—De acuerdo—. Se inclina hacia adelante y me da un beso suave en la punta de la nariz. —Lo que tú quieras—. Y luego me besa en la boca. Un beso lento y profundo que me hace sentir un cosquilleo por todo el cuerpo.

—Sois asquerosos—, dice Aiden, y cuando Dax y yo nos separamos, se acerca y se sienta entre nosotros.

—¿Ves? De esto es de lo que necesito un descanso—. Le doy una palmada en la parte de atrás de la cabeza a Aiden, y Dax estalla en carcajadas.

—¿Os vais a ir?— pregunta Aiden.

—Lejos de ti—, digo. —Para poder besuquearme con mi novio en paz—.

—Lamento decírtelo, cariño, pero Aiden va donde yo voy—.

Les lanzó una mirada de enojo mientras chocan los cinco. —Los chicos son estúpidos—.

—Sí, pero nos quieres—, dice Aiden, y me despeina el pelo.

Dax se levanta y va a por más vendas a su taquilla. —¿Me ayudas?— le pregunta a Aiden, quien obedientemente accede.

Estoy tan feliz de que hayan logrado encontrarse de nuevo. Que todos lo hayamos hecho, de hecho. Nuestras vidas habrían estado tan desunidas y vacías si eso no hubiera pasado. Creo que para Aiden, tener a Dax y a mí juntos fue de gran ayuda. Y cuando se enteró del bebé, no había manera de mantenerlo alejado. Una punzada de tristeza me recorre el corazón, como ocurre cuando estoy demasiado feliz —cuando recuerdo que Riley no está aquí y cómo le habría encantado tener un sobrino.

Han pasado meses, y todavía no puedo asimilar lo que pasó y cómo lo perdí tan de repente. Un minuto mi hermano estaba ahí, y al siguiente —así de pronto— se había ido. Ese agujero en mi corazón sigue ahí, incluso con Dax y el bebé, la reparación de las relaciones rotas y todas nuestras vidas de vuelta en su sitio. Pero eso es porque es un agujero con la forma de Riley, y él es el único que puede llenarlo. Solo tengo que aceptar que estará ahí para siempre, todo por culpa de una persona que pensó que estaba bien acabar con su vida.

—¿Alguna novedad en el juicio?— le pregunto a Aiden.

Mientras Dax y yo hemos decidido apartar todo lo relacionado con Stash de nuestras vidas, Aiden ha seguido el juicio de cerca. Dice que teme que Stash pueda salir librado por un tecnicismo. Eso significa que volvería a estar en la calle y sediento de venganza. Pero hasta ahora, todo ha ido según lo planeado. No le he dicho ni a Dax ni a Aiden, pero este miedo también es mío. Tengo pesadillas en las que Stash sale y me apuñala el vientre mientras duermo. Con suerte, eso es algo que no durará. Sanar lleva tiempo, como diría Kate.

—Esa es, de hecho, la razón por la que he venido —dice Aiden—. No solo para veros discutir como dos perros.

—¡Oh, te encanta! —dice Dax con una risita, y Aiden hace como si se estuviera ahogando.

Golpeo mis manos juntas con fuerza. —Chicos, ¿podríamos centrarnos?

Estoy tan contenta de que vaya a ser una niña, así tendré algo de equilibrio rodeada de toda esta testosterona.

—Ah, sí, el juicio —dice Aiden—. Bueno, escuchad esto —habla animadamente, gesticulando para dar énfasis, como si estuviera tejiendo una historia épica—. Dos de los matones de Stash salieron de la nada. Y ambos afirmaron que estaban allí. Y ambos nombraron a Stash como el culpable... el que...

Dax se endereza frente a su taquilla. —¿Es bueno? ¿Pueden usar esas confesiones en el juicio?

—Sí, y mañana va a ser un día intenso. ¿Queréis venir a ver? Traeré bocadillos y cerveza.

—Lo paso, gracias. Dax y yo tenemos que hacer compras para el bebé.

Aiden mira a Dax con falso asco. —Eres una vergüenza para nuestra especie. ¿Compras para el bebé?

Dax se ríe de él. —Tú también puedes venir si quieres.

—Me apunto —dice Aiden sin dudarlo.

—En serio, Dax, ¿esperas que aguante con los dos toda una tarde?

—Solo estaba siendo educado —dice, y me guiña un ojo.

—Además —interviene Aiden—, tengo algunas ideas de vestuario para mi sobrina que quería llevar a cabo.

Las cejas de Dax se levantan. —¿Por qué esa afirmación me llena de pánico?

Eso nos hace reír a todos, y esa sensación vuelve a apoderarse de mi corazón. Ahora he aprendido a tomarla como una buena señal. Solo ocurre cuando estoy feliz, después de todo. Y si pienso en hace unos meses, cuando estaba en el punto más bajo de mi vida, honestamente creí que nunca volvería a sentirme así.

Ahora tengo a mi hermano, que se está recuperando poco a poco, y tengo a Dax, un hombre al que he amado desde que era un chico tratando de encontrar su lugar en este mundo. Y, por supuesto, a nuestra hija, que de alguna manera logró arreglarme antes de que yo supiera que estaba rota. Incluso antes de nacer. Así que, incluso con este agujero en mi corazón, ahora sé que soy capaz de llenarlo hasta rebosar de amor.

Un golpe fuerte en la puerta del vestuario nos hace callar, y todos nos giramos para ver quién es.

Miles asoma la cabeza y dice: —¿Es seguro entrar?

Dax se acerca a él y le da una palmada en la espalda. —¿De qué estás hablando? Pasa.

—Bueno, aprendí la lección sobre entrar aquí sin anunciarme primero por las malas —dice Miles, y me lanza una mirada cómplice.

Siento que me arden las mejillas y me acerco a Aiden, esperando que me proteja de la vergüenza.

—Ojalá hubiera pensado en eso —dice Aiden—. Si pudiera contar las veces que he pillado a estos dos...

—Vale, vale —dice Dax—. Lo hemos pillado. Sois unos pervertidos.

Miles se ríe suavemente. —Me alegra que finalmente hayas decidido lo que querías. Primero era sí, luego no, luego perdí la cuenta.

—¿Verdad? —dice Aiden, riendo a carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Es el día de atacar a Dax y a Gemma? —pregunto—. Porque no recibí el memo.

—Sí, Miles, ¿por qué no me cuentas qué está pasando ahí fuera? —pregunta Dax.

—Iba a hacerlo, pero me distraíste. Pero ya es casi la hora. Tienes que ir al túnel ahora mismo.

—El momento ha llegado —dice Aiden, adoptando el tono de un heraldo real.

Miro a Dax y puedo ver que está nervioso, pero me lanza una de esas sonrisas para hacerme saber que está bien. Le creo.

—Les diré a los chicos que estás listo —dice Miles, y empieza a salir.

Dax le agarra del brazo para detenerle. —Casi —dice—. Solo tengo una cosa más que hacer antes de que llegue el equipo.

Se acerca a mí con una sonrisa enorme y se arrodilla. Me toma tan por sorpresa que grito y me tapo la boca con ambas manos. Dax coge una de ellas y la sostiene con la suya.

—Gem —dice—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, y nos hemos querido durante la mayor parte de ese tiempo. Simplemente no lo sabíamos y acabamos desperdiciando tanto tiempo separados. Pero ahora que lo sabemos, no quiero que pase un día sin que yo sea tuyo y tú mía. Por favor, cástate conmigo.

Me quedo sin voz, y lo único que puedo hacer en este momento es asentir mientras las lágrimas corren por mi cara.

—Creo que eso es un sí —dice Aiden, riendo con alegría.

Dax juega con la cinta en su mano y luego saca el anillo de diamantes más hermoso que tenía escondido allí. Me lo desliza en el dedo antes de levantarse para darme un beso apasionado. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y le acerco más. Al hacerlo, siento que su agarre también se vuelve más fuerte. Así es como quiero vivir el resto de mis días, los dos aferrados el uno al otro como si nos fuera la vida en ello. Esa sensación me oprime el corazón, y las lágrimas vuelven a brotar.

DAX

Ver cómo se desarrollan los eventos en la televisión en directo mientras estoy encerrado en la habitación del novio es más estresante de lo que pensaba. El lugar de la boda está prácticamente sitiado, con dos helicópteros sobrevolando, furgonetas de noticias aparcadas fuera y una horda de paparazzi al acecho. Están desesperados por conseguir lo que sea, cada uno quiere captar las imágenes que pueda de Gemma y yo en nuestro día de boda. Y ahora que he conseguido arrebatarse a Menéndez el título de campeón de peso ligero, el interés ha aumentado.

—¿Cómo va todo? —pregunta Aiden al entrar y entregarme una cerveza helada.

Señalo la televisión. —Mira tú mismo. La cosa se está poniendo caliente ahí fuera.

—Lo dijiste —dice, tomando un sorbo de su cerveza—. Dijiste que esto iba a pasar desde el principio. Es una locura, ¿cómo esperan que la gente viva así?

—Cuando estás en el ojo público, les perteneces —respondo—. Creen que tienen derecho a momentos que normalmente son privados.

—Sí, pongamos una cámara de noticias en su dormitorio cuando estén en pleno acto y veamos cómo les gusta.

No puedo evitar reírme. —Probablemente pedirían un porcentaje de la venta.

—Brindo por eso —dice Aiden y choca su botella con la mía—. Entonces... —Respira hondo— ¿Cómo te sientes?

Me arreglo los gemelos, me ajusto la corbata y luego lo miro. —Me siento como un idiota con este atuendo.

Se ríe de mí, sacudiendo la cabeza. —Te ves muy elegante, y estoy seguro de que Gem apreciará el esfuerzo.

—¿Crees?

—Lo sé —responde Aiden con un guiño.

—Bien. Y tú tampoco te ves nada mal —le digo—. Nunca te he visto de esmoquin. Te queda bien.

Una lenta sonrisa se dibuja en su rostro y me señala con un dedo. —Ahhh, ya veo lo que hiciste. Muy bueno —dice con una risita—. Y Gem cree que no tienes ni una pizca de gracia.

—Ella no piensa eso —le doy un empujón juguetón.

—No lo sabes. No estás en su cabeza.

—Oye, Aiden —espero a que su risa se calme y lo miro, sabiendo que la conversación ha cambiado. Bromas aparte—. Me alegra que estés aquí hoy.

—Por supuesto, tío. ¿Dónde más, no? Eres como... —Una sombra pasa tras sus ojos. Sé lo que es. Expira y dice—: Ojalá Riley también estuviera aquí.

—Lo sé.

—Y lo echo de menos todos los días. Pero... también estoy muy contento de tenerte como hermano —dice—. Quiero decir, ya te consideraba como uno todos estos años, pero ahora...

—Ahora es oficial —le digo mientras lo abrazo.

Por encima de su hombro, veo a mi padre salir por la puerta del lugar.

—Eh, mira —le digo a Aiden—. Se está yendo.

—¿Estás seguro de que es él?

—Ese es su coche. ¿Lo ves? —le señalo el coche de mi padre mientras se aleja y se marcha.

—Vaya, tenías razón. Nadie se ha inmutado. Todos siguen ahí.

—Fíjate en los helicópteros —digo—. Cuento... dos. Tampoco se han movido.

—Sabes lo que eso significa —dice Aiden con una gran sonrisa.

—Dile a los demás que empezaremos en cuanto llegue mi padre.

—¡El lugar de la boda señuelo para la victoria! —Aiden se acerca para chocarme la mano, y tengo que responder o me la dará en la cara.

Luego sale por la puerta como un torbellino. Solo puedo sacudir la cabeza y reír. Es todo un personaje, pero lo quiero por eso. Y también adoro los contactos de relaciones públicas de Gemma. Fueron ellos quienes organizaron un golpe mediático, filtrando detalles falsos sobre nuestra boda en todas las plataformas. Sabía que habría expectación, pero no quería que nada arruinara nuestro día. Así que se nos ocurrió usar el señuelo para alejar a la prensa de nosotros mientras disfrutamos de nuestra boda íntima en privacidad real.

Miles entra unos minutos después y dice: —Joder, no sabía que mi oficina podía verse tan elegante. ¿También contrataste a un

decorador?

—Está limpia, Miles —digo entre risas y lo abrazo.

Él me abraza con fuerza, y sé lo que significa. Miles no es del tipo de personas que expresan sus sentimientos, pero sé que fue tan miserable como yo cuando no entrenábamos juntos, y sé que sufrió por mí cada minuto que estuve encerrado. Cuando salí, no necesitamos palabras. Tenemos dos décadas de entrenamiento en comunicación no verbal, y tenerlo aquí conmigo hoy es un testimonio de eso.

—¿Estás listo? —me pregunta, mientras finalmente me suelta.

—Como siempre.

Ocupo mi lugar con Miles y Aiden en la parte trasera de mi gimnasio. Desde donde estoy parado, puedo apreciar realmente el trabajo completo de nuestro equipo de decoración. Han transformado totalmente el lugar. Todo el equipo de entrenamiento y las estaciones han sido retirados o cubiertos con terciopelo negro. Sábanas blancas cubren los suelos de hormigón, y pétalos de rosa están esparcidos por todas partes. Grandes velas blancas en columnas bordean el pasillo de terciopelo rojo, que tiene dos filas de asientos a cada lado. Y ni una cámara de noticias a la vista. Es perfecto. Lo hablamos, y ambos queríamos algo pequeño. Solo me importa que mis padres y mi equipo de entrenamiento estén aquí, y Gem tiene a sus amigos del trabajo.

La música orquestal suave comienza, y Kate baja lentamente por el pasillo para colocarse frente a nosotros. Tengo el corazón en la garganta mientras espero a que Gemma salga del vestuario. No puedo creer que este momento esté sucediendo, cómo ha sido mi vida y por lo que he pasado para llegar aquí. Es una visión que me quita el aliento. Su cabello está recogido y espolvoreado con pequeñas flores blancas. Su vestido es una creación elegante y marfil que fluye con todas las líneas hermosas de su cuerpo, incluida

su creciente barriguita de bebé. Nunca he estado más enamorado en mi vida.

A medida que Gemma se acerca, puedo ver claramente las lágrimas en sus ojos, lo que me hace consciente de las que tengo en los míos. Pero hemos pasado por tantísimo para estar uno frente al otro como ahora, que no me importa. Cualquier cosa que fuera mi vida antes y las pruebas que tuve que enfrentar, todo fue para que supiera cómo amarla bien.

*Espero que hayas disfrutado leyendo esta historia. También te sugiero que leas un extracto de mi nueva publicación, **"Coming Home"**, en las siguientes páginas.*

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Capos de la Mafia Serie

[Suyo para Reclamar](#) || [Suyo para Ganar](#) || [Suyo para Poseer](#) || [Suyo para Siempre](#)

Un Imperio Criminal de Nueva York Serie

[La Redención Irlandesa](#) || [La Retribución Rusa](#) || [El Ajuste de Cuentas Italiano](#) || La Resolución Celta || La Redención Criminal

Jugando con el Peligro Serie

Persiguiendo lo que es mío

Escandalosamente Tuyo Serie

[Pecado en Bata Blanca](#)

Los votos navideños de la Bratva Serie

[El secreto navideño de la Bratva](#) || [Atados por los votos de Navidad](#)

El Bratva Valkov Serie

[Robada por la Bratva](#) || [Cautiva por la Bratva](#) || [Capturada por la Bratva](#) || [Cautivada por la Bratva](#) || [Atrapada por la Bratva](#)

Los Millonarios Machos Alfa Serie

[Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano](#) || [Simplemente Fingiendo](#) || [Amando al hombre que debería odiar](#) || [El Millonario y la Barista](#) || [Regresando a Casa](#) || [Doctor Papi](#) || [Bebé Sorpresa](#) || [Amo Odiarte](#) || [Otra Oportunidad](#) || [Una Falsa Novia para Navidad](#) || [Curiosamente Complicada](#) || [Una Mala Elección](#) || [Una Buena Elección](#) || [Una proposición de San Valentín](#) || [SELLada por un beso](#) || [Una Sorpresa Inesperada para el Jefe](#) || [Gemelos para el Playboy](#) || [Cuando nos volvamos a ver...](#) || [Las Reglas que Violamos](#) || [Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe](#) || [Comienzos Helados](#) || [Un Multimillonario Zorro Plateado](#) || [Cautivada por el Mayor](#) || [El secreto del jefe: un bebé](#) || [El Escándalo del Bebé del CEO](#) || [El Obsequio Inesperado de Papi](#) || [Off Limits \(SPANISH Edition\)](#) || [Susurros Escandalosos](#)

La Mafia Multimillonaria Serie

[Embarazada de un Mafioso](#) || [Robada por la Mafia](#) || [Reclamada por la Mafia](#) || [Organizado por la Mafia](#) || [Encantada por la Mafia](#)

Amor en Vacaciones Serie

[Un Milagro Navideño en Silver Hills](#) || [Feliz, Alegre y Oh Tan Pícaro](#) || [El Regalo de Nochebuena](#) || [San Valentín con el Zorro Plateado](#) || [Su bebé prohibido de San Valentín](#)

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

[Un Regalo Prohibido por Navidad](#) || [Una Ganga Navideña](#) || [Un bebé escandaloso para el multimillonario](#)

Corazones de Harén Serie

[3 Papás SEAL por Navidad](#) || [Chispas de Amor en Pueblo Pequeño](#) ||
[Los Papás que la Protegen](#)
